



Trabajo Fin de Máster

La erudición y el prejuicio: bárbaro y bárbaros en
Amiano Marcelino

Autor/es

Gabriel Sanz Casasnovas

Director/es

María Victoria Escribano Paño

Facultad de Filosofía y Letras
Año Académico 2014-2015

Resumen

La mayor parte de las fuentes literarias de la Antigüedad fueron redactadas por un sujeto histórico restringido, heterogéneo y cambiante: la «oligarquía greco-romana». Esta minoría letrada estaba conformada por varones maduros y longevos de estatus elevado que se autorrepresentaban a través de un sistema aristocrático de valores merced a sus rentas agrarias. Como cualquier ser humano, los integrantes de la oligarquía debieron afrontar la «cuestión del Otro» (Todorov, 1987).

Uno de los sistemas de alteridad más importantes de la Edad Antigua fue el articulado en torno a la categoría del bárbaro. Entre los siglos V y IV a. E., la categoría del bárbaro fue racionalizada por las disciplinas científicas de la época hasta conformar un «sistema asistemático» que mantuvo, a lo largo de los siglos, tres características esenciales: su punto de vista etnocéntrico, su insistencia en marcadores de tipo cultural y su extraordinaria variedad teórica a la hora de argumentar la subordinación del bárbaro. El campo semántico de la barbarie, además, funcionó a la manera de un «manto reversible», y sirvió para caracterizar a otros sujetos de alteridad como la mujer, el tirano o las masas.

Amiano Marcelino (330/335-?), decurión, militar de alto rango y testigo de la destrucción del mundo romano, construyó una noción cultural de la barbarie que aunó tradición e innovación y situó a los hunos en el puesto más alejado de la civilización. El bárbaro de Amiano es un ser irracional y violento que amenaza la seguridad de Roma y, por lo tanto, debe ser aniquilado. Paralelamente, Amiano aplicó el campo semántico de la barbarie en la descripción de otros sujetos constitutivos de alteridad, tales como los emperadores Valentiniano I y Valente y la plebe de distintas ciudades imperiales.

La actitud de Amiano puede designarse mediante los conceptos de «barbarofobia» y «heterofobia» (Bauman, 2008). Los prejuicios del historiador, revestidos de erudición, contrastan vivamente con los fenómenos de defeción y colaboración presentes en la frontera oriental entre los años 359 y 373.

Palabras clave: Antigüedad Tardía, Amiano Marcelino, oligarquía, alteridad, bárbaro, barbarofobia.

[...] And in their misery are all assembled.

W. H. Auden, «Brussels in Winter»

ÍNDICE

Introducción.....	4
.....
Abreviaturas.....	6
.....

PARTE I

Estado de la cuestión: ¿por qué hoy la identidad?.....	9
.....
«Tucídides no es un colega»: fuentes literarias y estatus.....	20
.....
i) ¿Los mejores? Riqueza, estatus y autorrepresentación.....	21
.....
ii) Los estragos de la movilidad social: la oligarquía en el siglo IV.....	24
.....
Barbarie: el prejuicio racionalizado.....	27
.....
i) Sobre los aires, aguas y lugares —y los “genes”.....	29
.....
ii) Esclavos por naturaleza.....	34
.....
iii) Contra viento y marea: Estrabón, el estoicismo y el imperio.....	37
.....
Racismo y Antigüedad.....	46
.....
i) Precisiones conceptuales: raza, racialismo y racismo.....	46
.....
ii) Barbarie y color de piel.....	52
.....
iii) Barbarie y sangre.....	58
.....
iv) Raza y bárbaro: diferencias y analogías.....	61
.....
Bárbaro y bárbaros: el «manto reversible».....	63
.....

PARTE II

Amiano Marcelino: la realidad y el deseo.....	68
.....
El bárbaro de Amiano Marcelino: tradición e innovación.....	76
.....
La semilla del desastre: los hunos.....	84
.....
Escribir con fuego, o la cólera de los emperadores panonios.....	88
.....

La oración del asno: Amiano y la plebe.....	94
«Ávidos de sangre bárbara»: Amiano el Exterminador.....	99
El prejuicio inhibido: defeción y colaboración.....	102
.....	
¿Qué prejuicio? Conclusiones finales.....	107
Bibliografía consultada.....	109
.....	

INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo es analizar los fundamentos teóricos y las implicaciones prácticas de la categoría del bárbaro en las *Res gestae* de Amiano Marcelino.

El trabajo se estructura en dos partes. La primera de ellas posee un tono más denso y general. Su extensión resultaba imprescindible para comprender las hipótesis planteadas en la segunda parte. Ofrece, en primer lugar, un breve estado de la cuestión sobre el estudio del bárbaro en el Mundo Antiguo y en Amiano Marcelino.

El segundo bloque indaga en la procedencia social de las fuentes antiguas utilizando el concepto descriptivo de «oligarquía». De este sujeto histórico restringido, heterogéneo y cambiante proceden la mayoría de las fuentes literarias de la Antigüedad.

La oligarquía también debió afrontar lo que Todorov (1987) llama la «cuestión del Otro». Uno de los sistemas de alteridad más importantes del Mundo Antiguo fue el articulado en torno a la categoría del bárbaro. El tercer bloque intenta demostrar que la noción de barbarie insistió en marcadores de tipo cultural y sobresalió por la sofisticación y variedad de sus argumentos teóricos. El cuarto bloque compara los conceptos de bárbaro y raza para extraer las diferencias y analogías pertinentes.

Una de las razones por las que, a mi juicio, resulta inapropiado hablar de racismo en la Edad Antigua es que el campo semántico de la barbarie se aplicó también a otros sujetos de alteridad como la mujer, el joven o el esclavo. Hubo bárbaros y no bárbaro, precisamente por el carácter sesgado de las fuentes antiguas. El quinto y último bloque expone cómo la noción de barbarie funcionó, desde el punto de vista semántico y para la oligarquía, a la manera de un «manto reversible».

La segunda parte de este trabajo se centra en las *Res gestae* de Amiano Marcelino, y consta de otros siete bloques. El primer bloque sirve para ubicar en el tiempo al autor y su obra.

A continuación, se examina la categoría del bárbaro en Amiano, considerando las pervivencias e innovaciones teóricas y, muy especialmente, la cuestión del determinismo ambiental.

Cada autor de la Antigüedad construyó su propia escala de la barbarie. Amiano situó en el puesto más elevado de su escala a los hunos, a quienes dedicó un célebre excursus etnográfico que analizo en el tercer bloque.

Los bloques cuarto y quinto versan sobre los tiranos y la plebe, sujetos de alteridad a los cuales Amiano aplicó el campo semántico de la barbarie. Valentiniano I y

Valente, los hermanos panonios que alcanzaron la púrpura en el año 364 d. E., son caracterizados como tiranos coléricos por Amiano Marcelino debido a su extracción social y comportamiento al frente del imperio. La plebe de Roma y de otras ciudades imperiales se revela ante los ojos de Amiano como una masa incomprendible y violenta, similar a una horda bárbara en su tratamiento literario.

El sexto bloque abandona las cuestiones retóricas y describe las implicaciones prácticas de la noción de barbarie perfilada por Amiano, quien justificó el exterminio del bárbaro en dos pasajes de las *Res gestae*.

En el séptimo y último bloque, intento descubrir la relación de la sociedad con el bárbaro examinando dos fenómenos excepcionales que he circunscrito a la frontera oriental: la defeción y la colaboración.

Las conclusiones del trabajo se exponen en un bloque final que propone la utilización de los términos «heterofobia» (Bauman, 2008) y «barbarofobia» para designar los prejuicios de Amiano Marcelino.

La bibliografía distingue entre fuentes primarias y bibliografía especializada. Cito las *Res gestae* por la traducción al castellano de la Biblioteca Clásica Gredos para los libros XIV-XIX; por la de Akal para los libros XX-XXXI. En cuanto al texto en latín, cito por la edición de Les Belles Lettres salvo para los libros XX-XXII, donde empleo la edición de Wagner-Erfurdt. Las abreviaturas de los textos clásicos siguen la convención académica propuesta por *The Oxford Classical Dictionary*.

Charlando con Tony Judt, Timothy Snyder recordaba que el oficio de historiador conserva todavía un compromiso innegociable con el lenguaje (Judt y Snyder, 2012). He procurado preservar esa responsabilidad escribiendo en una prosa atractiva y precisa: son las notas a pie de página, no el cuerpo de la narración, las que introducen los excusos y aportan los datos.

ABREVIATURAS

- AA= *The Athenian Agora. Results of the Excavations Conducted by the American School of Classical Studies at Athens*, J. H. Furst Co., Baltimore, 1953-.
- AJAH = *American Journal of Ancient History*.
- AJPhil = *American Journal of Philology*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1880-.
- Amm. = Amiano Marcelino. *Ammiani Marcellini quae supersunt*. Edición de A. Wagner y C. G. A. Erfurdt, 1808. Lipsiae, Weidmannia. Tres volúmenes. —. *Historias I. Libros XIV-XIX*. Edición de C. Castillo García, C. Alonso del Real Montes y Á. Sánchez-Ostiz Gutiérrez, 2010. Madrid, Gredos. —. *Historia*. Edición de M^a. L. Harto Trujillo, 2002. Madrid, Akal. —. *Histoire. Livres XIV-XVI*. Edición de É. Galletier y J. Fontaine, 1978. Paris, Les Belles Lettres. —. *Histoire. Livres XVII-XIX*. Edición de G. Sabbah, 1970. Paris, Les Belles Lettres. —. *Histoire. Livres XXIII-XXV*. Edición de J. Fontaine, 1987. Paris, Les Belles Lettres. Dos tomos. —. *Histoire. Livres XXVI-XXVIII*. Edición de M. A. Marié, 1984. Paris, Les Belles Lettres. —. *Histoire. Livres XXIX-XXXI*. Edición de G. Sabbah, 2002. Paris, Les Belles Lettres.
- ANRW = *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt. Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*, de Gruyter, Berlin-New York, 1972-.
- Anth. Pal. = AA. VV. *Antología palatina*. Edición de M. Fernández Galiano. Madrid, Gredos, 1978. Dos tomos.
- Ar. Eccl. = Aristófanes. *L'Assamblée des femmes – Ploutos*. Edición de V. Coulon y H. van Daele, 1963. Paris, Les Belles Lettres.
- Ar. Nu. = Aristófanes. *Les Acharniens – Les cavaliers – Les nuées*. Edición de V. Coulon y H. van Daele, 1967. Paris, Les Belles Lettres.
- Arist. Pol. = Aristóteles. *Aristotelis Politica*. Edición de O. Immisch, 1909. Lipsiae, Teubneri. —. *Política*. Edición de M. García Valdés, 2008. Madrid, Gredos.
- ARV = J. D. Beazley, *Attic Red-Figure Vase-Painters*, 3 vols., Oxford, 1963².
- AS = *Ancient Society*.
- Cic. Phil. = Cicerón. *Discursos VI. Filípicas*. Edición de M. J. Muñoz Jiménez, 2006. Madrid, Gredos.
- Discours. *Philippiques I-IV*. Edición de A. Boulanger y P. Wuilleumier, 2002. Paris, Les Belles Lettres. *Discours. Philippiques V-XIV*. Edición de P. Wuilleumier, 2002. Paris, Les Belles Lettres.
- CJ = *The Classical Journal*.
- CQ = *The Classical Quarterly*.
- DS = Ch. Daremberg y Edm. Saglio, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, 1877-.
- DHA = *Dialogues d'Histoire Ancienne*.
- G&R = *Greece & Rome*, NS, Oxford University Press-Classical Association, 1954-.
- Hdn. = Herodiano. *Herodian in two volumes*. Edición de C. R. Whittaker, 1969. Oxford, Loeb. —. *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*. Edición de J. J. Torres Esbarranch, 1985. Madrid, Gredos.
- Hdt. = Heródoto. *Historia*. Edición de C. Schrader, 2006. Madrid, Gredos. Cinco volúmenes.
- Hom. Il. = Homero. *Ilíada*. Edición de L. Segalá Estalella, 1972. Barcelona, Juventud.
- Hom. Od. = Homero. *Odisea*. Edición de L. Segalá Estalella, 1981. Barcelona, Bruguera.
- Hp. = Hipócrates. *Tratados hipocráticos*. Edición de M^a. D. Lara Nava (*et al.*), 2000. Madrid, Gredos.
- Hipócrates. *Œuvres complètes. Airs – Eaux – Lieux*. Edición de J. Jouanna, 2003. Paris, Les Belles Lettres.
- JESHO = *Journal of the Economic and Social History of the Orient*.
- JRS = *Journal of Roman Studies*. London, 1911-.
- LIMC = *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*. Zürich-Múnchen, 1981-1999.
- MH = *Museum Helveticum*.

OCD = S. Hornblower y A. Spawforth (eds.), 1996. *The Oxford Classical Dictionary*. Oxford, Oxford University Press.

P&P = *Past & Present*.

QS = *Quaderni di Storia*.

RE = A. Pauly, G. Wissowa y W. Kroll, *Realencyclopädie d. classischen Altertumswissenschaft*, 1893-.

REA = *Revue des Études Anciennes*.

REG = *Revue des Études Grecques*.

REL = *Revue des Études Latines*.

RH = *Revue Historique*.

RSA = *Rivista Storica dell'Antichità*.

Str. = Estrabón. *Strabonis geographica. Volumen primus*. Edición de A. Meineke, 1921. Lipsiae, Teubneri. —. *Geografía. Libros I-II*. Edición de J. L. García Ramón y J. García Blanco, 1991. Madrid, Gredos. *Geografía. Libros III-IV*. Edición de M. J. Meana y F. Piñero, 1998. Madrid, Gredos. —. *Strabonis Geographika I. Buch I-IV*. Edición de S. Radt, 2002. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht. —. *Geografía de Iberia*. Edición de G. Cruz Andreotti, M. V. García Quintela y J. Gómez Espelosín, 2009. Madrid, Alianza.

Tac. Ann. = Tácito. *Annales*. Edición de J. L. Moralejo, 1984. Madrid, Gredos. Dos volúmenes.

TAPA = *Transactions & Proceedings of the American Philological Association*.

Thuc. = Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Edición de J. J. Torres Esbarranch, 2000. Madrid, Gredos. Cuatro volúmenes.

ZPE = *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, Colonia.

PARTE I

ESTADO DE LA CUESTIÓN: ¿POR QUÉ HOY LA IDENTIDAD?

La historia, entendida como disciplina científica institucionalizada, es hija de la Universidad alemana del siglo XIX, y el historicismo es su corriente interpretativa más longeva. El historicismo sólo comenzó a ser contestado a partir de la primera mitad del siglo XX desde la Escuela de Anales; ahora bien, la publicación a gran escala de trabajos sobre identidad y alteridad no llegó hasta los años ochenta del siglo pasado. Estamos, por tanto, ante objetos de estudio relativamente recientes cuya eclosión ha liberado, en una coyuntura histórica precisa, el bagaje intelectual de varios cientos de años.

La primera referencia escrita sobre los vínculos entre cultura material y etnia se remonta al siglo V a. E.¹ Como han demostrado Fabietti (2005) y Ruby (2006), la teorización de dichos vínculos aconteció durante el siglo XIX, en un contexto influido por el nacionalismo y el darwinismo social. El concepto de cultura partió de la noción restrictiva de *Kultur* ideada por Herder, mientras que ‘etnia’ fue añadido como préstamo al idioma francés por Vacher de Lapougue en 1896 para designar a entidades humanas estables que diferían de la raza y de la nación y que compartían una serie de marcadores “objetivos”, tales como la frontera y la lengua.² ‘Identidad’ y ‘alteridad’, finalmente, son dos neologismos que aparecieron por vez primera en el latín técnico del siglo IV d. E., según razona Barlow (2004).³

¹ Thuc. I, 8: «Cuando, durante la guerra que nos ocupa [*Guerra del Peloponeso, 431-404], Delos fue purificada por los atenienses y fueron retiradas todas las tumbas de los que habían muerto en la isla, se vio que más de la mitad pertenecían a carios; fueron identificados por el tipo de armas enterradas con ellos y por la forma de enterramiento, que todavía es la misma actualmente».

² Hasta el siglo XVIII, seguía vigente entre las élites europeas el sentido ciceroniano de la «cultura del alma» (*cultura animi*), sinónimo de los buenos modales y del caudal de conocimientos que debía atesorar todo hombre de una cierta condición social. Esta caracterización convivía con el concepto que las élites medievales tuvieron de la nación (*gens*), definida en virtud al derecho, la costumbre y la lengua (*ius, mos et lingua*). El paso decisivo de la Contemporaneidad fue la yuxtaposición de la cultura y la comunidad. Voltaire preludió este giro conceptual, perfeccionado por sabios alemanes como Immanuel Kant, Johann Gottfried Herder o Wilhelm von Humboldt. El primero todavía utilizaba el término cultura (*Kultur*) en un sentido universal, pero Herder le inyectó un poderoso particularismo al atribuirle significado étnico: para el pensador prusiano, cada pueblo (*Volk*), comunidad casi metafísica que compartía unos orígenes y un destino, tenía una cultura específica. Poco después, el lingüista Wilhelm von Humboldt asumió que el corazón de la cultura era la lengua, depositaria del espíritu del pueblo (*Geist*). ‘Etnia’, por su parte, procede del griego ‘ἔθνος’, utilizado por los antiguos para referirse a colectivos con las afinidades suficientes como para ser tratados en genérico. Existía una etnia jónica, pero también una etnia de las abejas y una etnia de las mujeres. Nada que ver, por lo tanto, con el matiz restrictivo del concepto moderno (Fabietti, 2005; Ruby, 2006).

³ Ambos fueron acuñados en plena controversia teológica sobre el dogma trinitario. ‘Identitas’ se formó a partir de ‘*idem*’ como equivalente del griego ‘ταὐτότες’. Aparece por vez primera en una carta de Eusebio de Nicomedia fechada en 320/321 d. E. Por lo que respecta a ‘alteritas’, se formó a partir de ‘*alter*’ como equivalente del griego ‘ήτεροτες’. Se documenta por vez primera en *Aduersus Arium I*, 48-64, obra de Mario Victorino el Africano datada en 350 d. E. (Barlow, 2004).

Los pensadores del siglo XIX —desde filósofos a antropólogos, pasando por historiadores— vincularon la cultura material o la cultura arqueológica con un pueblo o con una identidad étnica realizando una aproximación EMIC y esencialista (Ruby, 2006). Este planteamiento resistió incólume hasta los primeros embates de la Nueva Historia Cultural, cuyos orígenes se sitúan en 1968.⁴ La Nueva Historia Cultural pretendía ser, por encima de todo, una historia subversiva. Por primera vez, una «gran minoría» de historiadores rehusó los parámetros del historicismo y se alineó junto a los defensores del relativismo cultural y del constructivismo social (Raphael, 2012, p. 253). Foucault o Derrida pasaron a ser los filósofos de cabecera; se importaron nuevas herramientas teóricas procedentes de la filosofía de la ciencia, la etnología, la sociología o los estudios literarios; y las fuentes históricas preferidas fueron anti-institucionales, marginales, alternativas. La alteridad, definitivamente, había irrumpido como objeto de estudio, y, con ella, el género y la identidad (Hernández Sandoica, 2004; Iggers, 2012; Raphael, 2012).

En cualquier caso, la eclosión de este tipo de estudios no se produjo hasta la década de los años ochenta, en una coyuntura histórica muy precisa: la de la caída de las grandes narrativas que habían sustentado la civilización cristiana occidental.⁵ La crítica ilustrada se había encargado de dar muerte a Dios y de sustituirlo por la Razón; los conflictos acaecidos entre 1914 y 1945 mostraron que la idea de progreso podía ser, en realidad, una falacia homicida; la caída del Muro en 1989 asestó el tiro de gracia definitivo al proyecto transformador del siglo XX. Con la desaparición de las grandes certezas —

⁴ ‘New Cultural History’ se impuso definitivamente como etiqueta en el ámbito anglosajón desde 1989, cuando salió a la luz una colección de ensayos programáticos dirigida por Lynn Hunt. En la historiografía francófona, se prefirió la denominación de ‘Antropología Histórica’, mientras que los debates propuestos por la nueva corriente se introdujeron en la República Federal Alemana de la mano de Thomas Nipperdey (Raphael, 2012).

⁵ «Con sustancial razón, Lyotard observó que el rasgo más distintivo de tal posmodernidad era la caída de las grandes narrativas que habían sustentado el edificio moderno, esto es, de las ideologías emancipadoras que lo había inspirado desde, cuando menos, la Ilustración de Kant y Voltaire hasta la ufana década de 1960. El derrumbe apenas dejó titere con cabeza. En primer lugar, el milenario relato cristiano de la emancipación redentora devino en asunto de elección personal, y ya no en dogma de fe obligatorio, en un Occidente embriagado por la secularización, la libertad sexual y la tecnolatría. En segundo lugar, el relato ilustrado de la emancipación de la ignorancia y la servidumbre por la educación y la Razón había sufrido una doble erosión, debida por un lado a los totalitarismos generados en la “cult” Europa, y por otro al creciente dominio de una razón crudamente instrumental que, más allá de la esfera económica, estaba engullendo múltiples vertientes de la vida pública y privada. En tercer lugar, el relato liberal-burgués, que prometía la emancipación de la pobreza gracias al mercado libre, fue cuestionado por la flagrante desigualdad en la distribución de la riqueza –dentro de los Estados y entre ellos–, y por un expolio medioambiental que empezó a hacerse patente por entonces, sobre todo cuando el Club de Roma alertó sobre los límites del crecimiento. Y, por último, el gran relato marxista de la emancipación de las mayorías mediante la socialización de los recursos –de cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad: esa auroral utopía que había galvanizado el mundo- resultó en fosca distopía cuando la doble caída del Muro de Berlín y la URSS revelaron el horror del estalinismo, décadas antes denunciado por pensadores como Camus, Merleau-Ponty o Koestler» (Duch y Chillón, 2012).

Dios, Ciencia, Paraíso Terrenal—, el hombre se adentraba a tientas en un nuevo milenio plagado de incertidumbre: el único asidero que había resistido el terremoto era acaso la narrativa nacional. No es de extrañar, así las cosas, que el concepto de identidad haya cosechado un éxito ingente desde entonces.

El *Diccionario de la Real Academia Española* recoge hasta cinco acepciones para la voz castellana ‘identidad’: «cualidad de idéntico»; «conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás»; «conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás»; «hecho de ser alguien o algo el mismo que se supone o se busca»; «igualdad algebraica que se verifica siempre, cualquiera que sea el valor de sus variables».⁶ Retendremos la segunda de las acepciones transcritas.

Entiendo la identidad étnica y cultural desde una aproximación ETIC, relativista y constructivista: cada ser humano alberga en su interior una jerarquía de identidades interdependientes y confrontadas que cobra sentido en función de la coyuntura histórica (Maalouf, 2001).⁷ La identidad se construye activamente, pero también de manera inconsciente; de ahí que una deconstrucción de la identidad entrañe riesgos como la desorientación, el desarraigamiento y la angustia (Hernando, 2002).⁸

Como sucede con otros objetos de estudio, la alteridad fue tratada precozmente por los historiadores de la Edad Antigua. El *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines* contiene ya una tempranísima entrada dedicada al bárbaro. En ella, Saglio y Humbert (1877) hacen referencia al etnocentrismo greco-romano.⁹ Posteriormente,

⁶ ‘Identidad’. DRAE. Disponible en: <<http://lema.rae.es/drae/?val=identidad>>. Última consulta: 16/05/2015.

⁷ «En neurociencia se habla de tres componentes básicos de la identidad: a) estado de vigilia, una condición necesaria; b) la orientación en el espacio; y c) la conciencia autobiográfica. Todos los seres humanos sanos poseen conciencia autobiográfica, y por lo tanto identidad personal, además de un nombre propio que los designa. Tendríamos que recurrir a la esquizofrenia o al Alzheimer o al estado de coma para que esa conciencia desaparezca. Pero, a su vez, la conciencia autobiográfica sintetiza diversas identidades: la de género, la generacional, la familiar, la local, la de los diferentes grupos de pertenencia social o la humana en general –que puede coincidir con la del grupo. Todas estas identidades son inseparables de diferentes tipos de memoria colectivas» (Bermejo Barrera, 2003, p. 557).

⁸ Toda identidad colectiva es diseñada desde el poder. «Sin embargo, en la percepción prístina de la identidad, es el instinto el factor causal de la noción de “el Otro”, un efecto espontáneo, individual y no manipulado políticamente, pues no se necesita consejo para distinguir al ajeno aunque sólo sea para disputarle la comida» (Andrés Rupérez, 2010, p. 15).

⁹ «Puis le sentiment de leur supériorité naquit, et la juste fierté qu’ils avaient de leur indépendance, de leurs victoires, de leurs arts, fit attacher à ce mot Barbere l’idée d’un état inférieur auquel manquaient la culture et la liberté» (Saglio y Humbert, 1877, p. 670). Los autores no podían utilizar directamente el concepto de etnocentrismo, empleado por Ludwig Gumplowicz a partir de 1879 (Bizumic, 2014). Para Walther Ruge, autor de la voz ‘Barbaroi’ en la enciclopedia *Pauly-Wissowa* de 1896, la categoría también transmitía el sentimiento griego de supremacía cultural (Ruge, 1970).

Humbert compagina la definición con el comentario de diversas estatuas y frisos (1877, pp. 672-676).

En 1938, el afrikáner Theodore J. Haarhoff publicó otro trabajo que sobresalía por su precocidad. *The Stranger at the Gate* consta de tres partes que versan sobre Grecia, Roma y los Tiempos Modernos. Dedicado al «Spirit of Racial Co-Operation», la primera edición acabó totalmente destruida por los bombardeos alemanes sobre Londres durante la II Guerra Mundial (Balsdon, 1940).

El estudio del bárbaro por los clasicistas fue retomado con una serie de seis conferencias impartidas en noviembre de 1961 y editadas por la Fondation Hardt.¹⁰ Las seis aportaciones —tres en alemán, dos en francés y una inglés— recorren la historia griega desde el periodo clásico al helenístico. Para sus autores, la curiosidad innata de los griegos se combinó con un poderoso sentimiento de superioridad a partir de las Guerras Médicas, prefigurando, en cierto sentido, la hipótesis lanzada por Edith Hall treinta años después (Lévêque, 1963; Bovon, 1964).

El ínclito Arnaldo Momigliano proporcionó un nuevo hito con *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization* (1975). Momigliano despliega toda su erudición para investigar las relaciones entre los griegos y sus vecinos persas, celtas, romanos y judíos. El historiador italiano repara en los procesos de interacción y otorga especial importancia al punto de vista del Otro siempre que las fuentes lo permiten.

John Percy Vyvian Dacre Balsdon, que había reseñado el libro de Haarhoff en los años cuarenta, también exploró cuestiones relacionadas con la alteridad durante la Edad Antigua. *Romans & Aliens* (1979) analiza «how Romans regarded other peoples and indeed how they regarded themselves, and how other peoples regarded Romans» (Balsdon, 1979, p. ix). El libro se estructura en catorce apartados consagrados a temas tan diferentes entre sí como la autorrepresentación de las élites romanas, la esclavitud, el color de la piel, la circuncisión o la astrología.

También se centra en Roma el libro de Yves Dauge *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation* (1981). Dauge acuña el concepto de «barbarología» para referirse al discurso etnográfico presente en las fuentes greco-romanas entre los siglos IV a. E. y V d. E. Según el autor, la barbarie era una noción cultural fundamentada racionalmente en la teoría hipocrática del entorno. La barbarología hacía uso de un campo semántico de la barbarie integrado por sustantivos y ad-

¹⁰ *Grecs et Barbares*. Vandœuvres-Genève, Fondation Hardt pour l'étude de l'Antiquité Classique.

jetivos que podían ser transferidos a otros sujetos de alteridad como las mujeres, los jóvenes, los esclavos y las masas mediante un sutil juego de correspondencias.¹¹

Le Barbare... ha sido una de las obras fundamentales que han inspirado el presente trabajo. Con todo, adolece de problemas diversos. La cronología seleccionada y la cantidad de autores manejados son, sencillamente, inabarcables, y ocasionan que el autor caiga con demasiada frecuencia en la acumulación de material descontextualizado, la reiteración y la generalización.

La última aportación más significativa sobre el bárbaro en la Antigüedad corre a cuenta de Edith Hall. *Inventing the Barbarian: Greek Self-Definition through Tragedy* (1991) es ya un clásico de las monografías sobre Historia Antigua. La especialista británica se sumerge en el mundo de la tragedia griega para demostrar que la categoría del bárbaro fue construida a través del choque contra los persas durante las Guerras Médicas.

La hipótesis había sido sugerida por Hans Diller en su ponencia «Die Hellenen-Barbaren Antithese im Zeitalter der Perserkriege», compilada en 1961 por la Fondation Hardt. En ese mismo volumen, Hans Schwabl había demostrado que el término bárbaro poseía claros antecedentes en Homero pese a que emergiera luego de la gran contienda contra el persa (Lèvêque, 1963; Bovon, 1964). Éste es el principal punto flaco de Hall: dar la falsa impresión de que el concepto de bárbaro apareció de repente a partir del año 449 a. E. en el imaginario griego.

Desde los comienzos del siglo XX, algunos historiadores han trasladado el concepto de raza a la Edad Antigua. Los primeros trabajos sobre la raza en la Antigüedad reflejan el ideario racialista de su propia época y se muestran preocupados por la cuestión de la pureza racial.¹² Hacia mediados del siglo XX, el enfoque varió: ya no interesaba la composición racial de los antiguos griegos y romanos, sino los orígenes del pen-

¹¹ La tesis doctoral de Jonathan Walters, *Ancient Roman concepts of manhood and their relations with other marks of social status* (1993), aborda una temática similar. Considera que la noción de humanidad fue construida en Roma en base al género y el estatus, y presta especial atención a las relaciones sexuales como indicadores del estatus social. Sólo he podido acceder al resumen, que puede consultarse en <<http://www.gnomononline.de/hzeig.FAU?sid=C6FFE40205&dm=1&ind=1&zeig=Walters%2C+Jonathan>>. Última consulta: 17/06/2015. De alguna manera, el libro de Ramsay MacMullen *Enemies of the Roman Order. Treason, unrest, and alienation in the empire*, publicado en 1967, preconiza la hipótesis de Dauge.

¹² Tal es el caso de R. W. Husband, 1909. *Race Mixture in Early Rome. Transactions & Proceedings of the American Philological Association*, 40, pp. 63-81. El artículo elucubra sobre la raza de los antiguos romanos estableciendo una diferenciación racial entre patricios y plebeyos. Los primeros serían una amalgama de romanos, sabinos y etruscos; los segundos, ligures. Algo similar ofrece A. Diller, 1937. *Racial mixture among the Greeks before Alexander*. Illinois, The University of Illinois: «For the historical period before Alexander, we must conclude that there was not much racial mixture among the Greeks». El libro fue íntegramente reimpresso en el año 1971 sin una sola modificación (Isaac, 2004, p. 4, n. 6).

samiento racial y del racismo contemporáneos. El rasgo común de esta nueva hornada de trabajos era la conceptualización nula o insuficiente y la multiplicidad de los períodos y espacios analizados. El pionero en esta nueva línea de investigación fue el británico Adrian Nicholas Sherwin-White con *Racial prejudice in imperial Rome* (1967).¹³

El autor, que edita un ciclo de conferencias impartidas durante el curso 1965-1966 en Cambridge, defiende la existencia de un prejuicio racial y cultural entre las capas altas de la República Tardía y el Principado basándose en textos de César, Estrabón, Tácito, Juvenal y Luciano de Samosata. Hasta los años ochenta, otros especialistas hablaron de «relaciones raciales», «retórica de la raza» o «política racial» en contextos diversos de la Antigüedad.¹⁴

Quien primero atribuyó la paternidad del racismo a la Antigüedad Clásica fue el filósofo francés Christian Delacampagne. En *L'invention du racisme. Antiquité et Moyen-Âge* (1983), Delacampagne piensa el racismo como un fenómeno atávico cuyo ejemplo más remoto se encuentra en el antisemitismo greco-egipcio de Manetón. Con todo, el autor descarta hablar de racismo y acuña el término de «protorracismo» (1983, p. 31).

A partir de Delacampagne, las investigaciones invirtieron más tiempo en labores de conceptualización, posicionándose a favor o en contra de la utilización del término ‘racismo’ en la Edad Antigua.¹⁵ La verdadera conmoción en este recorrido historiográfico, empero, estaba aún por llegar.

En el año 2004, Benjamin Isaac, profesor de la Universidad de Tel Aviv, sacudió las librerías con un título impactante: *The Invention of Racism in Classical Antiquity*.

¹³Casi veinte años más temprano y de ánimo más filosófico es el artículo de J. A. Faris, 1950. Is Plato's a Caste State, Based on Racial Differences? *The Classical Review*, 50, pp. 38-43.

¹⁴ D. B. Saddington, 1975. Race Relations in the Early Roman Empire. *ANRW II*³. Berlin-New York, Walter de Gruyter, pp. 112-137. G. B. Walsh, 1978. The Rhetoric of Birthright and Race in Eurípides' *Ion. Hermes*, 106, 2, pp. 301-315. P. J. Bicknell, 1982. Herodotus 5.68 and the Racial Policy of Kleisthenes of Sikyon. *Greek, Roman & Byzantine Studies*, 23, pp. 193-201. Este último niega tal carácter a las reformas de Clístenes de Sición frente a las hipótesis de A. Andrews y R. Sealey.

¹⁵ Así, P. Salmon, 1984. “Racisme” ou refus de la différence dans le monde gréco-romain. *DHA*, 10, pp. 75-98. En este artículo, Salmon parte de los trabajos de la socióloga Colette Guillaumin e identifica el racismo con toda conducta que, conciliando fascinación y hostilidad, aparta al diferente de manera permanente. Para Salmon, el racismo del Mundo Clásico tiene que ver con un «rechazo a la diferencia» fundamentada en el prejuicio cultural y la categoría del bárbaro. Un paso más allá intenta ir la excelente contribución de Ch. J. Tuplin, 1999. Greek Racism? Observations on the character and limits of Greek ethnic prejudice. G. R. Tsetskhadze (ed.), *Ancient Greeks West and East*. Leiden-Boston-Köln, Brill, pp. 47-75. En el capítulo, Tuplin examina los equivalentes del término ‘raza’ en el antiguo griego, la importancia de la sangre en el sistema de alteridad y los mecanismos del determinismo ambiental en el tratado *Sobre los aires, aguas y lugares* del Corpus Hipocrático. Con todo, Tuplin alcanza una conclusión similar a la de Salmon (Tuplin, 1999, p. 53): «[...] The distinction of Greek and Barbarian is and ethical, not a physiological discourse».

Isaac se situó así tras la estela que intentaba desmitificar la Antigüedad luego de la catástrofe de 1945 por medio de libros como *Los griegos y lo irracional* o *Atenea negra* (Lambert, 2005). Su hipótesis era clara: las raíces del racismo científico-determinista se hundían en la Antigüedad Clásica bajo el concepto de «protorracismo». *The Invention...* analiza el periodo situado entre Heródoto y el siglo IV d. E., y tiene en cuenta el papel de la teoría hipocrática del entorno y de la teoría aristotélica de la esclavitud natural en la génesis del protorracismo griego y romano. Desde Grecia, el protorracismo alimentó el imperialismo romano y se conservó en autores europeos como Bodino, Montesquieu, Hume, Kant y Buffon hasta producir el racismo científico-determinista propio de la Edad Contemporánea.

El aluvión de reseñas críticas no se hizo esperar; algunas de ellas fueron especialmente inmiserordes.¹⁶ Sea como fuere, todas las reseñas coinciden en señalar los puntos flacos del libro. Quizá la gran tragedia de Isaac es que, pese a dedicar doscientas páginas a conceptualización, termina operando con una definición amplia del racismo que induce a la confusión, hasta el punto de que el racismo se disuelve en el etnocentrismo y el prejuicio. Éste es un punto crucial, dado que el racismo no es una actitud universal, mientras que el etnocentrismo o el prejuicio sí lo son. El concepto estrella de «protorracismo» conlleva no menos problemas. Resulta demasiado general, traiciona la confianza del lector que se haya dejado seducir por el título de la portada y, por si fuera poco, se trata de un concepto preexistente.¹⁷ En otro orden de cosas, Isaac, que elude un tratamiento a fondo sobre el negro en las sociedades antiguas, se permite formular hipótesis sobre su estatus dependiente. Finalmente, recurre a anacronismos efectistas impropios del historiador, tales como «solución final» o «genocidio» (Haley, 2005; Lambert, 2005).

¹⁶ He aquí el juicio de Sh. P. Haley (2005, p. 454): «Saddly, this book adds nothing new or insightful to our understanding of how difference was negotiated in classical antiquity. Instead, it reflects a failed attempt to attribute accountability for racism to ancient Greece and Rome and treaty to absolve modern societies of both the creation and persistence of racism and anti-semitism». El tono de Haley me parece demasiado severo e, incluso, injusto. Se esté o no a favor de la hipótesis que plantea Isaac, lo cierto es que su libro nos provee de una visión de conjunto ambiciosa y profusamente documentada—casi dos mil notas a pie de página en más de quinientas páginas de extensión— que, con el paso de los años, se convertirá en un referente indispensable.

¹⁷ «When this book was delivered to the Press, I was unaware of the existence of the work by Christian Delacampagne entitled *L'invention du racisme: Antiquité et Moyen Âge* (Paris, 1983). I regret not having acknowledged this books as it has a similar title and considers the same general theme» (Isaac, 2004, p. xi).

Bajo el paraguas de Isaac, de todos modos, aparecieron diversos trabajos a lo largo de los años venideros.¹⁸ *Race. Antiquity and Its Legacy* (2012), de Denise Eileen McCoskey, representa, a mi parecer, el intento más serio de proporcionar al historiador de la Antigüedad un andamiaje teórico sólido sobre la raza desde el libro de Isaac. McCoskey, que toma las teorías sobre la racialización en los Estados Unidos elaboradas por Michael Omi y Howard Winant, sostiene la existencia de un «pensamiento racial» apuntalado desde el concepto de ecúmene y el determinismo ambiental. Además, advierte de que «the Greeks and Romans were in no way colour-blind» (McCoskey, 2012, p. 9), toda vez que el color de la piel no influyó en la estratificación social.

¿Qué hay de Amiano Marcelino? Un rápido vaciado bibliográfico arroja más de setecientos títulos de temática diversa publicados entre los años 1872 y 2015.¹⁹ Los primeros estudios sobre el bárbaro afloraron en el siglo XIX, corrieron a cargo de Gardthausen y Mommsen, y examinaron las digresiones etnográficas presentes en las *Res gestae* (Feraco, 2004; Den Hengst, 2013).

Esta tradición ha tenido continuidad en el tiempo. La tesis doctoral de Milena Dušanić, *The Geographic-Ethnographic Excursus in the Work of Ammianus Marcellinus* (1986), fue leída en 1983 y publicada originalmente en serbio. Consta de más de trescientas páginas y un resumen en inglés. Lamentablemente, no he podido acceder ni siquiera al resumen.

Fabrizio Feraco analiza la digresión sobre Persia con meticuloso detenimiento en *Ammiano greografo. La digressione sulla Persia* (2004). La obra posee introducción, edición y traducción al italiano del texto latino, así como un impecable comentario filológico que brilla por la destreza con que el autor maneja por igual a autores clásicos, eruditos humanistas y especialistas contemporáneos. Recientemente, Feraco ha profun-

¹⁸ J. Moralee, 2008. Maximinus Thrax and the politics of race in late Antiquity. *G&R*, 55, 1, pp. 55-82. Se propone demostrar la existencia de una «perfil racial», plenamente maduro a la altura del siglo IV d. E. y presente en la *Historia Augusta*, Herodiano, Jordanes o Claudio. Su existencia habría favorecido la aplicación de «políticas raciales» que subrayaban la legitimidad de emperadores aprobados por el Senado frente a caudillos semi-bárbaros de la periferia (cf. sobre todo la *constitutio* de *CTh.* III, 14, 1, concerniente a matrimonios mixtos). Cabe recordar que fue Bicknell (1982) quien empleó por vez primera la expresión «política racial» para la Edad Antigua. También centrada en legislación sobre matrimonios mixtos es la monografía de S. Lape, 2010. *Race and Citizen Identity in the Classical Athenian Democracy*. Cambridge, Cambridge University Press. Lape examina la génesis de la ley de Pericles de 451 a. E. y su blindaje luego de 403 a. E., interpretando la «ciudadanía racial» ateniense no sólo como refinamiento del tópico de la autoctonía sino también como fórmula identitaria capaz de aglutinar a las bases de la democracia radical. El problema es que, como Lape reconoce (2010, p. ix): «One might read this entire study substituting “ethnic” or some other less controversial term for “racial” [...] Speaking of racial citizenship opens this work up to potential misunderstanding».

¹⁹ Al introducir la voz ‘Ammianus’ en *Gnomon*. Los resultados, disponibles en: <<http://www.gnomon-online.de/szeig.FAU?sid=2CD7EDAB4&dm=1&erg=A&qpos=1>>. Última consulta: 17/06/2015.

dizado en las digresiones de Amiano por medio de *Ammiano geografico. Nuovi studi* (2011). Feraco sólo diserta sobre los excursos que él considera geográficos: las provincias orientales (Amm. XIV, 7, 21 y 8, 15); Rin y Lago Constanza (XV, 14, 1-6); Galia (XV, 9, 1-12, 6); paso de Succo (XXI, 10, 2-4); Ponto (Amm. XXII, 8, 1-48); Egipto (Amm. XXII, 15, 1-16, 24); provincias tracias (Amm. XXVII, 4, 1-14); y ciudad de Amida (XVIII, 9, 1-2). Feraco determina la función de las digresiones, su estructura, las fuentes consultadas por Amiano y su lenguaje y estilo (Merrills, 2013; Teitler, 2013).

La tesis doctoral de Wiebke Vergin, defendida en la Universidad de Rostock y publicada en el año 2012, complementa el libro de Feraco, de tono más filológico. *Das Imperium Romanum und seine Gegenwelten: die geographisch-ethnographischen Exkurse in den "Res Gestae" des Ammianus Marcellinus* presta atención a la capacidad retórica de las digresiones para manipular las emociones de la audiencia. La obra se divide en siete bloques, cuatro de los cuales desmenuzan las digresiones sobre Germania, Galia, Persia y los pueblos nómadas —godos, hunos y alanos. Vergin interpreta estos espacios como «mundos al revés» (Gegenwelten) caracterizados por la inversión de los valores romanos a partir de procesos de «construcción del Otro» (Alteritätskonstruktion). Consecuentemente, estos mundos constituyan una «amenaza potencial» (Bedrohungspotential) para Roma (Den Hengst, 2013; Sánchez-Ostiz, 2014).

Thomas Ernst Josef Wiedemann se centra en la categoría del bárbaro y no en las digresiones de Amiano.²⁰ Según Wiedemann, los estereotipos, animalizaciones y referencias negativas de las *Res gestae* se refieren por igual a romanos y bárbaros, y, además, son recursos típicos de la historiografía para satisfacer a su audiencia.

Alain Chauvot también habla sobre el bárbaro amianeo en *Opinions romaines face aux barbares au IVe siècle AP. J.-C.* (1998). El embrión de este trabajo monumental, que se extiende a lo largo de quinientas páginas profusamente documentadas, es una tesis titulada *Les Barbares dans l'œuvre d'Ammien Marcellin*, que Chauvot elaboró bajo la supervisión de André Chastagnol en la Universidad de Nanterre durante el año académico de 1967-1967.

El autor defiende que la barbarie fue, para los autores del siglo IV, un concepto espacial, cultural y etnocéntrico que consideró la organización política de los pueblos

²⁰ T. E. J. Wiedemann, 1986. Between men and beast: Barbarians in Ammianus Marcellinus. I. S. Moxon, J. D. Smart y A. J. Woodman (eds.), *Past perspectives. Studies in Greek and Roman historical writing*. Cambridge, pp. 189-201.

para precisar su nivel de civilización. El bárbaro de Amiano es, ante todo, un individuo irracional y violento.

Pese a que “sólo” trata la problemática de un siglo, *Opinions...* trabaja sobre un fondo documental excesivo, con iconografía diversa y medio centenar de escritores clásicos entre panegiristas, historiadores o autores de breviarios. En determinados momentos, resulta un tanto repetitivo y, en cuatro ocasiones, Chauvot utiliza el término ‘racismo’ sin haber definido qué entiende por tal.²¹ De todos modos, estamos ante un libro excelente.

Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio romano según el testimonio de Amiano Marcelino (2006) anticipa claramente algunas de las hipótesis que plantearé a lo largo de este trabajo. Su autor, Francisco Javier Guzmán Armario, considera que Amiano construye una imagen cultural y visceral del bárbaro y que en «los ejercicios etnográficos del antioqueno, tanto el fondo como la forma quedan supeditados a la defensa de unos valores aristocráticos» (p. 62). Por ello, como ya hiciera Dauge (1981), defiende la existencia de una barbarie interna a la cual se refiere con la expresión «barbarie intraliminar».²²

A mi modo de ver, Guzmán Armario comete varias imprecisiones. En primer lugar, incluye dentro de la barbarie intraliminar ejemplos de «revueltas indígenas», concepto perfectamente tipificado por Dyson (1971). En relación con ello, califica a los isaurios como «ghetto bárbaro» (p. 97, n. 15). Dejando a un lado la mayor o menor fortuna de la locución, Amiano jamás se refiere a los isaurios como bárbaros, y Lenski (1999) ha demostrado que la región de Isauria, fuertemente romanizada, se mantuvo en calma hasta el siglo III d. E. Tampoco parece necesario acuñar el término de «barbarie purpurada» (p. 109) para hacer referencia al tirano, modelo ideológico fraguado en las

²¹ En las pp. 330, 334 y 421-423, Chauvot lo utiliza en disputa con otros autores. En la p. 330, lo aplica al *Contra Rufino* de Claudio: «Toujours est-il que dans le cas des Huns, l'opposition aux barbares tend à se colorer de racisme». Lo mismo hace en la p. 334, esta vez con *La rebelión de Gildo* de Claudio: «L'hostilité aux barbares se manifeste donc ici sous une forme raciste».

²² Guzmán Armario importa la expresión de *Esperando a los bárbaros*, obra de Carlos Alonso del Real (1972, p. 104). Define la barbarie intraliminar como una «actitud de incivilizada ilegalidad que atenta contra el orden público y los dictados de las leyes y las buenas costumbres dentro de los límites de Roma» (Guzmán Armario, 2006, p. 95). Y anuncia: «Retomaré el término del historiador gallego [*Alonso del Real] y lo ensancharé con otros contenidos que él no contemplaba: la tiranía de un emperador, la corrupción de un alto funcionario, la残酷 de un usurpador, el poder destructor de unas legiones descontroladas, la insurrección de la plebe contra las autoridades públicas en las grandes ciudades, la adopción de costumbres bárbaras por romanos o la defección al bárbaro comparten el mismo bagaje conceptual, en las fuentes literarias, que los belicosos isaurios» (Guzmán Armario, 2006, p. 97).

ciudades griegas con anterioridad al encuentro de las Guerras Médicas (Escribano Paño, 1993).

El último título a considerar en este breve estado de la cuestión es obra de Benjamin Isaac.²³ Merced a esta contribución, Isaac se interna en la Antigüedad Tardía retomando el hilo conductor de su *The invention*, tal y como él mismo reconoce (p. 237, n. 1). Para Isaac, las descripciones peyorativas y los estereotipos étnicos presentes en Amiano Marcelino forman parte de una ideología coherente y sistemática que divide la ecumene en poblaciones superiores e inferiores y puede interpretarse como un ejemplo temprano de racismo. Isaac encuentra signos evidentes de que Amiano conoció y aplicó sistemáticamente la teoría del determinismo ambiental. El problema es que no discute los pasajes que le han llevado a formular esta hipótesis.

²³ B. Isaac, 2011. Ammianus on foreigners. M. Kahlos (ed.), *The Faces of the Other: Religious Rivalry and Ethnic Encounters in the Later Roman World*. Turnhout, Brepols Publishers, pp. 237-258.

«TUCÍDIDES NO ES UN COLEGA»: FUENTES LITERARIAS Y ESTATUS

«No sería tolerable que quienes eran peloponesios y dorios no pretendieran vencer y expulsar del país a jonios, isleños y chusma de diversa procedencia». «Los jonios, como todos los griegos de Asia Menor, carecen de energía política constructiva y en parte alguna han dejado una formación estatal permanente y activa». La primera cita recrea la arenga del espartano Gilipo a sus soldados durante la expedición siciliana de los años 415-413 a. E. (Thuc. VII, 5, 4). La segunda observación fue formulada por Werner Jaeger en el año 1933 (1982, p. 133).

La continuidad entre ambas es evidente pese al lapso temporal que las separa, y los ejemplos análogos se cuentan por cientos. Quizás esta continuidad se deba a que la civilización occidental, en su día, eligió ser griega y romana; o quizás estemos ante una posición historiográfica demasiado positivista. Sea como fuere, nunca deberíamos perder de vista que «*Thucydide n'est pas un collègue*» (Loraux, 1980). «Modern historians frequently write of “the Greeks” and “Greek values” when they actually mean “Plato and Aristotle” and their ideals» (Wood, 1978, p. 258)». Un recordatorio idéntico puede trasladarse a la historia de Roma.²⁴

A lo largo de este apartado, intentaré demostrar que la mayor parte de las fuentes literarias de la Antigüedad fueron redactadas por un sujeto histórico restringido, heterogéneo y cambiante al cual denomino «oligarquía». Para ello, llevaré a cabo una breve caracterización de dicho sujeto histórico, atendiendo muy especialmente a la construcción de su estatus elevado, a su cosmovisión y a su composición en el siglo IV d. E.

²⁴ «It is necessary, however, to be clear whom we mean ‘the Romans’ in this or any other context. Essentially the history of the Roman Republic is the history of the small, literate upper class at Rome. The great monuments of Latin history and oratory, philosophy and poetry were, for the most part, produced by members of this upper class themselves or under their patronage» (Earl, 1984, p. 11). Dice Thomas Habinek (2001, pp. 3 y 100): «The social milieu from which Latin literature emerged and in the interests of which it intervened was that of the elite sector of a traditional aristocratic empire. Many of the characteristics of Latin literature can be attributed to its production by and for an elite that sought to maintain and expand its dominance over other sectors of the population through reference to an authorizing past [...] Literature in an aristocratic empire is always to a large extent the property of the ruling elite. Sometimes it is to the elite’s advantage to treat literature as a private possession, an enterprise of self-affirmation within the small circle of the aristocracy. At other times, literature is directed outward as a mark of social differentiation between those who have it, know it, and can comprehend it and those who cannot». Jonathan Powell, por su parte, ha reconocido (en Booth, 2007, p. 18): «[...] It seems advisable to widen the focus from texts to the culture that produce them. Every culture has its favourite insults, because every culture has its own scale of values».

i) ¿Los mejores? Riqueza, estatus y autorrepresentación.

La alfabetización y la educación de las gentes alcanzó únicamente a una minoría privilegiada de la población durante la Edad Antigua.²⁵ La mayor parte de los textos clásicos que han llegado hasta nosotros fueron redactados por un sujeto histórico restringido, heterogéneo y cambiante al cual denomino «oligarquía». Sé que la denominación puede resultar sospechosa, pero creo que ‘oligarquía’ es el concepto más preciso para referirnos a la minoría privilegiada de la civilización clásica por tres razones.

En primer lugar, porque, utilizando dicho concepto, no incurrimos en el anacronismo terminológico.²⁶ En segundo lugar, ‘oligarquía’ es un término habilitado en la bibliografía especializada, si bien suele utilizarse como sinónimo de ‘aristocracia’, ‘elite’ o ‘minoría dirigente’, y requiere de una teorización. En tercer lugar, y a diferencia de estas denominaciones, ‘oligarquía’ incide en la construcción del estatus elevado trascendiendo las autorrepresentaciones colectivas sin por ello ignorarlas.

Efectivamente, los oligarcas no pertenecían a una clase social monolítica, sino que compartían un «estatus» elevado. Según Moses Finley (1982), el estatus actuaba como un elemento de diferenciación en el cual convergían la riqueza material y el prestigio social. Un nuevo rico jamás podría acumular el carisma del que sí disfrutaba un individuo noble o, al menos, jamás lo acumularía sin levantar las burlas, las críticas y los recelos de la oligarquía más tradicional. La cuestión principal, a mi juicio, es que la riqueza —la riqueza fundiaria, sobre todo— desempeñaba una función crucial en la

²⁵ Si de números se trata, podríamos convenir en que el porcentaje de población alfabetizada jamás superó el 10 por 100 en ninguna etapa de la Edad Antigua. Buena parte de este porcentaje, además, resulta engañoso, puesto que debe relacionarse con una «alfabetización de artesano» limitada a grupos profesionales cuyo oficio se heredaba de padres a hijos (Harris, 1991, p. 7). Las condiciones para una alfabetización a gran escala han sido bien estudiadas por L. Stone, 1969. *Literacy and Education in England, 1640-1900. P&P*, 42, pp. 69-139. La alfabetización en Inglaterra y Escocia comenzó en la Edad Moderna a partir de la invención de la imprenta, la difusión del protestantismo —con su insistencia en la lectura individual de las Escrituras— y la industrialización —con su demanda de obreros cualificados. Por descontado, ninguno de estos tres requisitos se dio en la Antigüedad, y tampoco fenómenos como el evergetismo alcanzaron la intensidad suficiente como para elevar sustancialmente las tasas de alfabetización (Harris, 1991).

²⁶ ‘Oligarquía’, «gobierno para unos pocos», es término acuñado por los griegos. Aparece en el debate constitucional de Hdt., III, 81; es un concepto ideológico desde Thuc. III, 82, 8, donde la στάσις de Corcira se presenta como choque entre una facción oligárquica y otra democrática; es desarrollado por Aristóteles en Pol. VI, 6-7 e introducido en Roma por Polibio, *Historias* VI, 3-4. En general, la oligarquía supone una restricción censitaria de la ciudadanía, que queda reservada a individuos acomodados (*eūtopoi*), con los suficientes bienes de consumo y propiedades agrarias como para participar activamente en la deliberación y en el ejército cívico. Las mujeres, los niños, los esclavos, los extranjeros domiciliados, los indigentes y los artesanos son excluidos de la ciudadanía. La regulación del censo permite a Aristóteles diferenciar varios grados de oligarquía, cuestión que, por lo demás, había aparecido ya en Thuc. III, 62, 3 (Syme, 1991; Ostwald, 2000a y 2000b).

construcción del estatus elevado.²⁷ La riqueza, en el fondo, proporcionaba la *σχολή*, el *otium* aristocrático consagrado a la educación y al cultivo de la virtud. Fue ella la que mayor peso sostuvo en la construcción del estatus elevado: de ahí que prefiera la denominación de ‘oligarquía’ a la de ‘aristocracia’ o a constructos extenuantes como ‘aristocrático-oligárquico’. Otra cosa es que los autores clásicos intenten justificar su estatus elevado reparando en el buen linaje, la propia virtud o la predestinación.

Además de la riqueza, consideraré algunos otros rasgos que Ronald Syme (1991) señaló para caracterizar a la oligarquía romana. El primero de ellos es el apego a las instituciones, que fueron diseñadas, copadas y patrimonializadas por linajes oligárquicos como los Emilios, los Fabios o los Claudio.²⁸

La preponderancia de linajes de rancio abolengo no impidió que la oligarquía constituyera un cuerpo abierto al reclutamiento foráneo. La notabilísima capacidad de integración exhibida por la oligarquía explica su heterogeneidad, sus conflictos internos y su supervivencia en el tiempo.²⁹ Entiendo la movilidad social como sinónimo de promoción social. Los procesos de movilidad social hacia arriba fueron consecuencia de la centralización institucional y de conflictos políticos internos, en los que el azar —es decir, el apoyo al bando perdedor en un conflicto político— y la «usurpación de estatus» a través de medios ilícitos o fraudulentos jamás deberían ser desdeñados (Reinhold, 1971; Hopkins, en Finley, 1974; Brunt, 1982). Los procesos de movilidad social eran lentos, y solían culminar al cabo de varias generaciones; no obstante, también podían ocurrir súbitamente. Así, la promoción de los galos bajo Claudio (41-54) o la de los panonios bajo Valentiniano I (364-376). Era frecuente que la movilidad social generara fenómenos de «discordancia de estatus». Por ejemplo, un liberto promocinado no podía

²⁷ Los oligarcas podían invertir en artesanía y comercio, podían incluso haber trepado en el escalafón social recurriendo a tales actividades y a otras como la política, las herencias, la corrupción o la guerra (Weaver, en Finley, 1974; Shatzman, 1975). Pero la tierra era la fuente de riqueza por excelencia en el Mundo Antiguo (Ste. Croix, 1981). «The major source of income was land; a lot of nonsense has been written about *equites* as a merchant class. Fortunes may sometimes have had their origin in trade, but were soon converted into land which was safer than trade and gave higher prestige» (Hopkins, en Finley, 1974, p. 104).

²⁸ La mayor parte de los oligarcas eran, durante la República, individuos políticamente activos (Hölkeskamp, 2000, p. 215): «‘Aristocrat’ –in a very broad sense, broader than *nobilis*– was by definition politically active, and by the same token a Roman citizen actively involved in politics was bound to be or become an ‘aristocrat’». Como veremos, este rasgo desapareció prácticamente durante la Antigüedad Tardía.

²⁹ «Its attitude [*la de la oligarquía] was one not of rigorous exclusion of outsiders but of carefully controlled inclusion» (Earl, 1984, p. 13). Cicerón, un arpinate, es buen ejemplo de ello, igual que Maximino el Tracio, emperador entre los años 235-238. Por supuesto, los recién llegados no dudaban en reproducir los usos de la oligarquía tradicional, en asimilar su cosmovisión y en autorrepresentarse como los herederos directos de la tradición (Alföldy, 2012).

compararse a un senador desde el punto de vista jurídico, pero sí desde el patrimonial (Hopkins, en Finley, 1974).

La oligarquía, finalmente, utilizó el registro epigráfico y el arte —desde la poesía a la historia— para crear un biografía política y blindar sus privilegios a través de un sistema de valores aristocráticos.³⁰ Así las cosas, la riqueza material (*potentia*) se complementaba con una sistema de «elementos intelectuales y morales» (Hellegouarc'h, 1972, p. 242) entre los que debemos analizar el concepto de *uirtus*, un tema constante en la literatura greco-romana.³¹ Etimológicamente, ‘*uirtus*’ es una palabra formada por el sustantivo ‘*uir*’ —«varón»— y un sufijo ‘-*tus*’, presente en otros términos latinos como *iumentus* o *senectus*; pero la *uirtus* no debe entenderse únicamente como «virilidad»: en esencia, la *uirtus* es expresión de una capacidad que se posee (Hellegouarc'h, 1972; Burke, 1989).

La etimología del concepto delata su significado originario: en un primer momento, la *uirtus* pertenecía al guerrero y al héroe en el contexto de una acción militar; con el paso del tiempo, sin embargo, incumbió a otros ámbitos de la acción humana. Cicerón distinguió entre una cara activa y otra pasiva de la *uirtus*. La cara activa, la de la ejecución (*facere*), influida por la filosofía académica y peripatética, conservó los elementos primigenios de una aristocracia guerrera, las virtudes de un hombre de acción: fuerza, valor, patriotismo, etcétera; la cara pasiva, la de la decisión (*sentire*), absorbió los postulados de la filosofía estoica y se relacionó con las virtudes del hombre de Estado: el autocontrol y la prudencia en sus respectivas variantes (Hellegouarc'h, 1972; Burke, 1989).

Recopilando lo dicho en los párrafos anteriores, podríamos definir la oligarquía como un sujeto histórico heterogéneo, cambiante e integrado por varones adultos y longevos de estatus elevado que se regían en base a un sistema de valores aristocráticos merced a su holgura económica. Pero, ¿cuál era la situación de la oligarquía greco-romana durante el siglo IV?

³⁰ Especialmente interesante resulta el fenómeno que Ronald Syme llama «romanticismo» (1991, p. 328): «While the political class, especially the nobility, came under heavy incrimination, the heroes of old time were extolled and embellished». Pero la oligarquía, por lo demás, controló la historia “nacional” romana desde bien temprano (Pina Polo, 2011).

³¹ Compárese con la *apeτή* griega (Jaeger, 1982). Si, como advierte Hellegouarc'h (1972, p. 244), «la notion de *uirtus* est l'une des plus générales qui soient», debemos tener en cuenta que, al diseccionarla para nuestra mejor comprensión, esto es, para una necesidad exclusivamente contemporánea, estamos, en cierto sentido, adulterándola. Pienso que es importante retener en la mente este tipo de limitaciones propias del oficio de historiador.

ii) Los estragos de la movilidad social: la oligarquía en el siglo IV

A la altura del siglo IV, la vieja oligarquía greco-romana había experimentado una serie de cambios que venían forjándose desde el turbulento siglo III. Simplificando mucho la cuestión, nos encontramos con el orden senatorial repleto de nuevos hombres, con el orden ecuestre destruido y con el orden decurional asfixiado por los impuestos (Jones, 1964, I y II; De Salvo, en Lizzi Testa, 2006; Alföldy, 2012).

Entre los siglos I y III, la composición del Senado varió en la extracción social y geográfica de sus miembros. Los estudios prosopográficos identifican como patricios al 16 por 100 de los senadores bajo Augusto; con Trajano, este porcentaje se había reducido a menos del 1 por 100. Los senadores ya no eran únicamente aristócratas de origen itálico, sino también provinciales ennoblecidos (Hammond, 1957). La promoción social se aceleró a partir del 250 y, entre los siglos III y IV, el orden senatorial se nutrió de juristas, burócratas, militares e, incluso, bárbaros romanizados (Jones, 1964 I; MacMullen, 1964; Chastagnol, 1970). El orden senatorial acrecentó sus posesiones agrarias aprovechando la crisis y mantuvo intactos su prestigio y privilegios, pero fue sometido a un brutal proceso de «despolitización» debido a las necesidades acuciantes del imperio (Alföldy, 2012, p. 247). Aunque los senadores de Roma continuaran residiendo en lujosas villas y se autorrepresentaran como los más ilustres depositarios de las virtudes romanas, habitaban una ciudad que había dejado de latir como corazón del imperio, y compartían escena con sus homólogos orientales de Constantinopla (Alföldy, 2012).³²

Durante todo el siglo III, el orden ecuestre se había renovado con soldados de origen humilde. La savia nueva reprodujo el comportamiento de la vieja oligarquía: invirtió en fincas sus salarios, abrazó los ideales romanos tradicionales e, incluso, se consideró auténtica heredera de los romanos de antaño. Para el siglo IV, el orden ecuestre dejó de existir como tal: la «escisión del orden ecuestre» (Alföldy, 2012, p. 253) se había consumado porque fue necesario superponer el cargo de los grandes funcionarios imperiales con el más prestigioso rango social, así que, entre los años 312 y 316, una pequeña minoría de caballeros fue integrada en el orden senatorial. Hacia mediados del

³² Suele aceptarse que los senadores occidentales conformaban una nobleza terrateniente mucho más conservadora. Se organizaban en grupos regionales y facciones políticas, y diferían entre sí por la enjundia de su patrimonio, su extracción social, su procedencia geográfica, su educación y su credo religioso (Alföldy, 2012). En Oriente, la oligarquía senatorial estaba conformada principalmente por funcionarios recién llegados que invertían en tierra y accedían a la propiedad latifundista, lo cual no era óbice para su heterogeneidad interna (Chastagnol, 1970; De Salvo, en Lizzi Testa, 2006). Es probable que Constantino y Constancio II crearan un senado oriental para mermar el poder de los senadores occidentales y granjearse la docilidad de una aristocracia de servicio (Chastagnol, 1970).

siglo IV, unos cuatro mil individuos varones ostentaban el rango senatorial en todo el imperio mientras la mayoría de los caballeros corría la suerte de las elites decurionales. Esta mayoría desarrollaba su carrera en provincias y residía fuera de Roma, por lo que ni participaba en las sesiones del Senado, ni acudía a sus centros de socialización ni estaba familiarizada con sus tradiciones aristocráticas: no compartía una identidad en común con los miembros del orden senatorial (Alföldy, 2012).

Las elites decurionales, finalmente, extraían sus ingresos de la artesanía, el comercio y, sobre todo, la gran propiedad agraria. Como para la inmensa mayoría de los caballeros, el sostén económico del imperio recayó sobre sus espaldas, y esta presión fiscal resultó letal. A lo largo del siglo II, las cargas impositivas se incrementaron y, bajo el principado de Septimio Severo (193-211), las obligaciones cívicas (*munera*) de las elites provinciales fueron férreamente reguladas. Los decuriones debían aprovisionar la ciudad de víveres y agua potable, debían construir y mantener sus infraestructuras, debían organizar su defensa, debían celebrar festivales... Todo ello con carácter obligatorio según el umbral de renta fijado en un estricto censo decurional. En suma, el decurión se cargaba de obligaciones recibiendo a cambio poco o nada, de manera que, en pleno siglo IV, las *honoratiores* se convirtieron en «penitenciarías», según acertada expresión de Hermann Horstotte (Alföldy, 2012, p. 316).³³

Los integrantes de la oligarquía —aristocracia senatorial, altos funcionarios, decuriones y, en menor medida, jerarcas cristianos y militares— poseían intereses propios y contrapuestos, por lo que conformaban «grupos de presión» para defenderlos (Jones, 1964 I, p. 357).³⁴

En ocasiones, ciertos individuos de la oligarquía actuaban como «poderes tras el trono» (Jones, 1964 I, p. 341). Algunas mujeres ejercieron como regentes: así, Justina, regenta de Occidente en nombre de su hijo Valentiniano II entre los años 383 y 388; o Pulqueria, regenta de Oriente en nombre de su hermano Teodosio II desde 414; o Gala Placidia, regenta de Occidente en nombre de su hijo Valentiniano II en 421. Los eunucos también alcanzaron elevadas cotas de poder como “validos” de los emperadores: piénsese en Eutropio para Occidente entre los años 396-399; o en Crisipo para Oriente

³³ Siniestra metáfora que, sin embargo, debe tomarse al pie de la letra: el gobernador arriano de la diócesis de Ponto castigó a sus enemigos políticos de credo cristiano registrándolos en el censo decurional de las ciudades (Alföldy, 2012).

³⁴ «The peasantry, whether freeholders or tenants, had very little opportunity of making their grievances known to the government [...] There is also very little evidence in the Codes that the craftsmen, shopkeepers and merchants of the towns were able to make their grievances known to the governments» (Jones, 1964 I, pp. 358-359).

entre los años 443-450. Y qué decir de los grandes caudillos militares, a los que John Michael O’Flynn (1976) denomina «generalísimos».³⁵ Los generalísimos aparecieron en la mitad occidental del imperio entre los años 388 y 493, debido al continuo estado de emergencia militar y a la incapacidad de los emperadores-niños para ponerse al frente de los ejércitos. Los generalísimos —Arbogasto, Estilicón, Aecio, Ricimero, Odoacro— eran bárbaros romanizados. Debían contar con el favor del emperador para evitar su caída en desgracia, y se autorrepresentaban como verdaderos aristócratas senatoriales portando el título de *patricius noster* (Jones, 1964 I; O’Flynn, 1976; Demandt, 1986).

³⁵ El término estaba presente en algunas obras de la historiografía alemana y, en concreto, de Ernst Stein y Alexander Demandt. Hace referencia a individuos en posesión de un mando militar supremo (Demandt, 1986). O’Flynn define al generalísimo como «a supreme military commander whose power is carried over, by extra-constitutional means, to the civil domain» (1976, p. 2).

BARBARIE: EL PREJUICIO RACIONALIZADO

Los miembros de la oligarquía greco-romana debieron afrontar la cuestión de la alteridad, la «cuestión del Otro» (Todorov, 1987). Ello se debe a «la costumbre humana de construir identidades y trazar límites» (Bauman, 2008, p. 89). La alteridad puede residir en el interior del mismo cuerpo social o en lugares lejanos y desconocidos. Frente a la cuestión del Otro, la sociedad adopta dos posiciones ideales: la asimilación, es decir, la proyección de los propios valores sobre el Otro y su consideración como ser humano completo; o la diferenciación e inferiorización (Todorov, 1987). Asimilado o rechazado, el Otro es reducido a una categoría capaz de englobar a las más diversas gentes y de atribuirles un conjunto de estereotipos, si bien la estereotipación por rechazo, convertida en convicción profunda, suele degenerar en prejuicio y muerte (Maalouf, 2001).

Uno de los esquemas de alteridad más importantes de la Antigüedad Clásica fue el articulado en torno a la categoría griega del bárbaro ($\beta\alpha\rho\beta\alpha\rho\varsigma$). El término, que procede de una raíz indoeuropea onomatopéyica para designar a personas con dificultades en el habla —compárese con ‘bereber’ o ‘tartamudo’—, constituyó un marcador etnocentrista y lingüístico con más paralelos de los que pudiera parecer en un principio.³⁶

Según Dubuisson (2001), la palabra ‘ $\beta\alpha\rho\beta\alpha\rho\varsigma$ ’ se documenta por vez primera en un fragmento del poeta espartano Alcmán datado en torno al siglo VII a. E.³⁷ Hasta el

³⁶El etnocentrismo del ser humano se nos indica en una sentencia magistral de Heródoto que sobrecoge por su actualidad (Hdt. III, 38, 1): «En efecto, si a todos los hombres se les diera a elegir entre todas las costumbres, invitándoles a escoger la más perfecta [νόμους τοὺς καλλίστους], cada cual, después de una detenida reflexión, escogería para sí las suyas; tan sumamente convencido está cada uno de que sus propias costumbres son las más perfectas». En el siglo V a. E., el etnocentrismo era un fenómeno corriente: «Los egipcios llaman bárbaros a todos los que no hablan su misma lengua» (Hdt. II, 158, 5). El término egipcio para designar al extranjero era *drdri*. Parece que estamos ante una reduplicación del sustantivo egipcio para el castellano ‘límite’, sólo que Heródoto la asimiló a la onomatopeya ‘brbr’ por razones obvias (Dubuisson, 2001). En Hdt. III, 79, el historiador nos informa sobre el prejuicio étnico que los medos sentían por los magos: instituyeron una festividad, la Magofonía, que conmemoraba la masacre de decenas de magos a manos de los persas. En Hdt. IV, 76, se nos dice que «los escitas también evitan a toda costa adoptar costumbres extranjeras, sean del pueblo que sean, pero principalmente griegas». Otros ejemplos de etnocentrismo se dan entre pueblos tan dispares como los chinos, los judíos o los indios cheyenes. Los eslavos, en particular, denominan a los alemanes «mudos» o «tartamudos», que son las acepciones genérica y dialectal de ‘némoy’ (нemой); a su vez, el etnónimo ‘eslavo’ significa directamente «esclavo» (Dubuisson, 2001). Aunque carezca de connotaciones peyorativas, recuérdese que el idioma vascuence distingue entre «vascoparlantes» (*euskaldunak*) y «hablantes de otras lenguas distintas al vascuence» (*erdaldunak*), cualesquiera que ellas sean —castellano o francés, chino o zulú, no importa.

³⁷El fr. 10a, 1, 42. Con anterioridad, los poemas homéricos muestran marcadores lingüísticos similares, como ἀγριόφωνος (Hom. Od., VIII, 294), ἀλλόθροος (Hom. Od. XIV, 43) y, lo que es más interesante, βαρβαρόφωνος (Hom. Il. II, 867).

primer cuarto del siglo V a. E., el concepto emerge otras cuatro ocasiones, eclosionando su uso a partir de las Guerras Médicas (499-449).³⁸

Entre los siglos V y IV a. E., la categoría del bárbaro fue sometida a un proceso de racionalización por las disciplinas científicas de la época —filosofía, historia, geografía, medicina.³⁹ El resultado de este proceso de racionalización arribó hacia finales del siglo III a. E. en forma de un sistema de alteridad que incidía, sobre todo, en marcadores de tipo cultural a los cuales se aplicaba una óptica etnocentrista y, en ciertos momentos, determinista. Con toda probabilidad, fue Tito Livio quien, por influencia griega, introdujo la categoría del bárbaro en la literatura romana, sustituyendo otras expresiones autóctonas como *externae gentes* (Dauge, 1981; Isaac, 2004; McCoskey, 2012).⁴⁰

Este sistema de alteridad fue, en realidad, un «sistema asistemático». A lo largo de los siglos, mantuvo tres características generales: su punto de vista etnocéntrico, su insistencia en marcadores de tipo cultural y su extraordinaria variedad teórica. No es lo mismo el bárbaro de Heródoto que el bárbaro de Estrabón; el de Estrabón que el de Amiano Marcelino. Tampoco la «escala de la barbarie» es la misma en todos los autores clásicos. Tanto la variedad de los argumentos teóricos desplegados a la hora de construir al bárbaro cuanto la de los marcadores culturales que discriminan civilización de barbarie pueden explicarse en función de la coyuntura histórica y del autor. Cuestiones como el carácter de las relaciones mantenidas con un pueblo, las escuelas de pensamiento imperantes en una época, la formación y las experiencias personales de un autor junto al propósito de su obra influyen, qué duda cabe, en la construcción del bárbaro y de la escala de la barbarie.⁴¹

³⁸ Sigo en este recuento a Tuplin (en Tssetskhladze, 1999), que atestigua los siguientes ejemplos para la citada horquilla temporal: Anacreonte 423 + S 313.6, con el sentido de solecismo; Hecateo 1F119, quien observa que el Peloponeso fue poblado por bárbaros antes que por los griegos; Corina 4P, un fragmento descontextualizado de la poetisa; y Heráclito 22B107, célebre fragmento donde el adjetivo ‘bárbaro’ conserva todavía el sentido lingüístico (Bernabé, 1995, fr. 107): «Malos testigos para los hombres los ojos y los oídos de quienes tienen espíritus que no comprenden su lenguaje [lit. “almas bárbaras”]».

³⁹ Ya hemos dicho que los poemas homéricos contenían referencias al lenguaje. El hábitat, el aspecto físico, las costumbres o las instituciones políticas de los pueblos de la ecúmene fueron también marcadores corrientes con anterioridad al siglo V a. E. Me parece propicio remarcar estas cuestiones porque el magnífico trabajo de Edith Hall (1991) puede llevar a pensar que la categoría del bárbaro surgió de la nada en pleno siglo V a. E. (Vasilescu, 1989; Tuplin, en Tssetskhladze, 1999).

⁴⁰ Plauto todavía utilizaba el término en sentido lingüístico (Ruge, 1970). Livio, *Ab urbe condita* V, 36, 9. se refiere con él a los galos senones. La helenización de Roma jugó un rol destacado en este proceso de transmisión cultural. Pero también la coyuntura histórica, muy conflictiva hasta el año 31 a. E., que propició la contratación de compañías de mercenarios, la captura de prisioneros de guerra, la presencia de gladiadores y esclavos o la implantación de nuevos cultos religiosos. Todos estos factores llevaron la figura del bárbaro a buena parte de la sociedad (Dauge, 1981).

⁴¹ De la bibliografía consultada, ningún investigador ofrece una explicación unitaria al respecto. Alonso del Real (1972, p. 40) establece diversos «grados de barbarie», igual que Jacob (2008, p. 207). Del Real (1972, pp. 12-14) habla de «bárbaro de nivel cultural no inferior», «bárbaro de nivel inferior», «bárbaro

i) Sobre los aires, aguas y lugares —y los “genes”

Desde un punto de vista teórico, el proceso de racionalización del bárbaro poseyó dos grandes cadenas de transmisión: el determinismo ambiental y la teoría aristotélica de la esclavitud natural (Dauge, 1981; Isaac, 2004; McCoskey, 2012). El determinismo ambiental fue elaborado por los autores del Corpus Hipocrático, por Eratóstenes y por Posidonio a partir de la noción de ecúmene (*οἰκουμένη, orbis terrarum*).⁴² La ecúmene era subdividida en cinco regiones climáticas desde un punto de vista etnocentrista: dos franjas cálidas, dos franjas frías y una templada. Tanto los griegos como los romanos se situaron en esta última. El reconocimiento de franjas climáticas, en especial de una franja templada que permitía eludir los extremos y hacer acopio de múltiples cualidades, posibilitó la repartición de zonas de inferioridad y justificó el imperialismo romano en base a la secuencia «equilibrio-integridad-hegemonía» (Dauge, 1981; Isaac, 2004). El texto fundador del determinismo ambiental es *Sobre los aires, aguas y lugares*, un tratado del Corpus Hipocrático sumamente interesante y muy rico en matices que analizaré en las líneas siguientes.

El llamado Corpus Hipocrático comprende más de cien obras compuestas en diversos dialectos griegos y unas treinta en latín (Edelstein, 1963). Su redacción comenzó a finales del siglo V e inicios del IV a. E., pero no fue la obra de un solo hombre ni tampoco de una sola escuela: junto a los planteamientos del legendario Hipócrates de Cos y sus alumnos se distingue la impronta, por ejemplo, de Eurifonte de Cnido y sus discípulos (Harris, 1973; Jouanna, 1974).

El hecho de que estemos ante una colección heterogénea en su contenido y autoría ha ocasionado enormes quebraderos de cabeza a los estudiosos. Los filólogos han abordado la «cuestión hipocrática» con denuedo, siguiendo un doble procedimiento: en

extraliminar o intraliminar» y «bárbaros sabios» desde la mentalidad de una alta cultura. Aujac (1966, p. 105) distingue «pueblos científicos» como los caldeos, los fenicios o los egipcios. Mitchell intuye que la integración de macedonios y epirotas en la Hélade «fluctuated, depending on circumstances and attitudes» (Mitchell, 2007, p. 205). También Lonis (1981) reconoce la importancia de la coyuntura en la percepción romana de los etíopes. Sobre la hostilidad al bárbaro por parte de Amiano Marcelino, François Paschoud (1967, p. 45) alude a la promoción social de los bárbaros y a los prejuicios de intelectual del historiador. Alain Chauvet concluye que (1998, 406): «l’opinion d’Ammien sur les barbares est donc fort complexe [...] La clef de cette attitude est sans doute à rechercher dans la culture et l’expérience d’Ammien, mais aussi dans son écriture, qui lui fait revivre son expérience et mettre en œuvre sa culture».

⁴² El concepto de «tierra habitada» ha sido muy debatido por los historiadores. Normalmente, distinguía tres continentes, Asia, Libia y Europa, de límites un tanto vagos. Al Norte, podían situarse en Macedonia o Tracia; al Este, en la India; al Sur, quizás en la actual Sierra Leona; al Oeste, en las columnas de Hércules —aunque casi toda la parte occidental fue tierra incógnita hasta la conquista romana de Galia e Hispania (McCoskey, 2012).

primer lugar, el estudio de las referencias externas con objeto de discernir qué obra podía ser atribuida con seguridad a Hipócrates; a continuación, el estudio de las referencias internas con objeto de pergeñar un canon depurado. Pese a sus loables intentos, la única conclusión verídica es que, a la altura del siglo III a. E., existía ya un Corpus Hipocrático coherente, a juzgar por la publicación de ediciones críticas, comentarios y glossarios.⁴³

Centrémonos ahora en *Sobre los aires...*⁴⁴ Este tratado representa un verdadero escrito fundacional, siendo pionero en múltiples aspectos: constituye la primera formulación de una teoría del clima, la primera reflexión coherente sobre las diferencias físicas y morales entre los pueblos, el primer tratado de climatología médica de toda la literatura occidental, el primer escrito de antropología y el testimonio más antiguo de la antítesis *vóμος/φύσις*. Debió de ser redactado a comienzos del siglo IV a. E.⁴⁵

En sus orígenes, el tratado era un manual destinado a médicos itinerantes. Su estructura es muy clara: un preámbulo donde se enumeran los diferentes puntos sobre los que el médico debe retener atención al llegar a una ciudad desconocida (Hp. Aer. 1-2); un desarrollo del prólogo y una primera parte que examina los vientos, el suelo, las aguas y las estaciones (Hp. Aer. 3-11); una segunda parte, donde la medicina desemboca en la etnografía, y la comparación entre Europa y Asia explica las principales diferencias físicas y morales que separan a sus pobladores (Hp. Aer. 12-24). En conjunto, *Sobre los aires...* ofrece una antropología general donde la explicación de las diferen-

⁴³ Considérese una de las referencias externas más fiables, esto es, Platón, *Fedro* 270c-ss, para mostrar las dificultades que entraña el Corpus. El filólogo topa en este pasaje con hasta tres inconvenientes. En primer lugar, Platón hace referencia a los métodos hipocráticos más que a su teoría médica. En cualquier caso, el método descrito debe interpretarse a la luz del parlamento de Sócrates en *Fedro* 270d, 1-7, que, según parece, no reproduce las palabras de Hipócrates. Si, aun con todo, deseamos continuar, debemos precisar el léxico de Sócrates, que puede remitir a contextos tan dispares como la metafísica o las ciencias naturales dependiendo de la acepción que recojamos. Por todo ello, Wilamowitz y Edelstein avanzaron, a comienzos del siglo XX, una hipótesis desalentadora, subscrita por Lloyd (1975, p. 189): «[*El Corpus] contained quite disparate and heterogeneous works [...] It may be that some of Hippocrates' work has come down to us in the Corpus, but we cannot now prove this, nor determinate which his work is».

⁴⁴ Sigo en la contextualización del tratado la copiosa introducción escrita por Jacques Jouanna para la edición de *Sobre los aires, aguas y lugares* en Les Belles Lettres, que ocupa las páginas 7-184 del tomo.

⁴⁵ O, quizás, a finales del siglo V a. E. Esta última es una hipótesis personal que sugiero poniendo sobre la mesa dos argumentos. En primer lugar, que la antítesis *φύσις/vόμος* se produjo durante los últimos decenios del siglo V a. E. y a lo largo de todo el siglo IV a. E. Está presente en los libros más recientes del Corpus Hipocrático, pero no en una etapa presofística, cuando ambos elementos cooperaban armónicamente entre sí, como sucede en muchos pasajes de *Sobre los aires...* (López Férez, 1975). En segundo lugar, observa Hartog que (2003, p. 47, n. 28): «para la descripción del territorio [*Escitia] emplea [*Heródoto] prácticamente los mismos términos que en la definición dada por el tratado *Sobre los aires, aguas y lugares*». Si el Autor de nuestro tratado no se inspiró en las informaciones de Heródoto, tendríamos, de nuevo, la posibilidad de una fecha de redacción más temprana.

cias físicas y morales entre los pueblos por el clima y, eventualmente, las leyes, se enriquece incluyendo factores físicos secundarios como la radiación solar y las aguas.

Nuestro análisis de *Sobre los aires...* va a considerar, ante todo, el bloque asiático de la segunda parte del texto (Hp. Aer. 12-16). Comienza el autor exponiendo sus propósitos: explicar las diferencias entre Europa y Asia escogiendo para ello a los pueblos más importantes y distintos entre sí.⁴⁶ Hp. Aer. 12-16 se centra en Asia. Sitúa, en primer lugar, a los pueblos asiáticos que menos divergen entre sí debido a la estabilidad del clima (Hp. Aer. 12). Estos pueblos son los que habitan Jonia (Hp. Aer. 12, 2-6) y Libia y Egipto (Hp. Aer. 12, 6-ss), aunque este último pasaje se ha perdido. En segundo lugar, el autor focaliza su discurso en los pueblos asiáticos que más difieren entre sí, aquellos que pueblan la laguna Meótide (Hp. Aer. 13-15). Los pasajes se centran entonces en los macrocéfalos (Hp. Aer. 14) y los habitantes del río Fasis, en la Cólquide (Hp. Aer. 15). Finaliza el bloque asiático con un pasaje que, funcionando a modo de colofón, examina la moral y el carácter de los pueblos asiáticos (Hp. Aer. 16).

El autor anticipa cuáles son las diferencias esenciales entre Asia y Europa aludiendo a la naturaleza de sus tierras y al carácter de sus habitantes.⁴⁷ Seguidamente, señala las estaciones como causa principal de las diferencias.⁴⁸ Ahora bien, la generalización es matizada. Tampoco en toda Asia se dan las mismas condiciones: la región más favorecida es Jonia debido a su clima templado (Hp. Aer. 12, 4). De ahí que la situación de Jonia se compare con la primavera en Hp. Aer. 12, 6. Con anterioridad, el autor había realizado una observación análoga a escala ciudadana y no regional.⁴⁹ Así

⁴⁶ Hp. Aer. 12, 1: «[...] Quiero mostrar cuánto difieren [*Asia y Europa] mutuamente en todo; y, con referencia al aspecto de sus pueblos, en qué se distinguen y, además, que no tienen ningún parecido entre sí. Sería largo un discurso sobre todos sus pueblos, pero acerca de los más importantes y distintos voy a decir cómo me parece a mí que son».

⁴⁷ Hp. Aer. 12, 2: «Afirma que Asia es muy distinta de Europa en la naturaleza de todos los productos de la tierra y también en la de sus hombres. Efectivamente, en Asia todo es más hermoso y mayor; el país está más cultivado y el carácter de sus habitantes es más dulce y sosegado».

⁴⁸ Hp. Aer. 12, 3: «La causa de eso es la mezcla de las estaciones, porque Asia está situada en medio de los lugares de salida del sol, mirando hacia Oriente y bastante lejos del frío. Crecimiento de las cosechas y aptitud para el cultivo los ofrece en grado sumo, siempre que no haya nada que predomine de forma violenta, sino que el equilibrio prevalezca en todo».

⁴⁹ Hp. Aer. 5: «Las [*ciudades] que están orientadas hacia la salida del sol son, como es natural, más sanas que las que miran hacia el Norte y que las orientadas hacia los vientos calientes, aunque sólo haya un estadio de separación entre ellas. Pues, en primer lugar, el calor y el frío son más moderados y, además, todas las aguas orientadas hacia la salida del sol son, por fuerza, claras, de olor agradable, y blandas. No se produce niebla en esa ciudad, pues lo impide el sol cuando se levanta y resplandece. Efectivamente, por la mañana domina aquel por lo general. Los habitantes, por su aspecto, gozan de buen color y vigor, más que en cualquier otro sitio, si no lo impide algunas enfermedad. Tienen la voz clara y son mejores en actitud e inteligencia que los orientados hacia el Norte, del mismo modo que son también mejores los demás seres que nacen en este lugar. La ciudad así orientada se parece muchísimo a la primavera por la moderación del calor y del frío. Las enfermedades son menos numerosas y más flojas, y se

pues, las generalizaciones sobre Asia se gradúan regulando la óptica a nivel local, regional y continental: el clima influye en el individuo y en los pueblos; también en las ciudades, las regiones y los continentes.

Las matizaciones alcanzan igualmente al colofón sobre la moral y el carácter de los asiáticos. La indolencia ($\alpha\thetaυμίης$) y la cobardía ($\alphaνανδρείης$) son las características esenciales de los asiáticos, y la causa principal ($\alphaἴτια$) de estas características es el clima (Hp. Aer. 16, 1). No obstante, advierte el autor, «los asiáticos son diferentes entre sí, unos, mejores, y otros, peores» (Hp. Aer. 16, 5). Las diferencias morales y psicológicas de los pueblos asiáticos son producto de sus instituciones políticas ($\tauοὺς νόμους$): «Aunque uno sea por naturaleza valiente y animoso, se ve apartado de su forma de pensar por obra de las instituciones» (Hp. Aer. 16, 4). Por eso, aunque la monarquía sea el régimen político más común en Asia y consolide la indolencia y cobardía de los asiáticos, aquellos pueblos con otros regímenes políticos poseen características bien distintas.⁵⁰ He aquí, igualmente, cómo la cooperación entre naturaleza y costumbre puede relativizar el determinismo ambiental.

La fuerza de la costumbre reaparece en el pasaje que el autor dedica a los macrocéfalos (Hp. Aer. 14). El pasaje, abundante en las descripciones físicas que tan llamativas han resultado a los historiadores, explica el alargamiento artificial del cráneo practicado por los macrocéfalos incardinando los conceptos de $\phiύσις$ y $\nuόμος$ en una “teoría genética” primitiva, la pangénesis.⁵¹

parecen a las que sobrevienen en las ciudades orientadas hacia los vientos calientes. Las mujeres son allí muy fecundas y dan a luz con facilidad».

⁵⁰ Hp. Aer. 16, 5: «He aquí una gran evidencia: aquellos que en Asia, griegos o bárbaros, no se someten a un señor sino que se autogobiernan y soportan las mayores pruebas por su cuenta, son los más combativos de todos». En el bloque europeo, el Autor recuerda (Hp. Aer. 23, 4): «También en Europa hay pueblos que difieren unos de otros en estatura, aspecto y valentía».

⁵¹ Hp. Aer. 14, 2-3: «[*Los macrocéfalos] Piensan que los que tienen la cabeza más grande son los más nobles. En cuanto a la costumbre, ocurre lo siguiente: tan pronto como nace el niño, modelan con las manos su tierna cabeza, cuando todavía está blando, y la obligan a crecer en longitud aplicándole vendajes e instrumentos adecuados, bajo cuyos efectos se rompe la forma redonda de la cabeza y aumenta, en cambio, la longitud». Según Jouanna (2003, p. 305, n. 2), la deformación artificial del cráneo para dotar a la cabeza de un aspecto más bello y noble es una práctica atestiguada en numerosas partes del mundo y en diversas épocas. En la Edad Antigua, la arqueología ha constatado su existencia en Chipre y Licia, pero no en el territorio de los macrocéfalos. Por lo que respecta a la pangénesis, defendía que el embrión era una manifestación de las estructuras preformadas en el esperma. Ofrecía una explicación más racional y comprensible que la encefalogénesis y la hematogénesis (De Ley, 1980). Existen otras referencias tempranas, como Demócrito, 68A141; Alcmeón, 24A13-14, B3; Parménides, 28A, 53-54, B, 17-18; Empédocles, 31A 81-2, B 63, 65, 67. Es criticada por Aristóteles, *Reproducción de los animales* 721b-726^a (Tuplin, en Tsetskhadze, 1999, p. 66).

Asegura el autor que «al principio, fue la costumbre la mayor responsable de la longitud de la cabeza de los macrocéfalos, pero, ahora, también la naturaleza se une a la costumbre» (Hp. Aer. 14, 2). Y precisa (Hp. Aer. 14, 4):

«[...] Transcurrido el tiempo, el rasgo entró en la naturaleza [προϊόντος ἐν φύσει ἐγένετο], de tal suerte que la costumbre no impone ya su fuerza. En efecto, el semen [γόνος] procede de todas las partes del cuerpo: de las partes sanas, el sano; de las enfermas, el enfermo. Por tanto, si, por lo general, de padres calvos nacen hijos calvos, de padres bizcos, hijos bizcos, y el mismo razonamiento sobre el resto de la figura, ¿qué impide que también de un macrocéfalo nazca un macrocéfalo? Pero, ahora, ya no se dan igual que antes (las cabezas alargadas), pues la costumbre ya no tiene fuerza, a causa del trato con otros hombres».

La última frase del extracto parece aminorar el determinismo, tal y como sucedía en otros pasajes. Sin embargo, la medicina antigua solía atribuir al clima una influencia directa en las características de la sangre, hasta el punto de que algunos investigadores han considerado ciertos tratados del Corpus Hipocrático como ejemplares de una «biología meteorológica» (Duminil, 1983, p. 217). Dos pasajes de *Sobre los aires...* subrayan la influencia del clima en las características del semen.⁵² Si, tras las innúmeras alusiones de la literatura antigua al clima, al hábitat e incluso a la dieta de los pueblos, debemos sobreentender una influencia directa en las características de los fluidos corporales, entonces, toparíamos con un velado y férreo determinismo ambiental y sanguíneo, acaso una verdad tan admitida que no requiriera argumentación entre los siglos V y IV a. E. Pero, por el momento, semejante sugerencia sólo puede tomarse como conjeta levantada en el silencio.

Todos estos pasajes han llevado a insinuar que el autor de *Sobre los aires...* podía pensar genéticamente.⁵³ El mismo Tuplin, sin embargo, ha reconocido que «a more probable conclusion is (again) that our author has not thought his analysis nearly as sys-

⁵² Hp. Aer. 19, 5: «Pues, cuando las estaciones son parecidas, no se produce ni destrucción ni deterioro en la coagulación del semen [γόνου ξυμπήξει], de no ser en caso de alguna necesidad forzosa o enfermedad». También Hp. Aer. 23, 1-2: «Los demás habitantes de Europa se distinguen entre sí tanto en estatura como en figura, por obra de los cambios de estación, porque estos son grandes y frecuentes; y, además, se producen calores violentos, inviernos rigurosos, muchas lluvias, y, por el contrario, sequías largas y vienes, causas por las que acontecen cambios numerosos y de todo tipo. Como cabe esperar, eso lo nota también la generación en el momento de la coagulación del semen, y resulta distinta e, incluso en el mismo individuo, no es la misma en verano que en invierno, ni con tiempo lluvioso que con seco. Por esta razón, creo yo, el aspecto de los europeos es más variado que el de los asiáticos y su estatura es muy diferente, en consonancia con cada ciudad. Efectivamente, los daños experimentados en la coagulación del semen son más numerosos cuando los cambios de las estaciones son frecuentes que cuando son parecidas e, incluso, iguales».

⁵³ Tuplin (en Tsetskhladze, 1999, p. 66): «[...] “Technical” genetics turns up in another context, when the author adduces pangenesis (the view that the seed is drawn from all parts of a parent body) to prove that acquired characteristics, the longheads of Macrocephali, can be inherited [...] So our author can think genetically».

tematically as we would like» (en Tsetskhladze, 1999, p. 66). En efecto, pasajes como el de las mujeres de los saurómatas, cuya amputación del pecho no se transmite hereditariamente, hacen pensar en que el sistema de alteridad del bárbaro fue, en realidad, un sistema bastante asistemático, incluso dentro de un mismo tratado.⁵⁴

ii) Esclavos por naturaleza

Abandonemos el determinismo ambiental y centrémonos en la teoría aristotélica de la esclavitud natural, segunda cadena de transmisión en la racionalización de la barbarie. La teoría aristotélica de la esclavitud natural constituye el ejemplo de reflexiones acerca de la esclavitud más completo disponible para la Edad Antigua. El núcleo de esta teoría se concentra en el primer libro de la *Política*, en concreto en las líneas comprendidas entre 1253b y 1255b, según la paginación de Immanuel Bekker; pero las referencias a la institución de la esclavitud salpican el resto de la obra y de la producción filosófica de Aristóteles (384-322). Nosotros nos hemos limitado a examinar únicamente la *Política*.

La redacción del primer libro de la *Política* quizás sea anterior a la *Ética a Nicómaco* (Garnsey, 1996), toda vez que nuestro filósofo habría necesitado conceptualizar el estatus del esclavo para después poder reflexionar sobre la virtud. Los inicios del tratado polemizan con Sócrates y Platón, quienes identificaban como idéntico el gobierno de la casa (*οἶκος*) y el de la ciudad (*πόλις*). Aristóteles, por el contrario, se propuso demostrar este error mediante un escrutinio de la ciudad, que es descompuesta en sus partes esenciales (Arist. Pol. I, 1253a3).

La forma de vida en comunidad más rudimentaria es la casa; ella colma las necesidades básicas de todo ser humano: la reproducción y la seguridad.⁵⁵ La aldea, esa «colonia de la casa» (*ἀποικία οἰκίας*), por utilizar la expresiva definición aristotélica, es la comunidad primigenia que contiene varias casas y sacia las necesidades no cotidianas

⁵⁴ Hp. Aer. 17, 3: «Carecen del seno derecho, pues, cuando son niñas, aún de corta edad, sus madres les aplican al seno derecho un aparato de bronce, construido con tal finalidad, tras haberlo puesto al rojo; el pecho se quema, de suerte que se anula su desarrollo y transmite todo su vigor y plenitud al hombro y brazo derechos».

⁵⁵ Arist. Pol. I, 1252a2: «[...] En primer lugar, es necesario que se emparejen los que no pueden existir uno sin el otro, como la hembra y el macho con vistas a la generación –y esto no en virtud de una decisión, sino como en los demás animales y plantas; es natural la tendencia a dejar tras sí otro ser semejante a uno mismo, y el que manda por naturaleza y el súbdito, para su seguridad». Aparece en estas líneas un primer indicio de jerarquización natural que debe relacionarse con el argumento desplegado por Aristóteles en Pol. I, 1260a.

del ser humano. Pero la forma naturalmente más perfecta de vida en comunidad es la ciudad.

La ciudad es el fin de las dos comunidades anteriores porque ostenta el nivel más elevado de autosuficiencia. La importancia de la ciudad en el pensamiento aristotélico es excepcional: el ser humano es un animal social y político ($\piολιτικον\zeta\phiον$) porque posee el don del habla. Por otro lado, el fin del ser humano es el bien vivir ($\epsilon\tilde{v}\zeta\eta\eta$) y la felicidad ($\epsilon\tilde{v}\deltaαιμονίας$). Pero, para nuestro filósofo, la felicidad consiste en el «ejercicio y uso perfecto de la virtud» (Arist. Pol. VII, 13, 1332a5); y la virtud por excelencia sólo puede practicarse en la comunidad social más perfecta —la ciudad— puesto que es allí donde el ser humano manifiesta valores como la justicia mediante el lenguaje (Arist. Pol. I, 2, 1253a11-12).

Una vez delimitadas las partes de la ciudad, Aristóteles hizo lo propio con la casa. Las partes constitutivas de la casa son el amo y el esclavo, el marido y la esposa, el padre y los hijos; entre estas tres partes emergen tres tipos de relaciones: la heril, la conyugal y la procreadora. Juntas conforman la administración doméstica. Al lado de las tres partes constitutivas, se sitúa una cuarta, la crematística o arte de la adquisición, de carácter ambiguo. Aristóteles sólo examinó la relación heril y la crematística. Es aquí donde engastó el corazón de su teoría de la esclavitud natural, que consideró al bárbaro un esclavo por naturaleza porque uno y otro poseían la parte racional de sus almas sometida por la parte irracional (Arist. Pol. I, 1252b4).⁵⁶

Al terminar de leer los razonamientos aportados por Aristóteles para defender la existencia de esclavos por naturaleza, uno termina desconcertado. Montesquieu observó al respecto: «Aristóteles quiere probar que hay esclavos por naturaleza: lo que dice, no lo prueba» (*Espíritu de las leyes* XV, 7). En efecto, entre 1253b y 1255a, asistimos a una sucesión de argumentos circulares impropios de un pensador como el Estagirita.⁵⁷

⁵⁶ Arist. Pol. I, 1252b4: «[...] Bárbaro y esclavo son lo mismo por naturaleza». Tal es el pensamiento de Aristóteles, que, por otro lado, posee un significado práctico (Arist. Pol. VII, 1327b): «Los que habitan en lugares fríos y en Europa están llenos de coraje, pero faltos de inteligencia y de técnica, por lo que viven más bien libres, pero sin organización política o incapacitados para mandar en sus vecinos. Los de Asia, en cambio, son inteligentes y de espíritu técnico, pero sin coraje, por lo que llevan una vida de sometimiento y esclavitud. En cuanto a la raza helénica [$\tauον\epsilon\lambda\lambda\gammaνον\gamma\epsilonνος$], de igual forma que ocupa un lugar intermedio, así participa de las características de ambos grupos, pues es a la vez valiente e inteligente. Por ello vive libre y es la mejor gobernada y la más capacitada para gobernar a todos si alcanzara la unidad política.

⁵⁷ Considerese éste: «[...] El que, siendo hombre, no se pertenezca por naturaleza a sí mismo, sino a otro, ese es por naturaleza esclavo» (*Pol.* I, 4, 1254a6); o este otro: «Pues es esclavo por naturaleza el que puede ser de otro —por eso precisamente es de otro» (*Pol.* I, 5, 1254b9). Hay también quien ha subrayado las contradicciones internas de la teoría: «Y eso intenta hacer la naturaleza muchas veces, pero no siempre puede» (*Pol.* I, 6, 1255b8).

Paciencia: la piedra de toque para comprender a Aristóteles descansa en otros fragmentos de su *Política*, y en concreto en *Pol.* I, 13, 1259b2-1260b (Smith, 1991).

Aristóteles definió al esclavo como hombre (*ἄνθρωπος*), si bien procedió a cosifarlo: ese hombre era para el amo una posesión o bien (*κτῆμα*), pero una posesión animada (*κτῆμά ἔμψυχον*) como puede serlo el vigía para el piloto de una nave (*Pol.* I, 4, 1253b1-1245a6). Llegado a este punto, el de Estagira se pregunta si los esclavos atesoran alguna virtud más allá de sus servicios corporales. La pregunta no es baladí: la negación de cualquier otra virtud equivale a arrebatárle la humanidad al esclavo; el reconocimiento lo aproxima a los varones de estatus libre; y el mero atisbo de la duda obliga a trasladar esta misma inseguridad al resto de relaciones que conformaban la casa, esto es, a la conyugal y a la procreadora, haciendo temblar la tesis de la jerarquización natural: si gobernante y gobernado participan de la *καλοκάγαθία*, ¿por qué uno debe mandar y otro obedecer siempre? (*Pol.* I, 13, 1259b2-1260a5). Porque, arguyó Aristóteles, ambos participan de distinta manera en la virtud, ya que sus almas se estructuran de manera distinta.

Para Aristóteles, el alma se dividía en dos partes: la parte irracional, presente en el hombre desde niño, y la parte racional, que podía medrar cuando el niño se hiciera hombre. La parte irracional se identificaba con el rol del gobernado; la segunda, con el del gobernante. El alma de quien era amo por naturaleza sometía su parte irracional a la racional; las almas de quienes debían obedecer por naturaleza, a cambio, padecían una jerarquización deficiente de sus partes. Así, la parte racional del alma esclava apenas era capaz de domar a la parte irracional que sobre ella se enseñoreaba —en concreto, Aristóteles le amputó al esclavo la facultad deliberativa: «What made them [*los bárbaros] different was their perceived lack of higher-order intellectual skills». (Rosivach, 1999, p. 152).

Esta desigual estructuración del alma se reflejaba no sólo en el lenguaje incomprendible de los bárbaros, sino también en la morfología del individuo.⁵⁸ Lo que debemos destacar es que esta malformación del alma conducía a que el esclavo, como el niño, participara de la virtud siempre en relación a un guía. Se establecía entonces una comunidad de intereses y obras, pero, en cualquier caso, el esclavo disponía únicamente de la virtud imprescindible para llevar a buen puerto sus tareas serviles.

⁵⁸ «La naturaleza quiere incluso hacer diferentes los cuerpos de los libres y los de los esclavos: unos, fuertes para los trabajos necesarios; otros, erguidos e inútiles para tales menesteres, pero útiles para la vida política» (*Pol.* I, 5, 1254b10).

iii) Contra viento y marea: Estrabón, el estoicismo y el imperio

En el año 281 a. E., Mitrídates se coronó primer rey del Ponto, una antigua satrapía persa, y estableció una monarquía de corte helenístico que, ensalzando sus orígenes iranios y anatolios, comenzó a relacionarse con los reinos vecinos. Más de un siglo y medio después, Dorilao de Amiso, tatarabuelo de Estrabón, fue enviado por Mitrídates V (150-121) a Tracia, Grecia y Creta con la misión de alistar compañías de mercenarios durante su singladura (Dueck, 2000).

El asesinato del monarca lo sorprendió en Cnoso. Allí permaneció, casándose con una macedonia de nombre Estéope, hasta que Mitrídates VI (120-63), hijo del difunto rey, adoptó como hermano al sobrino homónimo de Dorilao y lo nombró sumo sacerdote de Comana Pótica. Era el momento de regresar al Ponto llevando consigo a su familia. En el cortejo de vuelta se encontraba Lageta, uno de los hijos del anciano Dorilao y futuro abuelo materno de Estrabón (Dueck, 2000).

Disfrutando de elevados puestos en la corte, la familia materna de Estrabón medró en prestigio y riqueza. Todo se truncó cuando Dorilao el Joven fue sorprendido intentando rendir el reino del Ponto a los romanos. El descubrimiento de la conspiración, empero, no pudo evitar que Roma, alzada en potencia del Mediterráneo, terminara integrando el territorio en la provincia de Bitinia-Ponto, no sin desencadenar, entre los años 99-67 a. E., una serie de cruentas guerras de conquista denominadas por la historiografía Guerras Mitridáticas (Dueck, 2000).

Estos son los antepasados de Estrabón por lado materno; de su familia paterna nada sabemos. Acaso nuestro autor prefirió ocultarla porque no podía hacer gala de una genealogía tan conspicua o porque, directamente, poseía unos orígenes humildes (Dueck, 2000). Del propio Estrabón se ha dicho que significa «poco más que un nombre» para el historiador contemporáneo (Cruz Andreotti, García Quintela y Gómez Espelosín, 2009, p. 17). Su importancia no se corresponde con la información que sobre él disponemos, como sucede con la mayoría de los autores clásicos.⁵⁹

⁵⁹ Me atrevería a decir que ni siquiera el nombre proporciona seguridad: significa «bizco», y se trata de un mote de época tardorreplicana del que nos informan Plutarco, la Suda y varios manuscritos medievales. Pudo haberlo adoptado de uno de los romanos ilustres con los que se relacionó, desde Elio Sejano a Pompeyo. O también pudo haberlo recibido de sus padres, sea como nombre propio, sea como tercer elemento de la onomástica romana. En ambos casos reflejaría el contexto bicultural de Oriente en el siglo I a. E., según Sarah Pothecary (Dueck, 2000; Cruz Andreotti, García Quintela y Gómez Espelosín, 2009).

Se supone que Estrabón nació el año 64 a. E. y murió el año 23 d. E., pero las fechas de nacimiento y defunción también han sido objeto de disputa.⁶⁰ Más claro parece que nuestro autor nació en Amasia (Str. XII, 3, 15; XII, 3, 39), una ciudad del Ponto Central, situada a menos de cien kilómetros del Mar Negro. Se discute si murió en Roma o en su Amasia natal.

Para Dueck, Estrabón era (2000, p. 85): «an educated Greek, descendant of a noble Pontic family which had inclined towards Rome at the time of the Mithridatic wars, and possibly a Roman citizen himself». En efecto, los mentores de Estrabón fueron Aristodemo de Nisia, Jenarco de Seleucia y Tiranión de Amiso.⁶¹ Las amistades de Estrabón descollaron también por su magnitud intelectual: Atenodoro de Tarso, discípulo de Posidonio, fue otro de los tutores de Augusto; los hermanos Boeto y Diodoto de Sidón consagraron su vida a la filosofía; y el orador Diodoro de Sardes aconsejó a Cicerón mientras redactaba el *De officis*. Los viajes que realizó Estrabón a lo largo de su vida, aunque alejadosen ocasiones del ideal científico, le permitieron visitar los centros culturales más relevantes de su tiempo, como Alejandría, Nisia, Esmirna o Tarso (Honigmann y Aly, 1970; Dueck, 2000).

Según parece, la obra maestra de Estrabón perteneció al género historiográfico, de manera que el geógrafo más importante que la Antigüedad nos ha legado sería más historiador que geógrafo.⁶² Los Ἰστορικὰ Ὑπομνήματα de Estrabón pretendían erigirse en continuadores de Polibio —tal y como hiciera Posidonio— añadiendo la óptica universal de Nicolás de Damasco y Pompeyo Trogó para relatar la historia de la ecumene

⁶⁰ La Suda nos dice que vivió en tiempos de Tiberio, lo que nos llevaría a los años 14-37 d. E. Niese pretendió afinar algo más y, examinando todas las cláusulas temporales de la *Geografía*, utilizó Str. XII, 3, 41 y Str. XII, 5, 1 para fijar la fecha de nacimiento de Estrabón en el año 64 a. E. El problema es que, como ha remarcado Sarah Pothecary, estas cláusulas temporales no serían referencias literales a la vida del autor, sino marcadores temporales que distinguirían entre dos épocas históricas: una, cuando el Ponto todavía era un reino independiente; otra, cuando el reino fue anexionado a Roma. Las cláusulas vendrían a significar «en nuestros días», sólo que la utilización de la primera persona del plural por Estrabón induciría a la confusión. El evento más reciente que se menciona en la obra es la muerte del rey Juba II de Mauritania y Libia (Str. XVII, 3, 7), de ahí que la muerte de Estrabón se haya situado en torno al 23 d. E. (Dueck, 2000).

⁶¹ El primero de ellos era nieto del mismísimo Posidonio de Apamea por parte de madre. Su padre fue Menécrates, que estudió con Aristarco y escribió un estudio comparativo de los poemas homéricos —la propia ciudad de Nisia poseía una magnífica biblioteca y un círculo de estudios homéricos. Los hermanos de Aristodemo fueron un gramático y un filósofo, Sóstrato y Jasón. Este último llegó a estudiar directamente con su abuelo Posidonio. En cuanto al primo homónimo de Aristodemo, fue tutor de Pompeyo. El filósofo Jenarco de Seleucia fue tutor de Augusto. Tiranión, residente en Roma desde el 67 a. E., ayudó a Cicerón a organizar su biblioteca y educó a su sobrino Quinto (Dueck, 2000).

⁶² En Str. II, 5, 11, el autor se reconoce deudor de la tradición geográfica e historiográfica (Clarke, 1997). Quizás, como asegura Clarke (1999, p. 338), «Our problem as readers of ancient texts is that we have certain expectations about what constitutes ‘geographical’ and ‘historical’ works, expectations which are the products of a long history of the development of the modern academic subjects known as ‘geography’ and ‘history’».

desde la destrucción de Corinto en 146 a. E. hasta la desaparición del último reino helenístico, Egipto, en 31 a. E. De sus cuarenta y siete libros originales se nos han preservado diecinueve fragmentos citados por Flavio Josefo, Tertuliano y Plutarco (Honigmann y Aly, 1970; Clarke, 1997; Alonso Núñez, en Cruz Andreotti, 1999; Dueck, 2000).

Debido a esta lamentable pérdida, Estrabón ganó la eternidad a través de su *Geografía*.⁶³ Es probable que el periodo de composición de la obra se alargara entre los años 18 y 24 d. E., siguiendo las indicaciones de Dueck (1999).⁶⁴

El objetivo primordial de Estrabón, a juicio de Dueck (2000), era la medición del mundo habitado y conocido reflejando el cambio humano. El concepto de ecúmene del cual partió nuestro autor era el de Eratóstenes y Posidonio: una isla, en medio del Océano, que alcanzaba 30 mil estadios de latitud por 70 mil de longitud. La ecúmene estraboniana fue dividida en dos franjas climáticas frías, dos cálidas y dos templadas a ambos lados del Ecuador (Str. II, 3, 1).⁶⁵ El mundo habitado comprendía tres continentes —Europa, Asia y Libia— cuyos límites eran India, Iberia-Mauritania, Escitia-Céltica y Etiopía. El centro del mundo era Delfos, y se tenía constancia de lugares maravillosos como Tule o Taprobane (Dueck, 2000).

Las fuentes manejadas por Estrabón en su *Geografía* son bien diversas. Homero ocupa una posición especial y es el gran ídolo de Estrabón, sobre todo en los libros I y II

⁶³ Estrabón se refiere a su obra por medio de diversos nombres: geografía, corografía, periégesis... Las fuentes tardías aportan otras denominaciones. Así, Valerio Harpocraciún, un lexicógrafo del siglo II d. E., la llama *Geographoumena*. Ateneo de Náucratis y el historiador bizantino Jordanes se refieren a ella con el título *Geographika*, al igual que la mayoría de los manuscritos medievales. La Suda ofrece *Geographia* (Dueck, 2000).

⁶⁴ Las primeras conjetas eruditas acerca de la fecha de redacción de la *Geografía* afloraron entre los siglos XVI y XVII, y fueron lanzadas por editores como Hopper (Basilea, 1549), Xylander (Heidelberg, 1571) y Casaubon (París, 1620). Quien primero planteó una hipótesis filológica rigurosa fue Fabricius (Hamburgo, 1717), para el que, apoyándose en Str. IV, 6, 9, el año 19 d. E. se situaba como año de redacción de buena parte de la obra. Los años 18-19 d. E. fueron mantenidos como fecha de redacción por Niese (1878), aludiendo de nuevo a las cláusulas temporales. Esta hipótesis de la fecha de redacción única fue contestada por Pais (1908), quien propuso una doble fecha de composición señalando al 7 a. E. y el 18 d. E. La hipótesis de la doble fecha ha sido subscrita, entre otros, por Syme (1955). A mi entender, Daniel Dueck plantea una hipótesis mucho más modesta y fiable (1999, p. 478): «The earliest date of the period of writing may be found in the early passage [*Str. IV, 6, 9] where Strabo gives an exact notation by fixing an accurate chronological interval between a known date in the past and the time in which he is writing ("now"). The later date should be that of the latest event mentioned in the whole work. Accordingly, it is probable that Strabo wrote his "Geography" towards the end of his life, probably in the years 18-24 d. E., and descriptions which reflect earlier times are the result of his early sources and of his notes and are not indicative of the time of composition».

⁶⁵ La división climática de la ecúmene toma como referencia el paralelo de Rodas y el meridiano del Nilo. El Ecuador divide así el globo en dos hemisferios, uno boreal y otro austral. En el primero, se encuentra la zona templada. La partición es fiel reflejo de las zonas celestes y «aux yeux du géographe, ont une utilité pratique, une existence concrète; elles correspondent à des diversités manifestes de conditions de vie» (Aujac, 1966, p. 149).

(Aujac, 1966; Dueck, 2000). La terminología y los métodos descriptivos de los periplos son perceptibles en ciertos pasajes. La concepción estraboniana de la geografía, una disciplina que, por su polimatía, concierne más que ninguna otra al filósofo (Str. I, 1, 1), introduce elementos procedentes tanto de la geografía matemática —cartografía, astronomía, aritmética, geometría— cuanto de la geografía descriptiva, más interesada en la topografía, la zoología y la botánica. De ahí que Eratóstenes, Hiparco y Posidonio sean autores frecuentemente citados. El pragmatismo de Polibio impregna la *Geografía* como obra destinada al estratega y al hombre de Estado (Dueck, 2000; Jacob, 2008).

Todos estos materiales fueron procesados y ordenados en diecisiete libros, diecisiete unidades temáticas y estilísticas que poseyeron un impacto limitado en su propia época, a diferencia de la obra historiográfica de Estrabón. La primera referencia a la *Geografía* —en concreto, a los libros VIII y X— la proporciona Valerio Harpocració en el siglo II d. E. Ateneo de Náucratis, a comienzos del siglo III d. E., alude al libro III. Las siguientes referencias llegan en el siglo V d. E. de la mano de Juliano de Ascalón.⁶⁶ Aunque no lo citan directamente, la influencia de Estrabón se adivina en diversos autores entre los siglos II y XVII d. E., tales como Ptolomeo, Dionisio Periegeta, Prisciano el Gramático, Cosmas Indicopleustes, Pletón, Münster, Clüver y Varen (Dueck, 2000).

«The concept of Hellenica vs. Barbarica is one of the keys to the *Geography*» (Dueck, 2000, p. 75). Teniendo en cuenta esta frase, vamos a examinar la categoría del bárbaro en el libro III de la *Geografía* de Estrabón, tratando de demostrar, una vez más, la maleabilidad de este concepto.⁶⁷

⁶⁶ Dueck plantea una buena hipótesis para explicar el desconocimiento de la *Geografía* en su propia época (2000, pp. 151-152): «Since circulation of texts in this period depended on the author's contacts and copies were distributed personally, it seems that because Strabo composed his *Geography* very late and finished it shortly before his death, he did not have an opportunity to pass it about among his acquaintances and the work had to wait for later rediscovery».

⁶⁷ El libro III de la *Geografía*, que versa sobre Iberia, funciona a modo de transición entre los dos primeros libros, de índole metodológica (Dueck, 2000). Estrabón no pisó la Península Ibérica, sino que recogió los testimonios de diversos historiadores y personajes que sí lo hicieron entre los siglos II y I a. E., como Polibio y Posidonio de Apamea. Otros autores manejados por Estrabón fueron Píteas, Artemidoro, Asclepiades y Timóstenes (Blázquez, 1971; Cruz Andreotti, en Cruz Andreotti, Le Roux y Moret, 2006). Lo que transmite Estrabón, por ende, es el estado de la Península Ibérica hasta el siglo I a. E. (Meana y Piñero, 1998). Todo el libro insiste en una «geografía de la civilización» —a diferencia de la «geografía de la guerra» que muy probablemente debió de ocupar las páginas dedicadas a Iberia por Polibio— cuyo telón de fondo es el proceso de romanización y la antítesis civilización/barbarie (Dueck, 2000; Prontera y Cruz Andreotti, en Cruz Andreotti, Le Roux y Moret, 2006). Estrabón retoma la extensa tradición mítica sobre el extremo Occidente que los griegos habían elaborado desde el Arcaísmo y la reduce a una simple cuestión erudita: Iberia ya sólo es una de las muchas regiones incorporadas por Roma a su imperio, no el espacio liminal repleto de resonancias fabulosas que hasta entonces había sido. Por ello, asegura Gómez Espelosín, basándose en Paul Fabre (en Cruz Andreotti, 1999, p. 77): «[*Estrabón] es seguramente el primer testigo de la ruina definitiva del mito occidental».

El libro III se estructura en cinco capítulos y contiene diversos excursos. El capítulo uno sitúa y describe la Península; el segundo capítulo se centra en Turdetania; el tercero, en el litoral oriental y septentrional; el cuarto, en el litoral occidental y en el interior peninsular; el quinto y último, en las islas. Las descripciones aportan información geográfica y etnográfica referentes a los límites y dimensiones del país, a su flora, a su fauna y a la historia, apariencia y costumbres de sus habitantes (Meana y Piñero, 1998; Dueck, 2000; Counillon, en Cruz Andreotti, Le Roux y Moret, 2006).⁶⁸

Comienza Estrabón subrayando las pésimas condiciones de habitabilidad que ofrece la mayor parte de Iberia. Iberia, en su mayor parte, posee una orografía escarpada, unos masas forestales impenetrables, unos suelos pobres y unos recursos hídricos limitados. Todas estas condiciones se recrudecen al Norte, debido a los rigores del frío, y mejoran conforme nos internamos en el Sur.⁶⁹ Sobre estas observaciones vuelve a insistirse en Str. III, 4, 13:

«Pero cuando Polibio dice que Tiberio Graco destruyó seiscientas de sus ciudades, Posidonio, burlándose, responde que con esto el hombre trata de halagar a Graco, denominando ciudades a los baluartes, como se hace en los desfiles triunfales. Y no deja de ser cierto lo que dice, pues tanto los generales como los historiadores se dejan arrastrar fácilmente a este tipo de embuste por embellecer los hechos. Es el caso también de los que sostienen que pasan de mil las ciudades de los iberos, los cuales me parece que llegan a ese número otorgando el nombre de ciudades a las aldeas grandes [μοι δοκοῦσι, τὰς μεγάλας κώμας πόλεις ὄνομάζοντες]. Porque ni la naturaleza del país [οὕτε γὰρ ἡ τῆς χώρας φύσις] puede admitir muchas ciudades por su escasez de recursos ni por su aislamiento y primitivismo, ni su modo de vida ni sus acciones [διὰ τὴν λυπρότητα ἢ διὰ τὸν ἐκτοπισμὸν καὶ τὸ ἀνήμερον, οὐθὲν οἱ βίοι καὶ πράξεις αὐτῶν], salvo los de la costa del Mar Nuestro, sugieren nada de esto: son salvajes los que viven en aldeas, y como ellos la mayoría de los pueblos iberos; y tampoco dulcifican fácilmente las costumbres las ciudades cuando son multitud los que viven en los bosques para daño de sus vecinos [ἄγριοι γὰρ οἱ κατὰ κώμας οἰκοῦντες: τοιοῦτοι δοι πολλοὶ τῶν Ἰβήρων: αἱ δὲ πόλεις ἡμεροῦντιν οὐδὲν αὔται ἥραδίως, ὅταν πλεονάζῃ τὸ τὰς ὕλας ἐπὶ κακῷ τῶν πλησίον οἰκοῦν].»

De este pasaje pueden extraerse varias cuestiones de interés. En primer lugar, el paralelo Posidonio-Estrabón como recurso narrativo; en segundo lugar, la aplastante conciencia crítica de Estrabón, no sólo como lector, sino como individuo capaz de descubrir una serie de fraudes corrientes en su sociedad; en tercer lugar, la generalización, de la que no se salvan ni siquiera los habitantes de las ciudades, aunque la dureza de sus

⁶⁸ Para un minucioso resumen de los contenidos del libro III que trascienda la categoría del bárbaro, remitimos a las más de ochenta páginas escritas por Blázquez (1971).

⁶⁹ Str. III, 1, 2: «De ésta [*Iberia], la mayor parte es difícilmente habitable, pues en una gran extensión la pueblan montañas, bosques y llanuras de suelo pobre que ni siquiera disfrutan del agua uniformemente. La parte septentrional es extremadamente fría, a lo que se añade la aspereza, y vecina del Océano, sumiendo a esto el aislamiento y la falta de lazos con las otras regiones [τὸ ἄμικτον κἀνεπίπλεκτον τοῖς ἄλλοις], de modo que presenta pésimas condiciones de habitabilidad. Estas regiones son como decimos, pero, en cambio, la del Sur es casi en su totalidad fértil, particularmente más allá de las columnas».

costumbres sea una suerte de daño colateral. La influencia del determinismo ambiental en ambos pasajes es evidente.⁷⁰

El peso del clima y la geografía sobre el carácter de los pueblos de Iberia se deja sentir a lo largo de todo el libro III: las tierras del interior destacan por «la negligencia de sus gentes y por vivir no según un ritmo ordenado, sino, más bien, según una necesidad y un impulso salvajes, con costumbres envilecidas» (Str. III, 4, 16). Para ilustrar esta afirmación, Estrabón cita la costumbre de utilizar orina como dentífrico, costumbre documentada por la etnografía antigua en diversas ocasiones (Meana y Piñero, 1998, p. 108, n. 263). De los pueblos del Norte no sólo se han visto muchas cosas relativas a su valor desmedido, sino también a «una残酷 y falta de cordura bestiales» (Str. III, 4, 17). Los celtíberos son «los más fieros» de todos los iberos (Str. III, 1, 6), mientras que los pueblos montañeses son austeros, feroces, salvajes, duros, brutales y de extraño carácter, hasta el punto que «han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios [τὸ κοινωνικὸν καὶ τὸ φιλάνθρωπον]» (Str. III, 3, 7-8).

Que Estrabón consideraba el clima y la geografía factores activos en la forja del carácter de los pueblos es evidente. La cuestión clave estriba, a mi juicio, en preguntarse por el predominio de ambos factores en su sistema de pensamiento. Mi hipótesis es que ni el clima ni la geografía fueron los factores decisivos en la categoría del bárbaro construida por Estrabón, cuyo rasgo esencial fue la baja intensidad —por no decir nula— de su determinismo. Las razones al respecto son dos.

La primera de ellas tiene que ver con el propio devenir de la historia. Las conquistas de Alejandro Magno y de los romanos, la aparición de estructuras políticas regionales o internacionales con graves necesidades de administración, las políticas de integración de las élites locales, el desarrollo de complejos procesos de aculturación... Todo ello fomentó una etnografía más matizada. De ahí que Jacob observe (2008, p. 205): «La etnografía de Estrabón no obedece ya al esquema clásico que oponía griegos a bárbaros».⁷¹

⁷⁰ Hp. Aer. 24, 2: «Todos los que habitan en un país montañoso, escabroso, elevado y rico en agua, donde los cambios de las estaciones resultan muy diferentes, son, como es natural, de elevada estatura y de constitución bien dotada para las fatigas y la valentía [ἀνδρεῖον]. Tales naturalezas comportan, en medida no pequeña, salvajismo [ἄργιον] y fiereza [θηριῶδες]».

⁷¹ Str. I, 4, 9: «Al final de su tratado, Eratóstenes, que no elogia precisamente a los que dividen en dos la totalidad de la población humana en griegos y bárbaros, ni a los que exhortaron a Alejandro a tratar a los griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos, afirma que es mejor hacer esta división según hombría de bien o la maldad, pues muchos de los griegos son malos [κακοὺς] y muchos de los bárbaros son educados [ἀστείους], como los indios y los de Ariane, y, también, los romanos y los carquedonios».

La segunda razón es el estoicismo profesado por Estrabón. Los estoicos defendían la libertad interior del ser humano, contrapuesta a un determinismo cosmológico, a un imperio de la necesidad según el cual la Divinidad, el Hado y la Providencia eran manifestaciones de una misma Razón Universal que todo lo disponía para mejor. El hombre era libre reconociendo que los acontecimientos sobrevenidos se producen por voluntad divina (Aujac, 1966; Copleston, 2007; Jacob, 2008; Cruz Andreotti, García Quintela y Gómez Espelosín, 2009).

Tanto el nuevo momento histórico cuanto la formación de Estrabón produjeron mutaciones interesantes en su categoría del bárbaro. Su escala de la barbarie venía definida por dos factores. Uno era la proximidad o lejanía con respecto a los centros de civilización: fundamentalmente, Hélade e Italia, pero también India, Partia, y otros «pueblos científicos» (Aujac, 1966, p. 105) como los caldeos, los fenicios y los egipcios.⁷² El segundo factor en la escala de la barbarie era la organización política de un pueblo (Jacob, 2008).

El clima y la geografía podían interactuar con ambos factores, favoreciendo, por ejemplo, el contacto o el aislamiento, el comercio o la rapiña, la civilización o la anomía; pero no determinaban irremediablemente las características de los pueblos.⁷³ Estrabón, de hecho, rompe las cadenas del determinismo mediante el concepto de *προνοία* (Str. II, 5, 26):

«[...] Con un buen gobierno, incluso las zonas pobres y llenas de bandidos se civilizan. Como es el caso de los griegos, que con un país montañoso y pedregoso lo habitaron felizmente por su previsión en la política, en las artes y en cualquier otro dominio de la inteligencia referente a la vida [καθάπερ οἱ Ἑλλῆνες ὅρη καὶ πέτρας κατέχοντες φύκουν καλῶς διὰ πρόνοιαν τὴν περὶ τὰ πολιτικὰ καὶ τὰς τέχνας καὶ τὴν ἄλλην σύνεσιν τὴν περὶ βίον]».

El concepto de *προνοία* no se refiere exclusivamente a la inteligencia, sino al conjunto de cualidades espirituales que permiten al hombre vencer a la φύσις y triunfar

⁷² A todos ellos les reconoce avances relevantes en múltiples disciplinas de los que se beneficiaron los griegos (Aujac, 1966). La astronomía de los caldeos es alabada en Str. XVII, 1, 29. De los fenicios, dice que son industriosos [πολλύτεχνοι] y artísticos [καλλίτεχνοι], buenos astrónomos y aritméticos (Str. XVI, 2, 24). Finalmente, los egipcios son excelentes astrónomos y geómetras (Str. XVII, 1, 29; XVI, 2, 24).

⁷³ Str. II, 3, 7: «Estas distribuciones [*las cinco zonas climáticas de Posidonio] no son premeditadas, como tampoco las diferencias entre las razas ni las lenguas, sino debidas al acaso y al azar; también las artes, capacidades y disposiciones, a partir de unos principios, se imponen la mayoría de las veces en cualquier *clima* y, a veces, incluso contra el *clima*, de forma que las características locales unas son por naturaleza y otras por costumbres y entrenamiento. No por naturaleza, en efecto, son los atenienses estudiados de la lengua y no los lacedemonios ni los tebanos, que están todavía más cerca, sino por causa de la costumbre; como tampoco por naturaleza son filósofos los babilonios y los egipcios sino por entrenamiento y costumbre; y las cualidades de los caballos y de los bueyes y de otros animales las producen no sólo los lugares sino también los entrenamientos; Posidonio confunde esto».

sobre una situación inicialmente desfavorable. Por si fuera poco, incluso los pueblos más atrasados desde el punto de vista griego eran útiles, puesto que, en cierta manera, complementaban a los otros (Thollard, 1987).

Entenderemos mejor la categoría del bárbaro pergeñada por Estrabón viéndola entrar en funcionamiento. Para ello, vamos a comparar las descripciones de los turdetanos y de los montañeses realizadas por Estrabón. Unos y otros se corresponderían con lo que Yves Dauge (1981) denominó «polo caliente» y «polo frío» de la barbarie.

Los turdetanos representan para Estrabón el pueblo más civilizado de todos los iberos. La prosperidad de Turdetania facilitó la introducción de la escritura, el florecimiento de la literatura y la legislación.⁷⁴ El nivel de civilización de los turdetanos, con anterioridad a la conquista romana, era lo suficientemente elevado como para revertir positivamente sobre otros pueblos celtas.⁷⁵ Roma, por lo tanto, solamente sancionó un proceso iniciado previamente. La integración de los turdetanos y otros pueblos se produjo en un contexto de sustitución lingüística, recepción de aportes poblacionales itálicos y fundación de nuevas ciudades.⁷⁶

⁷⁴ Str. III, 2, 15: «Con la prosperidad del país les vino a los turdetanos la civilización y la organización política [τῇ δὲ τῆς χώρας εὐδαιμονίᾳ καὶ τῷ ἡμερον καὶ τῷ πολιτικὸν συνηκολούθησε τοῖς Τουρδητανοῖς]». En Str. III, 1, 6, se presenta a los turdetanos como «los tenidos por más cultos [σοφώτατοι] de entre los iberos, puesto que no sólo utilizan la escritura [γραμματικὴ χρῶνται], sino que de sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años [τῆς παλαιᾶς μνήμης ἔχουσι συγγράμματα καὶ ποίματα καὶ νόμους ἐμμέτρους]». El término ‘γραμματικῇ’ debía de tener un sentido próximo al de la alfabetización (escritura y lectura) y constituía un marcador de civilización fundamental para los autores de época helenística (Radt, 2006, p. 311).

⁷⁵ Str. III, 2, 15: «[...] Y, debido a la vecindad [*con los turdetanos] o, como ha dicho Polibio, por el parentesco, también a los celtas [*les vino la civilización y organización política], aunque en menor medida porque la mayoría viven en un sistema de aldeas». El último tramo de este pasaje es típicamente aristotélico.

⁷⁶ Str. III, 2, 15: «[*Los turdetanos del Betis] se han asimilado perfectamente al modo de vida de los romanos y ni siquiera se acuerdan ya de su propia lengua. La mayoría se han convertido en latinos y han recibido colonos romanos, de modo que poco les falta para ser todos romanos [εἰς τὸν Ῥωμαίων μεταβέβληνται τρόπον οὐδὲ τῆς διαλέκτου τῆς σφετέρας ἔτι μεμνημένοι]. Λατīνοί τε οἱ πλεῖστοι γεγόνασι καὶ ἑποίκους εἰλήφασι Ῥωμαίους, ὥστε μικρὸν ἀπέχουσι τοῦ πάντες εἶναι Ῥωμαῖοι]. Las ciudades que se fundan [συνῳκισμέναι πόλεις] en la actualidad, como Pax Augusta entre los celtas, Emérita Augusta entre los túrdulos, Caesaraugusta en territorio celtíbero y algunos otros asentamientos, muestran a las claras la evolución de dichas constituciones; todos los iberos que han adoptado este modo de ser son llamados togados [τῶν Ἰβήρων ὅσοι ταῦτης εἰσὶ τῆς ιδέας τογάτοι λέγονται], y entre estos se cuentan incluso los celtíberos, que en un tiempo fueron tenidos por los más fieros de todos [οἱ πάντων νομισθέντες ποτὲ θηριωδέστατοι]. Existe una controversia al respecto del término ‘τογάτοι’, una sustitución de Meineke al ‘στολάτοι’ transmitido por algunos manuscritos que no es aceptada por Lasserre (Cruz Andreotti, Garcéa Quintela y Gómez Espelosín, 2009, pp. 202-203, n. 130). Para Radt (2006, p. 343), la lectura ‘στολάτοι’ es imposible por hacer referencia a una prenda femenina que no casa bien con el contexto del pasaje: ¿un sobrenombre burlesco en un pasaje donde se da cuenta de las grandezas de la romanización? La polémica denominación reaparece en Str. III, 4, 20, donde se informa de que «[*el tercer legado de Roma en Iberia] ejerce su vigilancia sobre el interior y gobierna los asuntos de los llamados ya togados, que es como decir que son pacíficos y que han pasado a un género de vida civilizado y al modo de ser itálico con su togada indumentaria». Sherwin-White (1967), por otro lado, identifica «ώστε μικρὸν ἀπέχουσι τοῦ πάντες εἶναι Ῥωμαῖοι» con la concesión del derecho latino.

¡Cuán diferente resulta la situación de los montañeses del Norte! Si Turdetania agasaja a sus habitantes con un entorno apacible, el mísero Norte empuja a sus pobladores a una vida de algaradas y saqueos impropia del ser humano.⁷⁷ La guerra endémica, en estrecha colaboración con el aislamiento (Str. III, 3, 8), generaron entre estos montañeses —calaicos, astures, cántabros, vascones— un carácter y un modo de vida incomprendibles para Estrabón que, concluye (Str. III, 3, 8): «Han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios [ἀποβεβλήκασι τὸ κοινωνικὸν καὶ τὸ φιλάνθρωπον]». El determinismo ambiental y la costumbre trabajan codo con codo, y el resultado es expresado en términos de inferiorización: los montañeses no son seres humanos. Es posible que tan virulenta conclusión acoja los rescoldos, todavía candentes, de las Guerras Cántabras (29 a. E. – 19 d. E.) —recuérdese que Estrabón podría haber escrito su *Geografía* entre los años 18 y 24 d. E. (Dueck, 1999). Sea como fuere, el montañés, deshumanizado, debía ser sometido a una guerra que casi consistiría en cacería por la condición bestial del enemigo: Estrabón está aquí justificando la conquista romana, elaborando un modelo de guerra justa que dista mucho del papel testimonial mantenido por Roma frente a los turdetanos (Dueck, 2000; Jacob, 2008; Cruz Andreotti, García Quintela y Gómez Espelosín, 2009). Los buenos resultados de esa guerra son descritos en Str. III, 2, 15: «Actualmente padecen en menor medida esto [*la pérdida de sociabilidad y sentimientos humanitarios] gracias a la paz y la presencia de los romanos [...] Y Tiberio, sucesor de aquel [*César Augusto], apostando un cuerpo de tres legiones en estos lugares por indicación de César Augusto, no sólo los ha pacificado, sino que incluso ha civilizado ya a algunos de ellos [οὐ μόνον εἰρηνικοὺς ἀλλὰ καὶ πολιτικοὺς ἥδη τινὰς αὐτῶν ἀπεργασάμενος τυγχάνει]». El bárbaro de Estrabón, como vemos, podía ser conducido a la civilización «contra clima», contra viento y marea. Aunque fuera necesario, para ello, emplear la fuerza de las armas.

⁷⁷ Str. III, 3, 5: «Son alrededor de treinta las tribus que se reparten el territorio entre el Tago y los ártabros, pero, a pesar de ser próspera la región por sus frutos, pastos y abundancia de oro, plata y metales análogos, la mayoría de ellos pasaban la vida apartados de la tierra, en piraterías y en continua guerra entre sí y contra sus vecinos de la otra orilla del Tago, hasta que los pacificaron [έπαυσαν] los romanos, haciéndolos bajar al llano y convirtiendo en aldeas la mayor parte de sus ciudades, aunque también asociándoles a algunas como colonos en mejores condiciones. Fueron los montañeses los que originaron esta anarquía, como es natural [ῆρχον δὲ τῆς ἀνομίας ταύτης οἱ ὄρεινοι, καθάπερ εἰκός]; pues, al habitar una tierra misera, y tener además poca, estaban ansiosos de lo ajeno». La descripción de Estrabón mezcla los estereotipos de la tradición con un poso histórico que refleja el trauma ocasionado por la irrupción de una sociedad jerárquica como la romana (Cruz Andreotti, García Quintela, Gómez Espelosín, 2009, pp. 214-215, n. 35). Obsérvese, de paso, que el contacto con los montañeses, a diferencia de lo que sucedía con los turdetanos, resulta nefasto para sus vecinos.

RACISMO Y ANTIGÜEDAD

Desde los siglos V y IV a. E., la categoría del bárbaro fue adquiriendo una enorme complejidad teórica, sea mediante refinamientos pseudobiológicos, sea mediante elucubraciones metafísicas. Ahora bien, ¿fueron los antiguos más allá del etnocentrismo? ¿Forjaron algo parecido al pensamiento racial contemporáneo? Y, lo que es más importante: ¿pusieron en marcha, amparados por la categoría del bárbaro, mecanismos de extrañamiento y destrucción del Otro comparables en algún modo al racismo? Color de piel y determinismo sanguíneo, según creo, son los dos elementos que más interés pueden suscitar en un principio por comparación presentista con nuestra historia reciente. Pero, antes de nada, deberíamos precisar qué entendemos exactamente por racismo.

i) Precisiones conceptuales: raza, racialismo y racismo

¿Qué es el racismo? La pregunta plantea varios desafíos metodológicos importantes a los que debemos prestar atención. El primero de ellos es el abismo entre el discurso sociológico —valdría decir científico— y social: que la superioridad racial carezca de fundamento empírico no ha impedido el arraigo de un ideario racista en ciertas épocas de la historia. Este problema posee un apéndice: el ideario debe ser estudiado por el investigador, quien, paradójicamente, lo refuerza a medida que avanza en su conceptualización (Wiewiorka, 1992). Los estudios sobre el tema, finalmente, han adoptado con demasiada frecuencia un enfoque amplio cuyo resultado más inmediato ha sido la dilución del racismo en las procelosas aguas del prejuicio.⁷⁸

El análisis histórico no puede navegar en la incertidumbre. Desde mi punto de vista, resulta imprescindible examinar el racismo como cualquier otra categoría histórica. El objetivo prioritario de este bloque, a tenor de lo dicho, es confeccionar una definición restringida del racismo. Para ello, voy a hacer uso de la historia de los conceptos

⁷⁸ «Seguramente habrá quien piense que no merece la pena demorarse sobre esta inversión categórica, toda vez que se trataría, en definitiva, y filosóficamente, de un problema de definiciones: definiciones que se establecen y rechazan a voluntad. Un análisis cuidadoso desaconsejaría esta actitud. En efecto, si todas las formas de hostilidad y aversión entre grupos son formas de racismo y si la tendencia a mantener alejados a los extraños y a sentirse ofendido por su proximidad resulta ser, como han demostrado con creces las investigaciones históricas y etnológicas, un atributo permanente y prácticamente universal de los grupos humanos, entonces no habría nada esencial y radicalmente nuevo en ese racismo tan prominente de nuestra época. Sería tan sólo una representación del viejo libreto, si bien con diálogos actualizados» (Bauman, 2008, pp. 86-87).

y, ya en un segundo apartado, voy a deslindar claramente el racismo del etnocentrismo, la xenofobia y el racialismo.

La etimología del sustantivo ‘raza’ es oscura, y no faltan propuestas para desentrañarla. Sin embargo, todas ellas hacen referencia a unos orígenes compartidos.⁷⁹ La voz ‘raza’ se introdujo en los principales idiomas europeos a partir del siglo XV y, desde el siglo XVII, fue llenándose de connotaciones biológicas (Delacampagne, 1983; Banton, en Back y Solomos, 2001). Este cambio coincidió en el tiempo con la génesis del pensamiento racial propio del Occidente europeo, al cual Tzvetan Todorov denomina «racialismo» (en Back y Solomos, 2001).⁸⁰

En el racialismo ahondaremos más abajo; por el momento, baste con decir que se encontraba sólidamente teorizado a finales del siglo XIX, aunque la palabra ‘racismo’ no cobró carta de naturaleza hasta mediados del XX. (Wiewiora, 1992). El término añadió a ‘raza’ el sufijo griego *-ismós*, que disfruta de un gran atractivo en el campo de la confrontación política y la propaganda por cuanto permite encarnar un programa o ejercer su crítica y detracción (Koebner y Schmidt, 1964). ‘Racismo’ engrosó así la lista de los «conceptos de movimiento y acción», por seguir la terminología de Koebner. Los Bewegungs- und Aktionsbegriffen carecen de contenido experiencial antes de su acuñación, y expresan un programa que ha de cumplirse en el futuro. Es aquí donde se introduce la «regla de compensación semántica»: a menor contenido experiencial de un concepto, mayor carga de expectativas y reminiscencias proféticas o teológicas. Un claro ejemplo de ello es el concepto ‘comunismo’ (Koselleck, 2004).

Una vez realizadas estas precisiones conceptuales, podemos avanzar hacia una definición del racismo como categoría histórica.⁸¹ Para no reproducir errores, es impor-

⁷⁹ El *Diccionario de la Real Academia Española*, en su edición de 1737, alude al latín RĀDIX (NTLLE. Disponible en: <<http://buscon.rae.es/ntle/SrvltGUITMenuNtle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0>>.>. Última consulta: 03/05/2014). Por el contrario, Delacampagne (1983) recuerda RATIO, atestiguado en latín medieval. Y hay también quien señala al italiano *razza*, literalmente, «familia o grupo de personas»; este sustantivo, a su vez, proviene del árabe *râs*, palabra con el significado de «origen o descendencia» (Temprano, 1990).

⁸⁰ La fecha estimada debe tenerse como un marcador orientativo y flexible. Para aquel entonces, la hegemonía europea a escala planetaria había esbozado la tortuosa ruta hacia la modernización. La forja del pensamiento racial al que aludimos aconteció a lo largo de un periodo de expansión en el cual convergieron múltiples procesos históricos, tales como los grandes descubrimientos y el contacto con pueblos remotos, los primeros balbuceos del sistema económico capitalista, la creación del Estado nacional o el progreso científico (Wiewiora, 1992).

⁸¹ Dejaremos a un lado, por tanto, la noción de racismo manejada en el día a día de nuestras sociedades democráticas, y llevaremos a cabo una aproximación restringida. El punto flaco de este tipo de acercamientos es que deshumanizan la historia otorgando todo el protagonismo a los rasgos estructurales. Ahora bien, esta desventaja no empañá su gran virtud: la capacidad para facilitar el ejercicio de la comparación histórica (Casanova, 1987). Con una definición bien perfilada del racismo, evitaremos igualmente solu-

tante diferenciar actitudes y sentimientos antagónicos que no deben confundirse con el racismo pese a que el racismo pueda explotarlos en beneficio propio.⁸²

Según Christian Delacampagne (1983), el etnocentrismo tiende a elevar el propio entorno socio-cultural y a denigrar el de otras comunidades humanas, pero no veiculiza necesariamente un comportamiento racista (Cox, en Back y Solomos, 2001). Ruth Benedict, desde una perspectiva antropológica, subrayó el arraigo de este tipo de antagonismo refiriéndose a los pueblos ágrafo que todavía habitan nuestro planeta (1941, pp. 128-129):

«Su antagonismo no es racial, sino cultural. No mantienen su “sangre” aparte; cada tribu puede tener la costumbre de buscar mujeres en el otro grupo, y, por lo tanto, su ascendencia suele encontrarse en el grupo despreciado en la misma proporción que en el suyo propio. O quizás sus paces las hagan recurrentemente por medio de casamientos, o tal vez estos se realicen teniendo en cuenta las ventajas económicas y sociales que les proporcionan. Estas costumbres son frecuentes lo mismo cuando las tribus vecinas descienden de la misma estirpe que cuando pertenecen a dos que pueden diferenciarse por las medidas antropomórficas. El mandato de pureza de sangre es un refinamiento basado en la seudo-ciencia».

La antropóloga estadounidense realizó asimismo una afirmación esclarecedora que no nos resistimos a extractar por el interés que suscita para nuestro trabajo (Benedict, 1941, p. 129):

«Aristóteles fue el mentor de Alejandro y enumeró en su *Política* (capítulo VII) las razones porque los blancos escitas y los pueblos asiáticos no podían nunca elevarse al nivel de los griegos. Su argumento era el mismo de un zulú del sur de África hablando de los Bhatongas: ¿No era evidente que la cultura del extranjero era inferior?».

La xenofobia, por su parte, engendra prejuicios vinculados a identidades comunitarias más que raciales (Wiewiora, 1992). Este «miedo al extranjero» camina de la mano con lo que Zygmunt Bauman (2008) denomina «heterofobia». La heterofobia es un fenómeno corriente en todas las épocas, y actúa como manifestación de la angustia que provoca una situación fuera de nuestro control.

Un segundo punto sobre el cual hemos de arrojar luz es la distinción entre racismo y racismo apuntada por Todorov (Back y Solomos, 2001). Llamaremos «raciali-

ciones confusas como la del «protorracismo» que Christian Delacampagne (1983) y Benjamin Isaac (2004) proponen para la Antigüedad clásica en sus libros.

⁸² Nosotros sólo vamos a centrarnos en el etnocentrismo y la xenofobia, pero la multiplicidad de conceptos emparentados es proporcional al enfoque teórico de los distintos investigadores: chivo expiatorio, segregación, discriminación, enemistad declarada... Para una breve reseña de todos ellos, remitimos a Wiewiora (1992) y Bauman (2008).

zación» al proceso de conformación del racialismo o pensamiento racial (Miles, en Back y Solomos, 2001). Michel Foucault (1992) ha estudiado los hitos de la racialización, cuyos orígenes sitúa en el discurso histórico-político moderno. Para Foucault, el discurso histórico-político fue cultivado por determinados sabios ingleses y franceses entre los años 1630 y 1680, y su piedra de toque fue la «guerra de las razas»: el cuerpo social constaba de dos razas antagónicas y en guerra. En Inglaterra, las clases populares y la pequeña burguesía hicieron suyo este discurso reconociéndose en las tradiciones sajonas y clamando contra una monarquía de base normanda.⁸³ En Francia, la aristocracia utilizó el discurso de la guerra de las razas en un sentido totalmente contrario. Henri de Boulainvilliers (1685-1722) fue el encargado de proteger los privilegios de una minoría nobiliaria que se decía germana frente al populacho mediterráneo y celta (Benedict, 1941).

El discurso histórico-político se escindió en dos ramas tras la Revolución Francesa: una terminó generando el argumentario de la lucha de clases; otra asumió una transcripción biológica y desembocó en el pensamiento racial de finales del siglo XIX. Para ello, debió producirse una mutación de gran calado: la otra raza ya no era parte consustancial de la sociedad, sino un elemento ajeno que se infiltraba en ella.⁸⁴ A este cambio colaboraron la historia natural, la antropología física y el nacionalismo.⁸⁵

Así pues, el discurso histórico-político pasó a considerar la sociedad un cuerpo homogéneo y sustituyó el motivo de la guerra por argumentos biológicos extraídos de

⁸³ Hasta Enrique VII (1485-1509), la monarquía inglesa legitimaba su autoridad recurriendo a la conquista normanda de Guillermo, y el francés era la lengua del Derecho. Los argumentos sajones sirvieron para respaldar las tesis parlamentaristas frente al absolutismo monárquico durante el conflictivo siglo XVII inglés (Foucault, 1992).

⁸⁴ «En realidad, el discurso racista no fue otra cosa que la inversión, hacia fines del siglo XIX, del discurso de la guerra de razas, o un retomar este secular discurso en términos socio-biológicos, esencialmente con fines de conservadurismo social y, al menos en algunos casos, de dominación colonial» (Foucault, 1992, p. 73).

⁸⁵ El esquema dominante en Europa a la hora de explicar las diferencias entre comunidades humanas era el de las genealogías del Antiguo Testamento, y en especial la genealogía de Noé, de cuyos vástagos, Sem, Cam y Jafet, descendían los pueblos semitas, nilóticos e indoeuropeos. Del siglo XVIII en adelante, este tipo de explicaciones quedaron refutadas debido al mayor conocimiento del repertorio natural que trajeron consigo las obras de Carl von Linneo, Georges Cuvier y Charles Darwin (Banton, en Back y Solomos, 2001). Con todo, en el siglo XIX, la llamada escuela antropológica de Paul Broca, Georges Vacher de Lapouge y Otto Ammon todavía llevaba a cabo sus indagaciones bajo el paradigma de la guerra de las razas, contraponiendo los cráneos anchos, atribuidos a una supuesta raza aventurera y agresiva, con los cráneos estrechos, propios de una raza tímida y sumisa que se identificaba con el campesinado. La humillante derrota sufrida por Francia a manos de Alemania en 1870 inyectó en este tipo de estudios antropológicos una variante de nacionalismo exacerbado. Así las cosas, Paul Broca consagró los cinco volúmenes de sus *Mémoires d'Antropologie* (1871) a relacionar cráneos anchos con franceses y galos, mientras que Jean-Louis Armand de Quatrefages, en *La race prussienne* (1871), despojó a los prusianos de su condición aria y los catalogó como eslavos. En Alemania, el racialismo también triunfó gracias a *Los fundamentos del siglo XIX* (1899), delirante tratado de Houston Chamberlain que consideró teutón a Jesucristo y representó la antesala directa del ideario nazi (Benedict, 1941).

las leyes de la evolución y la supervivencia del más fuerte. En consecuencia, el Estado se transformó en un «biopoder»: el ejercicio de la soberanía no consistió ya en hacer morir y dejar vivir, sino en dejar morir y hacer vivir. El Estado, como protector de una sociedad monista, debía hacer uso de unas directrices eugenésicas para destruir al enemigo interno y garantizar la mejora de la raza. El ejemplo más acabado de esta voluntad eugenésica es el Telegrama 71 de abril de 1945, mediante el cual Hitler dictó la orden de destruir las condiciones de vida del pueblo alemán por haberse mostrado incapaz de ganar la guerra (Foucault, 1992).

Hemos resumido el recorrido histórico del racialismo, pero resta todavía sintetizar su contenido. El pensamiento racial estipula que las características físicas, culturales, morales y psicológicas de un grupo racial se encuentran determinadas por la raza.⁸⁶ Las diferentes razas son jerarquizadas desde un punto de partida etnocentrista, tomando en cuenta las características de un grupo racial. La subordinación de las razas inferiores e incluso su exterminio queda justificada de pleno derecho: el racialismo encuentra aquí al racismo (Todorov, en Back y Solomos, 2001).

Advirtamos cómo el racialismo construye su núcleo argumental utilizando una explicación simplista. Entre dos razas humanas habría la misma distancia genética que entre dos razas de caballos: no lo suficientemente amplia como para impedir la reproducción entre ellos, pero sí para establecer una línea roja que no debe ser traspasada. A cambio, esta sencillez argumental hace muy difícil la erradicación del racialismo, y ello, al menos, por tres motivos. En primer lugar, porque utiliza un punto de vista inmediato que resalta las cualidades físicas de un individuo o grupo racial —color de piel, rostro, cabello—; en segundo lugar, porque la existencia de individuos mestizos no invalida los argumentos del racialismo, sino que los fortalece al percibir el observador los elementos prototípicos de cada grupo racial (Todorov, en Back y Solomos, 2001); en tercer lugar, porque se escuda en la autoridad de la “ciencia”.

Llegados a este punto, estamos en condiciones de ofrecer una definición del racismo como categoría histórica. El racismo no es una ideología: dicho estatus lo hemos reservado para el racialismo; el racismo es, ante todo, una medida política, producto de la modernidad, que persigue el extrañamiento de un grupo humano gestionando los

⁸⁶ No obstante, el determinismo fue repudiado en algunas ocasiones, y las excepciones no fueron precisamente anecdóticas. Así, Houston Chamberlain, antecedente directo del nazismo, sostuvo: «Es muy fácil convertirse en judío [...] Basta relacionarse extensamente con estos, leer sus periódicos» (Benedict, 1941, p. 164).

principios de diferenciación e inferiorización y explotando los sentimientos antagónicos latentes en una sociedad (Wiewiorka, 1992; Bauman, 2008). Desgranamos a continuación los distintos componentes de nuestra definición.

Zygmunt Bauman (2008) ha caracterizado la modernidad a partir de dos rasgos fundamentales: lo que él denomina metafóricamente «cultura de la jardinería», esto es, la existencia de un proyecto de sociedad perfecta, y el desarrollo de una burocracia poderosa, capaz de planificar y sostener ese esfuerzo perfeccionista a gran escala. A estos dos rasgos deberíamos añadir un tercero al que ya hemos aludido más arriba: la transformación del Estado en un biopoder (Foucault, 1992).

Utopía, burocracia y biopoder son, por consiguiente, las coordenadas propias del racismo. El racismo entra en funcionamiento declarando que una comunidad humana se resiste a las labores de ingeniería social propias de la modernidad y, más grave aún, denuncia que dicha comunidad es inmune a cualquier intento curativo. Una vez que la comunidad ha sido estigmatizada, sólo queda el extrañamiento de la misma, bien por expulsión bien por exterminio. Pero el Estado debe recabar primero el apoyo de la sociedad para poner en marcha su programa de extrañamiento. De ahí que se potencien los sentimientos antagónicos larvados en el cuerpo social (Bauman, 2008).⁸⁷

La enorme heterogeneidad práctica del racismo depende de cómo hayan sido gestionados los principios de diferenciación e inferiorización. Tal y como afirma Michel Wiewiorka (1992), una tensión débil entre ambos principios genera prácticas menos intensas, mientras que una tensión fuerte produce el racismo total aplicado durante el Holocausto. A esta tensión contribuye, desde nuestro punto de vista, una segunda variable de tipo cronológico: el grado de madurez del proceso de modernización en sus tres vertientes de ingeniería social, burocracia y biopoder. Estas variables ayudan a comprender las diferencias entre la violencia empleada por un grupúsculo neonazi y el racismo total aplicado durante el Holocausto, pero también entre éste y la expulsión de los judíos españoles en 1492.

La aceptación de esta definición implica que el racismo como categoría histórica no debería retrotraerse más allá de 1800, pese a que el proceso de conformación del pensamiento racial, la racialización, aconteció entre los siglos XVII y XIX.⁸⁸ Si lo que

⁸⁷ La iniciativa no tiene por qué recaer únicamente en el Estado. Puede ser la sociedad la que empuje hacia la aplicación de un programa racista, o puede ser una iniciativa compartida en diferente proporción. Pero, sea cual sea el escenario, en él juega un papel trascendental la difusión del ideario racialista.

⁸⁸ La horquilla 1600-1800 queda constituida como una zona gris a la que habría que dotar de personalidad propia en todo lo relativo al antagonismo racial. Durante estos siglos, la raza aparece y desaparece como

deseamos es bucear en la prehistoria de los diferentes fenómenos históricos que estimularon la aparición del racialismo, deberíamos detenernos en el siglo XV. Sortear esta frontera temporal significaría incurrir en el anacronismo, y el historiador no puede permitirse este desliz. Conceptos como los de ‘clase’ o ‘nación’ han sido desterrados del estudio de la Historia Antigua o, al menos, manejados con verdadero escrúpulo. En cambio, el concepto de ‘raza’ sigue trasladándose al estudio de la Antigüedad Clásica aún albergando un conjunto de matices que distorsionan nuestro conocimiento sobre dicho periodo.⁸⁹

Las reflexiones que hasta aquí he llevado a cabo no pretenden proyectar las fantasías igualitaristas de nuestras sociedades democráticas sobre la Antigüedad. No intento achacar a la modernidad el nacimiento de todos los males ni presentar la Historia Antigua como una Arcadia feliz, sino, más bien, testar la viabilidad del concepto ‘racialismo’ en sociedades sin el armazón teórico de la raza. De lo que se trata, en resumen, es de estudiar el modo como los antiguos afrontaron la cuestión del Otro, y de otorgar a su punto de vista una entidad independiente.

ii) Barbarie y color de piel

Que la noción de barbarie insistiera en marcadores culturales no impidió la proliferación de referencias al color del Otro; más bien al contrario, los rasgos exóticos llamaron la atención de griegos y romanos.⁹⁰ Dentro de esta atracción por el exotismo morfológico, tanto los griegos cuanto los romanos desarrollaron la distinción cromática elemental entre blanco y negro, entre claridad y oscuridad, entre día y noche. Esta distinción pronto contrastó el aspecto de los pueblos sureños y nórdicos. Según Jenófanes, «los etíopes

un concepto camaleónico de función marginadora (Hering Torres, 2004). Un brote singularmente temprano lo constituyeron los estatutos de limpieza de sangre en España y Portugal. Promulgados de manera masiva y espontánea desde 1449, sus alegatos fueron barnizando los tópicos del antisemitismo medieval —deicidio, usura— con un discurso científico. El nexo entre raza y sangre fue adelantado por Juan Martínez Silíceo en 1547, y cultivado por otros teólogos como Agustín Salucio, Vicente da Costa Matos o Francisco de Torrejoncillo a comienzos del siglo XVII (Sicroff, 1985; Hering Torres, 2004). Otro hito del antagonismo racial lo constituyó el sistema esclavista de las colonias europeas a partir del siglo XVII, cuestión señalada por Benedict (1941) y Cox (Back y Solomos, 2001).

⁸⁹ El propio Christian Delacampagne, que consagra un capítulo entero de su trabajo al antisemitismo greco-egipcio y habla de «protorracismo» (Delacampagne, 1983, p. 31), reconoce, siguiendo al historiador Joseph Mélèze-Modrzejewski, que el concepto ‘raza’ no posee equivalentes ni en el griego antiguo —φῦλον, γένος, ἔθνος— ni en el latín —gens, natio.

⁹⁰ Un caso temprano es el del heraldo Euríbates, quizás el primer individuo de color descrito en toda la literatura greco-romana (Hom., Od. XIX, 246-248): «Le acompañaba [a Odiseo] un heraldo [κῆρυξ] un poco más viejo que él, y voy a decirte cómo era: metido de hombros, de negra tez [μελανόχροος] y rizado cabello [οὐλοκάρηνος], y su nombre, Euríbates. Honrábale Odiseo mucho más que a otro alguno de sus compañeros, porque ambos solían pensar de igual manera».

afirman que sus dioses son chatos y negros, y los tracios, que ojizarcos y rubios los suyos» (Bernabé, 1995, fr. 16). La arqueología también refleja el interés por el color que muestran las fuentes literarias: sólo hemos de echar un vistazo a la Figura 1.



Fig. 1. Cántaro janiforme. Boston, Museum of Fine Arts, 98.926; *ARV²* nº9 F1.
Fuente: Snowden (en Bugner, 1976 I, fig. 160).

Se trata de un cántaro janiforme de asas verticales y 19.2 centímetros de altura. Su contexto arqueológico es desconocido, aunque ha sido fechado a finales del siglo VI a. E. (Snowden, en Bugner, 1976; Lissarrague, 1997). Beazley (1968) lo incluye dentro de los «Vasoscefaliformes», en concreto, en la «Clase G» o «Clase Londres». Pertenece a la colección del Boston Museum of Fine Arts. El cántaro contrapone las cabezas de dos mujeres, una de ellas negra. Su cabello, lanoso, ha sido representado por medio de volutas. Su rostro es prognato, y sus orejas portan pendientes. La corona del cántaro incluye una decoración ajedrezada bajo la cual se sitúa un exótico friso con palmetas negras, motivo importado durante el periodo orientalizante, a partir del siglo VIII a. E. (Beazley, 1968; Jucker, 1970). Debajo del friso, aparecen dos inscripciones: «ΗΟΠΑΙΣΚΑΛΟΣ» y «ΚΑΛΟΣΗΟΠΑΙΣ» (Beazley, 1968).

Entre los siglos VIII y VII a. E., los vasoscefaliformes servían como envases de ungüentos y perfumes, pero, a partir del siglo VI a. E., su uso se circunscribió al contexto del simposio (Buschor, 1971). No perdamos de vista que las inscripciones de tipo ‘ó

παις καλός' guardan relación con el banquete.⁹¹ De igual manera, las figuras de esclavos negros, Dionisio o su compañero Heracles en la faceta de bebedor, eran imágenes corrientes en el banquete. Subscribo, por tanto, la interpretación de Lissarrague (1997), para quien el vaso analizado ponía frente a los ojos del asistente al simposio a algunas de sus “bestias negras” desde el punto de vista identitario.⁹² Ello no obsta para reconocer que este cántaro también es fiel reflejo de la oposición somática aparecida en los textos arriba citados.

Parece claro, a tenor de lo dicho, que los antiguos no fueron en absoluto indiferentes al color (McCoskey, 2012). Otra cosa es que aplicaran una terminología sistemática basada en la dicotomía ‘negro/blanco’. Un modelo semejante jamás existió en el Mundo Antiguo (Aubert, 1999; Dee, 2003).⁹³

¿Y el negro? ¿Será cierto que su apariencia determinaba un estatus dependiente? La Figura 2 parece empujar hacia esa conclusión. Estamos ante una lámpara céfaliforme de 6,7 cm de altura por 8,9 cm de longitud. Fue hallada en el ágora de Atenas, y fechada en el siglo II a. E. (Howland, 1958; Snowden, en Bugner, 1976). Howland (1958) la incluye en su «Tipo 47C», que hace referencia a «lámparas plásticas». Forma parte del Museo del Ágora de Atenas (Snowden, en Bugner, 1976).

La lámpara, moldeada a mano utilizando una arcilla ática muy basta, reproduce grotescamente la cabeza de un negro. El pelo, encrespado, conserva las huellas del alfarero, y desaparece abruptamente en la cima del cráneo, donde se encuentra el orificio de recarga. El rostro adquiere unos rasgos prognatos que rozan la deformación, y de las orejas cuelgan pendientes. Los labios, abiertos en una horrible mueca, casi aullando, sirven para introducir la mecha (Howland, 1958).

⁹¹ Proclamaban la belleza de un varón joven, y constitúan las inscripciones de tipo aclamatorio más corrientes pese a su carácter genérico y anónimo. Las inscripciones aclamatorias sobre piezas cerámicas son un testimonio mayoritariamente ateniense que surge hacia el siglo VI a. E. y se interrumpe a finales del siglo V a. E. Para Lissarrague (en Goldhill y Osborne, 1999, p. 365-366): «*Kaloī* are prominent and fashionable young men who were known by everyone in Athens [...] They acclaim beauty in its most celebrated form. By writing *ho pais kalos* the painters increased the filled of possibilities offered».

⁹² Dejó escrito Diógenes Laercio (I, 34): «Doy gracias al Destino por ser hombre y no animal, por ser varón y no mujer, por ser griego y no bárbaro» (Lissarrague, 1997).

⁹³ Las razones son diversas, pero no olvidemos que la morfología germánica con que Hollywood ha presentado a griegos y romanos dista enormemente de la realidad histórica: los antiguos debieron de estar más próximos al tipo mediterráneo (Bernal, 1993; Dee, 2003). En Hom. Il. V, 502-505, «[...] Los aqueos se tornaban blanquecinos [λευκός] por el polvo que levantaban hasta el cielo de bronce los corceles de cuantos volvían a encontrarse en la refriega». El color blanco, de hecho, era sinónimo de barbarie, enfermedad y muerte para los griegos (Dee, 2003). Dice Jucker (1970, p. 8): «Les lécythes à fond blanc nous introduisent dans un monde particulier; ils étaient, en effet, strictement destinés à des usages funéraires». Finalmente, tampoco sería descabellado pensar en una percepción cromática diferente a la del hombre actual, más aún cuando sabemos que el pueblo esquimal reconoce una gama de blancos amplísima a diferencia del occidental medio.

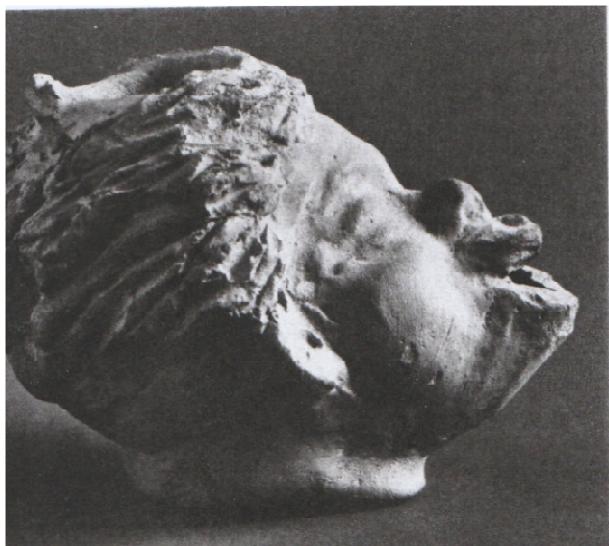


Fig. 2. Lámparacefaliforme que representa a un individuo negro.

Atenas, Museo del Ágora, L2207; AA⁴ 47C 616. Fuente: Snowden (en Bugner, 1976 I, fig. 240)

Howland (1958) sitúa la producción de estas lámparas en un contexto cultural previo a la llegada de Sila en el 86 a. E., entre los siglos III y II a. E., toda vez que se han hallado piezas de factura romana hasta el siglo I d. E. Existen múltiples variantes, zoomorfas y antropomorfas, dentro del Tipo 47C. Por lo que respecta a 47C 616, es, junto con la casi idéntica 47C 615, uno de los ejemplares más tempranos de este tipo de lámparas, que se popularizaron en época imperial.

Existe una riquísima tradición literaria griega que asocia las lámparas con los esclavos. El testimonio más arcaico de este tópico se encuentra en *Las nubes* de Aristófanes, obra representada en marzo del año 423 a. E., bajo el arcontado de Isarco. Uno de los protagonistas, Estrepsiades, ordena a su esclavo en mitad de la noche: «Niño, enciende la lámpara» [Ἄπτε παῖ λύχνον] (Ar. Nub. v. 18). La asociación literaria entre lámpara y esclavo se prolongó, con innovaciones diversas, hasta Ateneo de Náucratis (Sabnis, 2011).⁹⁴

⁹⁴ El propio Aristófanes desarrolló el tópico en *La asamblea de las mujeres*, obra representada en febrero de 392 a. E., bajo el arcontado de Demóstrato. La declamación de Praxágoras, que da el pistoletazo de salida a la obra, dice así (Ar. Eccl. vv. 1-16): «Radiante ojo de mi lámpara [λύχνου], hermosísima y certeñamente trabajada al torno, mostraremos tu nacimiento y tu destino. Pues moldeada en el torno del alfareño, tus narices tienen función de sol radiante <...> envía por la llama los signos convenidos. Con toda razón, sólo a ti te lo revelamos, porque también permaneces a nuestro lado cuando probamos con las posturas de Afrodita en nuestros aposentos; y, cuando nuestros cuerpos se curvan, tu ojo todo lo preside, y nadie te aparta de su habitación. Sólo tú iluminas los secretos rincones de nuestros muslos, soflamando los pelos que allí proliferan; y, cuando abrimos a escondidas las despensas repletas de trigo y de licor de Baco, tú nos asistes y, participando en todo, no cotilleas con los vecinos [Traducción propia]». Por lo demás, el tópico de la lámpara-esclavo como único testigo de la pasión erótica se repite hasta la extenuación en la poesía helenística. El epigrama titulado «Preparativos para una noche de amor», de Filodemo

Pero dirijámonos a la Figura 3. Se trata de una estatuilla en bronce de 20,2 cm de altura. Es pieza elaborada con total seguridad durante el periodo helenístico.⁹⁵ Fue hallada en Chalon-sur-Saône en 1763 y regalada al rey de Francia por el anticuarista Anne-Claude de Caylus. Pertenece a la colección de la Bibliothèque Nationale de París (Babelon y Blanchet, 1895; Snowden, en Bugner, 1976).

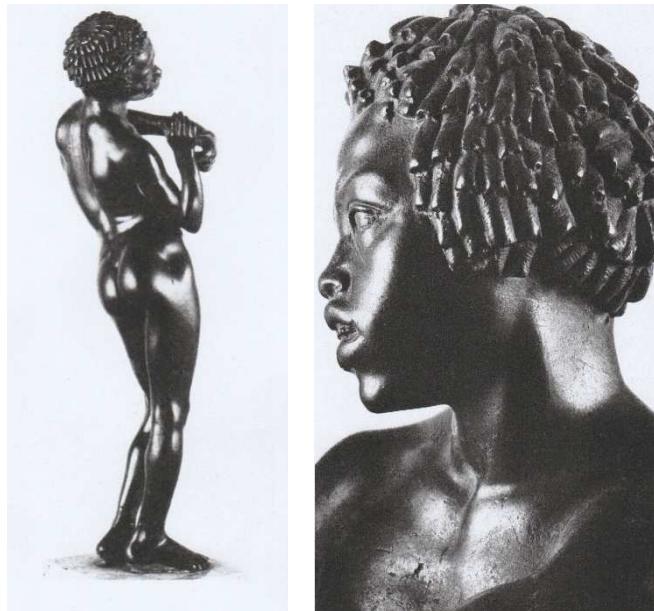


Fig. 3. Estatuilla de un joven músico. París, Bibliothèque Nationale; Babelon y Blanchet (1895, p. 439, fig. 1009).

Fuente: Snowden (en Bugner, 1976I, figs. 253 y 254)

La estatuilla muestra un joven músico negro, totalmente desnudo, cuyo instrumento musical, quizás un harpa, se ha perdido. Babelon y Blanchet (1895, p. 440) dicen que se trata de un esclavo, «le type idéal de ces esclaves alexandrins que recherchaient si avidement les riches Romains». Aun aceptando que la de músico fuera profesión infamante durante la Antigüedad —¿todas las imágenes antiguas de músicos están representando esclavos, o esta filiación la establecemos en base a los prejuicios derivados del modelo esclavista occidental?—, obsérvese cuánto difiere el aspecto de este individuo negro en comparación con la Figura 2. La cabeza imita todas las características del canon negro: pelo lanoso, en bucle; prognatismo facial; labios gruesos... Pero no estamos ante una sátira grotesca, sino ante el resultado de un estudio anatómico minucioso que

de Gámara, que nació en torno al 110 a. E., dice: «Filénide, rellena la lámpara, silenciosa confidente/ de nuestros secretos, de aceitoso rocío/ y márchate, pues Eros es el único que no gusta de testigos./ Y cierra bien, Filénide, la entornada puerta./ En cuanto a ti, Janto, bésame, y tú, lecho que te regocijas con el/ amor, aprende ya lo que te resta de las artes de Pafia» (Anth. Pal. II, 494 = V, 4).

⁹⁵Recordemos que el arte helenístico sobresalió por su apego a la realidad y a la expresión tanto de los sentimientos quanto del movimiento. Las obras, encargadas por grandes dinastas, se destinaban al embellecimiento de palacios y poseían un carácter más propagandístico que religioso (Boardman, 1991).

ha transferido el ideal antiguo de la proporción y la belleza a un adolescente negro. El cuerpo, dispuesto por medio de la típica curva praxiteliana, dialoga con la disposición de la cabeza, que se inclina grácilmente hacia el harpa invisible, como escuchando los acordes del instrumento que debe afinar. Casi podría decirse que estamos ante la reproducción de un Apolo negro recién emergido de los bosques, tocando la cítara.

Para historiadores como Beardsley, los artistas clásicos se recrearon en resaltar la fealdad, lo cómico y lo grotesco a la hora de representar al negro. No parece ser ese el caso de la Figura 3. He escogido conscientemente dos imágenes casi coetáneas que reducen al negro a la condición de esclavo y, sin embargo, lo hacen de un modo bien diferente.⁹⁶

El negro recibió el mismo tratamiento que cualquier otro referente artístico: podía ser caricaturizado e idealizado. El color de la piel tampoco determinó automáticamente el estatus de los individuos. Desde mi punto de vista, los diversos trabajos de Snowden desmantelaron la hipótesis ‘piel negra igual a estatus dependiente inmutable’. En el día a día y a lo largo de los tiempos antiguos, los negros fueron integrados en las sociedades greco-romanas con mejor o peor resultado, y desempeñaron oficios diversos, desde el sacerdocio del culto a Isis al esclavo pedagogo. La esclavitud, de hecho, no siempre conllevó miseria y marginación durante la Antigüedad —por no hablar de la prodigiosa movilidad social aparejada a la manumisión en Roma.

Dicho lo cual, ¿cómo interpretar los abundantes casos de negros esclavizados durante la Antigüedad? En primer lugar, debo insistir en que el modelo esclavista europeo de la Modernidad difería del de las antiguas sociedades esclavistas. Estas últimas se regían por la noción de barbarie, no por la de raza: también los escitas o germanos fueron esclavizados y, en época arcaica, la servidumbre por deudas había esclavizado a muchos romanos y griegos (Finley, 1982; Bradley, 2000). A mi juicio, la esclavización del negro en la Edad Antigua fue consecuencia de un «exotismo desdichado», no de motivaciones raciales. El negro fue esclavizado por su enorme atractivo, no porque fuera considerado un ser inferior al individuo blanco.

No estoy en condiciones de imaginar el peso demográfico de la minoría étnica negra en las sociedades greco-romanas —¿quién lo está?—, pero creo, siguiendo a Thompson (1994), que resulta inapropiado disertar sobre una «comunidad negra» en Grecia o Roma, excepción hecha de territorios orientales como Libia o Egipto. Para la

⁹⁶Para un corpus iconográfico completo, remitimos a Snowden (en Bugner, 1976 I, pp. 135-245).

inmensa mayoría de la población, el negro constituía un prodigo y evocaba una realidad exótica. Precisamente el exotismo jugó un rol fundamental en la imagen y en el estereotipo del negro, construidos ambos desde una perspectiva «ETIC».⁹⁷

En este sentido, y sólo en éste, puede afirmarse que el color de la piel determinó, al menos accidentalmente, el estatus social de un individuo. En efecto, los negros fueron una de las minorías étnicas más atractivas para los artistas clásicos (Snowden, 1983). Paralelamente, el color de la piel —amén de otras variables que también deben tenerse en cuenta, como la esclavización por una coyuntura de guerra— acarreó una consecuencia “inesperada”: el negro pasó a ser un trofeo de caza, un producto de lujo codiciado por las capas más prósperas de la sociedad, que competían entre sí haciendo ostentación de su poderío económico. Es lo que Keith Hopkins (en Finley, 1974, p. 104) llama «desembolsos ostentatarios». Reducido a un estatus dependiente, el negro padeció cosificación, infantilización, animalización y, por descontado, burla y maltrato. Exactamente igual que los demás esclavos.

iii) Barbarie y sangre

Dejemos ya la cuestión del color de la piel y abordemos la del determinismo sanguíneo. La primera asociación directa entre raza y sangre aconteció en España y Portugal a mediados del siglo XVI (Hering Torres, 2004). Como ya he dicho, considero que ‘raza’ es un concepto anacrónico en la Edad Antigua; pero ello no impide explorar el lugar ocupado por la sangre en la noción de barbarie.

Los análisis computacionales de léxico han demostrado que el término griego para la sangre (*οἶμα*) es uno de los más utilizados por los diversos autores del Corpus Hipocrático (Duminil, 1983, p. 136, n. 1, basándose en Maloney). Las referencias no obstante, se dan sobre todo en los llamados tratados ginecológicos, y los conocimientos que se tienen sobre ella, basados en la observación directa y la especulación, son bastante superficiales. Más allá de su color rojizo y temperatura cálida, la medicina antigua solía atribuir a la sangre un cierto papel en la nutrición, si bien se desconocía tanto la relación exacta entre sangre y nutrición cuanto los pormenores del proceso. A la sangre

⁹⁷ En Hom. Il. I, 423-424, Zeus viaja al país de los «probos etíopes». Estos también eran los hombres más altos y apuestos del mundo (Hdt. III, 20, 1-2; III, 114). A la piedad religiosa y aspecto físico de los etíopes, se unían su belicosidad, su apetito sexual y la riqueza y maravillas de su patria. No es casualidad que los vasoscefaliformes del Arcaísmo griego, portando ungüentos y perfumes, fueran decorados con individuos negros (Buschor, 1971).

se le atribuía también un papel importante en los cambios psicológicos, particularmente en los ataques epilépticos, y, como ya hemos dicho, se proponía que los fenómenos meteorológicos modificaban sus características (Duminil, 1983). Pero jamás llegó a elaborarse una teoría sobre la circulación sanguínea debido a errores de bulto en la concepción del pulso sanguíneo y del corazón, que se tenía por el órgano central del aparato respiratorio (Harris, 1973).

Entonces, ¿qué hacer con el término ὁμαίμος (lit. «de la misma sangre»), utilizado, entre otros, por Heródoto? Pienso que el término, propio de la esfera familiar, pasó a la genealogía mitológica para reforzar la propuesta política del panhelenismo.⁹⁸

El término ὁμαίμος aparece tres veces en la *Historia*. En Hdt. I, 151, 2, dice el de Halicarnaso: «Y en cuanto a las [*ciudades] que ocupan las islas, cinco comunidades se hallan en Lesbos –pues a una sexta establecida en Lesbos, la ciudad de Arisba, la redujeron a esclavitud los metimneos, pese a que era de su misma sangre [ἐόντας ὁμαίμους]. Los metimneos conquistaron Arisba durante el Arcaísmo y esclavizaron a sus habitantes pese a que ambas comunidades eran eolias. Por Estrabón XIII, 1, 21, además, sabemos que el territorio de los arisbeos fue anexionado (Hansen y Nielsen, 2004). Pero la expresión no alberga un pensamiento racial basado en la sangre, sino una confusión relacionada con la genealogía mitológica de metimneos y arisbeos.⁹⁹

Más clara parece la utilización de ὁμαίμος como puntal del panhelenismo cuando Aristágoras de Mileto suplica al espartano Cleómenes una intervención contra el persa (Hdt. V, 49, 1-2):

⁹⁸ Émile Durkheim señaló en su día las analogías entre el clan, el γένος griego y la *gens* latina. Los individuos que componen el clan se consideran unidos por lazos de parentesco, aunque no comparten base geográfica o parentesco: son parientes por el hecho de llevar el mismo nombre. Se reconocen a sí mismos como los miembros de una familia y, como tal, poseen deberes idénticos, deberes asistenciales. Dejemos hablar a Durkheim (1992, p. 94): «En base a esta primera característica, el clan no se distingue de la *gens* romana o del *génos* griego, pues el parentesco de los gentiles provenía también de manera exclusiva del hecho de que todos los miembros de las *gens* [sic] llevaban el mismo nombre, el *nomen gentilicium*». Eso por lo que respecta a la genealogía mitológica. En cuanto al panhelenismo, entiendo por tal una identidad cultural y política, conformada a lo largo de un lento y complejo proceso de agregación y confrontación, que hunde sus raíces en la Edad del Hierro. A la altura del siglo VI a. E., debía de existir ya una identidad panhelénica de corte elitista (Mitchell, 2007). De lo contrario, no se comprende cómo Heródoto pudo realizar, entre otras, esta afirmación, puesta en boca de Mardonio (Hdt. VII, 9β, 2): «Dado que esas gentes [*los helenos] hablan la misma lengua, deberían dirimir sus diferencias apelando a heraldos y mensajeros, o por el medio que fuera, antes que en el campo de batalla».

⁹⁹ Ambas, insistimos, eran comunidades eolias. Según la mitología, Eolo era el nieto de Deucalión y Pirra, el hijo de Helén, y el hermano de Dorio y Juto. Casó con Enáreta, que dio a luz doce hijos, a los cuales se añadieron otros tres: Macareo, Etlio y Mimante. Pisídice, una de las primeras hijas de Eolo y Enáreta, es confundida en algunas versiones con la hija homónima del rey de Metimna, la ciudad de Lesbos. Lo mismo sucede con el citado Macareo, confundido en algunas versiones con Macar, quien casó a su hija Metimna con Lesbos (Grimal, 2008).

«Cleómenes, no te extrañes por mi interés en venir hasta aquí, pues la situación, en la actualidad, es la siguiente: los hijos de los jonios son esclavos, en lugar de hombres libres, lo cual constituye, principalmente para nosotros, un baldón y una amargura inmensa; pero también lo es para vosotros, más que para otros griegos, por cuanto estáis a la cabeza de la Hélade. En esta tesitura, liberad -¡por los dioses de Grecia!- de su actual esclavitud a los jonios, un pueblo de vuestra misma sangre [ἄνδρας ὅμαιμονας]».

No podemos plantear que Aristágoras apele a un vínculo aristocrático como la φιλία por falta de datos.¹⁰⁰ Quizá alguien esgrima Hdt. I, 145, donde se afirma que los jonios asiáticos habitaron una vez el Peloponeso, para defender el recurso a una antigua ξυγγένεια. Opino, siguiendo a Mitchell (2007) que el pasaje constituye más bien un alegato insertado anacrónicamente por Heródoto en el contexto de una guerra panhelénica. Este alegato debe ponerse en relación con otros pasajes herodoteos.

El más destacado es el celeberrimo Hdt. VIII, 144, 2, que, pese a haber sido citado hasta la extenuación, no deja de resultar excepcional: «Por otro lado está el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con sus usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses [αὗτις δὲ τὸ Ἑλληνικὸν ἐὸν ὄμαιμόν τε καὶ ὄμογλωσσον καὶ θεῶν ἴδρυματά τε κοινὰ καὶ θυσίαι ἥθεα τε ὄμότροπα, τῶν προδότας γενέσθαι Ἀθηναίους οὐκ ἀν εὖ ἔχοι]». Es éste un pasaje claramente panhelénico donde los atenienses explican a los espartanos que jamás van a medizar —como sí habían hecho, por cierto, otras ciudades griegas. Para ello, resaltan la homoglosía, la religión y las costumbres compartidas. En cuanto a «όμαιμόν», haría alusión a Helén como ancestro mitológico de atenienses y espartanos, de todos los helenos; a una identidad genealógica más que a una «identidad racial».

¿Qué hay sobre la legislación racial del Mundo Antiguo? Pese a que Moralee (2008) ha estudiado la «política racial» del código teodosiano para la Tardoantigüedad, voy a ceñirme a la famosa Ley de Pericles del año 451 a. E. Para Susan Lape (2010), la «ciudadanía racial» establecida a partir de dicha ley conformaba uno de los pilares de la identidad ateniense en época clásica. Tal y como reconoce la propia historiadora, la medida tomada por Pericles en al año 451 a. E. no utilizó como masa teórica la raza, sino que, para cohesionar un cuerpo social mayor, abrió la eugenesia aristocrática a la ciudadanía y, de nuevo, recurrió a la genealogía mitológica, otorgando entidad legal al tópico

¹⁰⁰Aristágoras era nieto de Liságoras e hijo de Histieo, pero la genealogía de Cleómenes se pierde: resulta imposible establecer vínculos de hospitalidad entre ambos personajes.

de la autoctonía (Lape, 2010).¹⁰¹ En cuanto a las consecuencias de la medida, los primeros afectados debieron de ser griegos forasteros, no bárbaros. A mi entender, por su fondo teórico y sus objetivos, este tipo de medidas exclusivistas tuvieron más que ver con el particularismo de las sociedades mediterráneas que con el racismo de las Leyes de Núremberg.

En resumen: se impone la contextualización. No debemos ocultar las prácticas más expeditivas arropadas por la categoría del bárbaro, pero tampoco generalizarlas a toda la Historia Antigua. He seleccionado estos casos porque, descontextualizados e interpretados a través de una noción amplia de racismo, pueden dar lugar a equívocos.

Como se ha dicho, la diferenciación e inferiorización del bárbaro dependió de dos variantes: la coyuntura histórica y el sujeto, integrado en una escala de la barbarie. Ni griegos ni romanos se relacionaron de igual forma con un persa que con un galo; tampoco con un persa que con un etíope. Este etíope, además, no podía disparar los mismos resortes en el siglo VI a. E. que en el siglo III d. E., cuando el cristianismo relacionó el color oscuro de la piel con el demonio. Una coyuntura de guerra o conflicto endureció exponencialmente las relaciones con el bárbaro, dando cabida a la deportación, la esclavización y la matanza. Todas ellas eran prácticas conocidas por griegos y romanos; sin embargo, ninguna fue legitimada a través del prisma racial. El racismo, tal y como yo lo entiendo, no pudo ser aplicado durante la Antigüedad debido a las limitaciones ideológicas y tecnológicas de los antiguos, que no dudaron, por supuesto, en desplegar todos los medios tecnológicos e ideológicos a su alcance cuando quisieron destruir al Otro.

iv) Raza y bárbaro: diferencias y analogías

Las mayores analogías entre racialismo y barbarie se dan en el ámbito de la práctica: tanto el racialismo cuanto la barbarie, como sistemas de alteridad, generaron estereotipos, prejuicios y prácticas violentas entre las cuales sobresale el imperialismo europeo y romano. La diferencia es cuantitativa y no cualitativa, simplemente porque los antiguos no dispusieron de medios tecnológicos para sembrar la muerte a escala tan elevada como los modernos.

¹⁰¹ Un tópico, dicho sea de paso, que encontramos en otros lugares de Grecia: los eginetas eran mirmidones, los tebanos habían nacido del diente de un dragón, y los arcadios se consideraban igualmente autóctonos (Mitchell, 2007).

Racialismo y barbarie son también sistemas de alteridad transferidos —desde Occidente al globo, desde Grecia a Roma—, y sistemas rationalizados. Ambos acuden a disciplinas científicas para sostener sus argumentos. Pero el racialismo se fundamenta en torno a la idea de raza y plantea un férreo determinismo sanguíneo o genético que fija las características físicas, culturales y psicológicas de un grupo racial desde un punto de vista etnocéntrico, mientras que la barbarie, por su parte, se articuló sobre la categoría de bárbaro, que supeditaba los marcadores físicos a los culturales desde una posición etnocéntrica y, en ocasiones, determinista. La barbarie, además, descolló por su extraordinaria variedad teórica, hasta el punto de constituir lo que yo llamo un «sistema asistemático». Finalmente, la barbarie tendió puentes semánticos entre la alteridad externa, el bárbaro por antonomasia, y una serie de sujetos históricos que, para la oligarquía greco-romana, representaban la alteridad interna: funcionó a la manera de un «manto reversible» ejerciendo labores de control social y dominación.

BÁRBARO Y BÁRBAROS: EL «MANTO REVERSIBLE»

«¿En qué país bárbaro ha habido algún tirano tan terrible, tan cruel como lo ha sido en esta ciudad Antonio, escoltado por las armas de los bárbaros? Bajo la tiranía de César veníamos al Senado, si no con libertad, por lo menos con seguridad. Bajo este capitán de piratas –pues, ¿cómo llamar al tirano?- estos asientos los ocupaban los itureos [...] En Brindis en el regazo de su esposa [*la actriz Volumnia Citéride, amante de Marco Antonio] –no ya la más avariciosa, sino la más cruel- degolló a los más selectos centuriones de la legión Marcia. Y después, ¡con qué furor, con qué ardor se precipitaba a la ciudad, o lo que es lo mismo, a matar a todos los mejores! En aquel momento, los propios dioses inmortales nos ofrecieron, sin que lo esperáramos, una ayuda imprevista. En efecto, la increíble y divina virtud de César retrasó los crueles y furibundos ataques del criminal; y, entonces, aquel demente creía que se le perjudicaba con edictos, ignorando que todo lo que dijera en falso contra el virtuosísimo adolescente [*Octaviano] en verdad recaía sobre el recuerdo de su infancia». ¹⁰²

Este pasaje pertenece a la Filípica XIII de Cicerón, pronunciada el día 20 de marzo del año 43 a. E. Cicerón, que busca persuadir al Senado para que declare enemigo público a Marco Antonio y emprenda una guerra contra él, construye para su audiencia un retrato moral y psicológico de Marco Antonio como ser transgresor y tiránico. Marco Antonio es relacionado con tiranos, mujeres, profesiones infamantes, bandidos y bárbaros; un séquito de personajes de carne y hueso, auténticas bestias negras a los ojos de Cicerón —Julio César, Volumnia Citéride, los itureos—, danzan a su alrededor; el carácter de Marco Antonio, viciado desde la más tierna infancia, es descrito acudiendo al campo semántico de la barbarie: *crudelitas, furor, ardor, dementia*; los vicios de Antonio y sus secuaces se realzan por comparación negativa con otros individuos virtuosos, tales como los centuriones de la legión Marcia, los correligionarios de Cicerón (*optimi*) u Octaviano.

¹⁰² Cic. Phil. XIII, 8, 18-19: «*Quem in barbaria quisquam tam taeter, tam crudelis tyrannus quam in hac urbe armis barbarorum stipatus Antonius? Caesare dominante, ueniebamus in senatum, si non libere, at tamen tuto. Hoc archipirata –quid enim dicam tyranno?- haec subsellia ab Ityraeis occupabantur [...] Brundisii in sinu non modo auarissimae, sed etiam crudelissimae uxoris delectos Martiae legionis centuriones trucidauit. Inde se quo furore, quo ardore ad urbem, id est ad caedem optimi cuiusque, rapiebat! Quo tempore di ipsi immortales praesidium improuisum necopinantibus nobis obtulerunt. Caesaris enim incredibilis ac diuina uirtus latronis impetus crudelis ac furibundos retardauit. Quem tum ille demens laedere se putabat edictis, ignorans, quaecumque falso diceret in sanctissimum adulescentem, ea uere recidere in memoriam pueritiae suaे.*

«[*Caracalla] se ganó a todos los germanos de allende la frontera, y los indujo a la amistad de tal forma que pudo obtener de ellos tropas auxiliares y formar su propia guardia personal con hombres seleccionados por su fuerza y apariencia. Con frecuencia, quitándose el manto romano, se vestía con prendas germánicas [...] Todo lo hacía como un soldado raso [...] Cualquier trabajo manual que supusiera esfuerzo físico, él era el primero en emprenderlo» (Hdn. IV, 7, 3-5).

En esta cita de Herodiano, Caracalla (211-217) es relacionado con bárbaros, soldados y artesanos. El emperador, se nos dice, solía cambiar la toga romana por vestimentas extrañas a la tradición. Ésta no es una observación baladí: los τογῆτοι de Str. III, 2, 15 muestran la importancia de la toga como signo de civilización; también la legislación que, desde Augusto a Estilicón, reguló la indumentaria digna de un ciudadano romano (Chauvot, 1998). Caracalla, por último, se rodeó de una guardia personal, cargo típico en la acusación de tiranía desde los tiempos de Pisístrato en Atenas y de Marco Antonio en Roma (Dunkle, 1967).

Un siglo después, el historiador Amiano Marcelino realizó un retrato muy similar del césar Galo. Galo (351-354) convierte «el poder justo y legítimo en una sangrienta tiranía» [*civili iustoque imperio ad uoluntatem conuerso cruentam*] (Amm. XIV, 1, 4). Es un criminal (*facinorosus*) que sobresale por su severidad (*asperitas*) y crueldad (*crudelitas*) en diversos pasajes de las *Res gestae*.¹⁰³ Galo también es animalizado como si fuera un bárbaro: en Amm. XIV, 7, 13, es transformado en una serpiente, y, en Amm. XIV, 9, 9, se le compara con un león devorador de cadáveres.¹⁰⁴

Galo conquistó el poder «promovido desde la más profunda miseria de los comienzos de su adolescencia hasta las más altas cumbres, dando un inesperado salto» (Amm. XIV, 1, 1). Una vez en el poder, este adolescente se rodeó de mujeres, plebeyos

¹⁰³ Amm. XIV, 1, 4: «[...] Algunos —a quienes se consideraba culpables por simples sombras de sospechas— fueron condenados. Parte de ellos fueron ejecutados; otros, castigados a la confiscación de sus bienes y sacados a la fuerza de sus hogares, sin que les quedara nada más que sus quejas y lágrimas, malvivían de limosna». En XIV, 7, 2, Galo «hizo ejecutar a todos los principales del senado antioqueno en un solo sumario, enfurecido [efferatus]». Este último adjetivo lo utiliza Amiano para designar a «pueblos salvajes» [*efferatarum gentium*] vencidos por Roma en el excuso de XIV, 6, 5.

¹⁰⁴ El esclavo era designado con bastante frecuencia mediante el adjetivo ‘andrópodo’ (ἀνδρόποδος), derivado del adjetivo zoológico ‘tetrápodo’ (τετράποδος). La animalización era un mecanismo de control ideológico que reforzaba tanto la potestad del amo cuanto la dependencia del esclavo (Bradley, 2000). Independientemente de ello, Barnes asegura que (1998, p. 109): «Ammianus' animal comparations usually have a highly negative connotation». Efectivamente, en Amm. XVI, 5, 16, el bárbaro es animalizado: «[...] La furia bárbara [*barbarica rabies*] se había inflamado de nuevo hasta el extremo. Así como los animales salvajes [*Utque bestiae*] acostumbrados a vivir de rapiñas por el descuido de los vigilantes [...]. El mismo tratamiento se da a los isaurios en Amm. XIX, 13, 1: «Tal como las serpientes en primavera suelen salir de sus guardas, bajaron de las sierras escarpadas e inaccesibles y, agrupados en partidas compactas, hostigaban a sus vecinos con hurtos y asaltos».

delatores y gladiadores que atizaban su残酷. La esposa de Galo, Constantina, «una especie de Furia humana, constante incitadora de crueles y no menos ávida de sangre que su colérico marido» (Amm. XIV, 1, 2), empujaba al césar a un «desastre irremediable» (Amm. XIV, 1, 8). El funesto presagio de Amiano se hizo realidad cuando Galo murió decapitado como un burdo ladrón a los veintinueve años de edad. El tirano por fin había encontrado un merecido final.

Los extractos a los que me he referido son ejemplos del «vituperio del tirano», un modelo ideológico perfectamente conformado en el mundo griego a la altura del siglo VI a. E. (Escribano, 1993a). Pero, ¿por qué el tirano es considerado como tal? ¿Y por qué se le relaciona con bárbaros, con mujeres, con jóvenes o con profesiones infamantes?

Partiendo del trabajo de Yves Dauge (1981) sobre el bárbaro, sostengo que el campo semántico de la barbarie poseyó un anverso y un reverso desde el punto de vista de la oligarquía.¹⁰⁵

Considero que el campo semántico de la barbarie funcionó a la manera de un «manto reversible». Proyectado hacia el exterior, sirvió como teoría explicativa y acicate del imperialismo romano. Proyectado hacia el interior, ejerció labores de control social y vistió a lo que, para la oligarquía greco-romana, representaba la alteridad interna: mujeres, trabajadores libres y esclavos —desde artesanos a profesiones infamantes—, soldados, jóvenes e, incluso, «oligarcas disolutos». En primer lugar, la oligarquía greco-romana se apropió de las virtudes inherentes al ser humano completo y atribuyó a su alteridad interna una lista de vicios; en segundo lugar, cada segmento social de los mencionados se situó en los vértices de un pentágono capaz de trazar diagonales y conexiones (*cf.* Fig. 4); en tercer lugar, los tópicos de la barbarie externa fueron trasplantados al interior por medio de correspondencias: una vez que la secuencia ‘bárbaro igual a esclavo por naturaleza’ quedó expedita, la mujer, el trabajador libre, el soldado, el joven y el oligarca podían ser tipificados como esclavos y barbarizados.

¹⁰⁵ Dauge (1981) observa que el campo semántico de la barbarie podía transferirse a la alteridad interna por medio de un juego sutil de correspondencias. El Otro por antonomasia, el bárbaro con mayúsculas, era el individuo ajeno al sistema cultural greco-romano. Pero, en el interior de la propia sociedad, la mujer era más “bárbara” que el varón por su volubilidad e incontinencia; la juventud era una etapa transitoria de “barbarie” que se alargaba durante veinticinco o treinta años por cuanto el alma todavía no había logrado dominar su parte irracional; el soldado podía ser barbarizado porque mezclaba el gregarismo de la masa con la violencia; el trabajador esclavo, en la mayoría de los casos realmente bárbaro por origen, era servil por naturaleza... El nexo de todos estos sujetos es su irracionalidad y su total carencia de autocontrol.

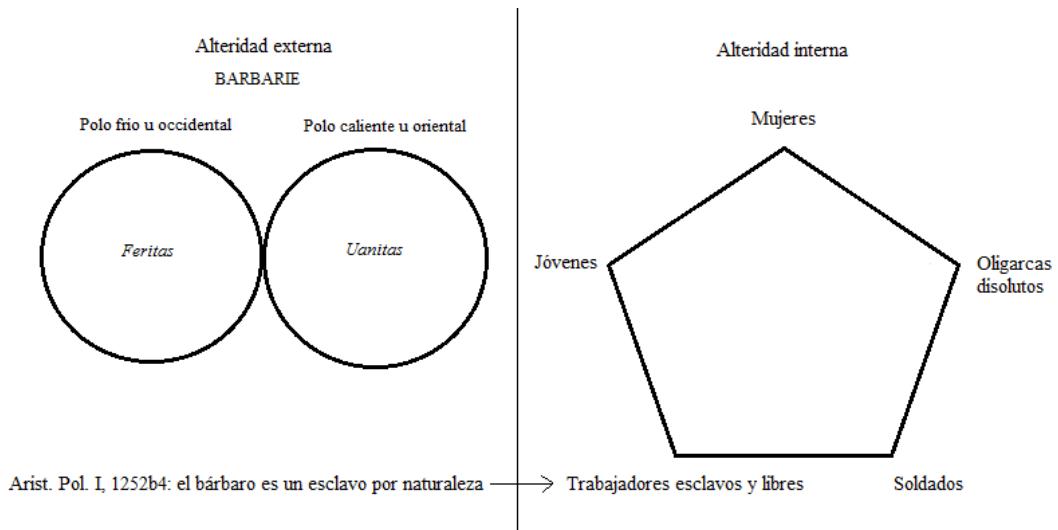


Fig. 4. Conexiones semánticas entre la alteridad externa e interna de la oligarquía greco-romana. Fuente: elaboración propia a partir de Dauge (1981).

En el segundo bloque, he defendido que la barbarie constituyó, en cuanto a sus fundamentos teóricos, un «sistema asistemático» dependiendo de la coyuntura histórica y del autor. Lo mismo tengo que decir con respecto a la alteridad interna: algunos sujetos históricos desaparecen del pentágono en función de la coyuntura y del autor; otros se añaden desfigurando un esquema que sólo pretende ofrecer una explicación visual a cuestiones demasiado abstractas. Todas las generalizaciones contienen un poso de verdad, pero se muestran imprecisas al contrastarlas con ejemplos concretos.

PARTE II

AMIANO MARCELINO: LA REALIDAD Y EL DESEO

Amiano Marcelino vino al mundo en torno al 330/335 d. E.¹⁰⁶ Desde los comentarios de Henri de Valois y la monografía de Thompson (1947), los historiadores suelen aceptar que Amiano nació en la mitad oriental del imperio y, concretamente, en la ciudad siria de Antioquía.¹⁰⁷ Discernir la extracción social de Amiano conlleva menos impedimentos: todo apunta a que nuestro historiador pertenecía a la élite decurional.¹⁰⁸ Amiano recibió una educación esmerada, basada en los clásicos desde Homero, e ingresó en el cuerpo de los *protectores domestici* hacia 350, un servicio atractivo para los decuriones que deseaban eludir sus cargas por cuanto los soldados gozaban de exenciones fiscales (Alföldy, 2012).

¹⁰⁶ En el año 357 d. E., Amiano Marcelino se considera un *adulescens* (cf. XVI, 10, 21). En época imperial, esta franja de edad se situaba entre los dieciocho y los veinte años (Camus, 1967).

¹⁰⁷ Los orígenes antioqueños de Amiano se argumentan a partir de la Carta 1063 de Libanio de Antioquía, fechada en el año 392 d. E. y con remitente Μαρκελλίνῳ. Este Marcelino se ha identificado con nuestro Amiano, que, por aquel entonces, se encontraría recitando su obra a la audiencia senatorial de la Urbe. Libanio, así las cosas, le animaría a proseguir en la redacción de las *Res gestae*. Ésta es, repito, la hipótesis que ha generado mayor consenso académico en nuestros días. Sin embargo, no me parece desatinado incluir otras propuestas: desde mi punto de vista, Fornara (1992) ha echado por tierra la línea ‘Μαρκελλίνῳ-Amiano Marcelino’ desmigando pacientemente la celeberrima Carta 1063 de Libanio. En primer lugar, la misiva comienza con una fórmula de cortesía que podría resultar irónica e incluso ofensiva para alguien que, como Amiano, llevaría doce años instalado en Roma: «Te envidio por poseer Roma, y envidio a Roma por poseerte». En segundo lugar, el verbo ‘συγγράφειν’ y sus derivados poseen un sentido neutro, no circunscrito al ámbito de la historiografía. De ahí que el género literario suela precisarse ligando un sustantivo en acusativo. Así, Herodiano I, 1, 3: «συγγράφειν ιστορίαν». Más que un historiador de sesenta años dispuesto a completar su obra maestra, advierte Fornara, el destinatario de la Carta 1063 de Libanio parece ser un joven orador recién llegado a la Ciudad. Entonces, ¿de dónde procedía Amiano? La solución ofrecida por Fornara, tal y como el propio autor reconoce valientemente, es endeble. Fornara recuerda que tanto los estudios lexicográficos de la filología alemana en el siglo XIX cuanto los modernos estudios computacionales han demostrado que Amiano pensaba en griego y recurrió a giros lingüísticos propios del griego antiguo. Ahora bien, toda la mitad oriental del imperio romano se encontraba fuertemente helenizada. Por ello, Fornara aduce que Amiano utiliza el etnónimo ‘Graecus’ en XXXI, 16, 9, y restringe este etnónimo a la Península Helénica. Aceptada esta cabriola, acude a XXIX, 2, 16, pasaje donde Amiano se refiere a Flavio Hipatio, hermano de la emperatriz Eusebia, como «*noster Hypatius*», adjetivación sin parangón en toda la obra. Por último, Fornara arguye que los estudios prosopográficos hacen al padre de Hipatio, Flavio Eusebio, un nativo de Tesalónica. Admitiendo que Hipatio hubiera nacido en Tesalónica, podría plantearse que Amiano Marcelino poseía unos orígenes tesalonicenses. Más sólida es la hipótesis de Barnes (1998), para quien Amiano procedería de Siria o Fenicia, siendo su ciudad de origen, quizás, Tiro o Sidón. Barnes dice que Amiano utiliza en su obra el plural ‘Syriae’ en lugar de ‘Syria’. Este corónimo hace referencia a un territorio compuesto por Antioquía, Líbano, Fenicia y Palestina. A continuación, Barnes se apoya en la Carta 828 de Libanio, dirigida a sus alumnos Apolinario y Gemelo de Tarso. El portador de dicha carta es un tal Amiano al que se caracteriza como soldado-filósofo. Barnes, por último, aduce que el antropónimo ‘Marcelino’ era muy común; no así el *cognomen* ‘Amiano’. La raíz ‘Ammi-’ es de procedencia semita. No hay rastro de ningún Amia, Amio, Amión o Amiano en la epigrafía griega después del periodo helenístico. Además, de las diez atenienses que poseían en su onomástica alguna de estas variantes, no menos de cuatro procedían con total seguridad de Levante: Antioquía, Jerusalén, Samaria y Sidón.

¹⁰⁸ W. Ensslin fue el primero que propuso vincular a Amiano con la élite decurional para comprender su cosmovisión. La hipótesis fue retomada por Thompson y es aceptada por la historiografía contemporánea sin demasiados estragos. Dos pasajes sostienen esta extracción decurional: Amm. XXII, 9, 12; XXV, 4, 21 (Barnes, 1998). Las quejas de Amiano por la presión fiscal a la que eran sometidos los provinciales se dejan sentir igualmente en Amm. XVII, 3, 3; XVII, 3, 5; XIX, 11, 3.

El cargo de *protector domesticus* se retrotrae a la reforma militar del siglo III d. E., impulsada por la necesidad de contar con un ejército móvil, capaz de desplazarse junto al emperador hacia los puntos cándentes de las fronteras. Su antecedente más directo es la unidad de los *protectores Augusti*, un cuerpo de élite creado bajo el principado de Galieno (253-268). Sus tribunos y centuriones, especialmente seleccionados e implicados en la protección del emperador, tomaban parte en campañas de gran trascendencia y cumplían misiones especiales. Hacia finales del siglo IV d. E., los *protectores domestici* fueron divididos en regimientos (*scholae*) de infantería y caballería bajo las órdenes de un *comes domesticorum* (Jones, 1964 II; Matthews, 2007). Los reclutas de las *scholae palatinae* solían ser hijos de oficiales de alto rango (Barnes, 1998).¹⁰⁹

En el año 353 d. E., por decisión imperial, Amiano fue puesto bajo las órdenes de Ursicino, *magister equitum* en Oriente (Camus, 1967; Blockley, 1975).¹¹⁰ Dos años más tarde, en 355, Ursicino y Amiano viajaron hacia Galia para poner fin a la usurpación del franco Silvano.¹¹¹ De regreso a Oriente en 358, Amiano presenció la invasión del rey persa Sapor y el asedio y caída de Amida. Todavía en 359 permanecía al lado de Ursicino, esta vez en Samosata (Camus, 1967). Entre 360 y 363, Amiano desaparece de su relato. Es posible que la caída en desgracia de Ursicino también lo arrastrara a él y que Constancio II lo relegara al puesto fronterizo de Cercusio (Thompson, 1947). Desde allí se habría enrolado en la desastrosa expedición contra el persa organizada por el emperador Juliano, según indica la utilización de la primera persona del plural en XXIII, 5, 7 y 6, 30. Apesadumbrado, regresó a Antioquía, ciudad donde se encontraba aún en el año 372 —«*Antiochiam uenimus*», confiesa Amiano en XXV, 10, 1. Durante los años siguientes, visitó Egipto, Grecia y, quizás, los Balcanes (Barnes, 1998); es probable que aprovechara para completar su formación y mejorar su latín. Entre 378 y 380, se instaló en la ciudad de Roma para escribir las *Res gestae* (Blockley, 1975).

¹⁰⁹ A ocho de ellos, de hecho, los conocemos porque fueron compañeros de armas de Amiano, si bien Romano, Vicencio y Equitio permanecen sin identificar. De los otros cinco, Herculano era hijo de Hermógenes, *magister equitum* linchado por la plebe constantinopolitana tras la fallida detención del obispo Paulo en 342 d. E.; otro era el futuro emperador Joviano, hijo de Veriniano, tribuno y *comes domesticorum*; también los hermanos Valentíniano y Valente, hijos de Graciano, *comes rei militaris* en Britania; y Masaucio, hijo de Crecio, *comes rei militaris* en África (Barnes, 1998). Aunque la identificación del padre de Amiano con un cierto Marcelino, *comes Orientis* en 349, propuesta por J. Gimazane se encuentre hoy desmantelada (Camus, 1967), se admitirán las palabras de Barnes (1998, p. 59): «To be a *protector domesticus* at such an early age, Ammianus must surely have belonged to a family of high status».

¹¹⁰ Amm. XIV, 9, 1: «Entre esta variedad de desastres, se hizo venir a Ursicino desde Nísibe, cuya custodia tenía; una orden imperial nos puso bajo su mando».

¹¹¹ Amm. XV, 5, 22: «Después de que las cosas se dispusieran así, inmediatamente se le ordenó partir [*a Ursicino] proporcionándole diez tribunos y protectores, según había solicitado, para asistirle en lo que requiriera su encargo oficial; entre ellos, estaba también yo con mi colega Veriniano».

Corría el año 1968 cuando Sir Ronald Syme, uno de los grandes historiadores de la Antigüedad Clásica, afirmó tajantemente: «Nobody can resist Ammianus Marcellinus» (Drijvers y Hunt, en Drijvers y Hunt, 1999). El propio Syme había cincelado aquella sentencia cercana al eslogan publicitario en un trabajo comparativo sobre Amiano y la *Historia Augusta*. Hacia 1982, un estudio bibliográfico cifraba en 384 los títulos centrados en la figura de Amiano; en los albores del presente siglo, son ya más de mil (Drijvers y Hunt, en Drijvers y Hunt, 1999; Castillo García, Alonso del Real Montes y Sánchez Óstiz Gutiérrez, 2010). Definitivamente, nadie puede resistirse a Amiano Marcellino.

No siempre fue así. Desde el siglo XVIII, Amiano fue tenido como falsario y relegado al mero oficio de compilador de fuentes según los parámetros de un debate que insistía en «aquel noble sueño» de la objetividad, por seguir la terminología de Peter Novick. Esta percepción continuó prácticamente incólume hasta mediados del siglo XX.¹¹² En cierto sentido, la rehabilitación de Amiano fue emprendida por Edward Gibbon a finales del siglo XVIII, quien alabó su imparcialidad en los términos propios del naciente historicismo. Con todo, fue necesario esperar hasta 1889 para contar con la primera síntesis de calidad sobre nuestro historiador: *Ammien Marcellin, sa vie et son œuvre*, de J. Gimazane. A ella siguió el libro igualmente fundamental de W. Ensslin, *Zur Geschichtsschreibung und Weltanschauung des Ammianus Marcellinus* (1923). Junto a Gimazane y Ensslin podemos situar los *Ammianeia* (1936) de J. B. Pighi y, sobre todo, *The Historical Work of Ammianus Marcellinus* (1947), de E. A. Thompson. De todos modos, aún en ese mismo año, M. L. W. Laistner denunciaba el olvido con que la historiografía moderna estaba castigando a Amiano (Sabbah, 1978; Drijvers y Hunt, en Drijvers y Hunt, 1999). ¿A qué podía responder este olvido intencionado?

La transmisión de las *Res gestae* adolece de los traumas que podemos hallar en cualquiera de las obras legadas por los antiguos. Se ha conservado en dieciséis manuscritos, catorce de los cuales datan del siglo XV y son copias de los dos más arcaicos. El más vetusto de los dos es el *Codex Hersfeldensis*. Fechado en torno al siglo IX, se perdió en 1534, reapareciendo en Marburgo el año 1875; otros tres fragmentos fueron hallados en Kassel en 1986. El *Codex Fulensis*, por su parte, fue compuesto entre los

¹¹² La Quellenforschung examinó pasajes concretos, como la expedición de Juliano a Persia (H. Hecker, 1870), pero también la totalidad de la obra (O. Seeck, 1906). Disputó sobre la presencia de tal o cual autor en éste o aquel pasaje e, incluso, llegó a reconstruir de manera hipotética la obra de Magno de Carras a partir de Amiano, tal y como hizo W. Klein en 1914. El resultado más dañino de estas indagaciones fue que Amiano quedó vaciado de personalidad (Sabbah, 1978).

siglos IX y X, siendo descubierto por P. Bracciolini en 1417 (Drijvers, en Drijvers y Hunt, 1999).

Tampoco es que el humanismo descuidara la edición de la obra amianeña. La *editio princeps* salió a la luz en 1474 y, a finales del siglo XVII, eran ya quince las ediciones de las *Res gestae*, a las que se sumaron otras dos a lo largo del XVIII. La de Wagner y Erfurdt (1808) se mantuvo vigente durante todo el siglo XIX; la de Clark (1910-1915) sigue siendo fundamental; la nueva edición de Teubner arribó en 1978, a cargo de W. Seyfarth. Los comentarios de Henri de Valois, “Valesius”, fueron compuestos entre 1603 y 1676, y añadidos a la edición de 1808. Funcionaron como los comentarios de referencia hasta que P. de Jonge, junto con sus colaboradores de la Universidad de Groninga, inició la magnífica serie de los *Philological and Historical Commentary on Ammianus Marcellinus* en 1930 (Drijvers y Hunt, en Drijvers y Hunt, 1999).

En sus orígenes, las *Res gestae* constituían una historia del imperio romano entre los años 96 y 378 escrita en treinta y un libros. Pues bien, los libros I-XIII, que narrarían acontecimientos entre 96 y 353, se han perdido; sólo han llegado hasta nosotros los libros XIV-XXXI, que relatan los sucesos acaecidos entre 353 y 378 (Sabbah, 1978; Ídem, en Marasco, 2003). Una obra histórica en treinta y un libros de los cuales hemos conservado dieciocho. Tal es, a día de hoy, la hipótesis hegemónica en el seno de la comunidad académica.¹¹³

¿Cuándo fueron escritas y publicadas las *Res gestae*? Los especialistas suelen aceptar una ruptura tras la batalla de Adrianópolis en 378. La terrible derrota sufrida por el ejército romano, habría conducido a Amiano a dejar las armas, retirándose a la Ciudad para comenzar la redacción de las *Res gestae*. Sabbah (en Marasco, 2003) introduce

¹¹³ Pero no la única. La desproporción cronológica despertó la curiosidad de la crítica desde siempre. Barnes (1998) recuerda la enorme importancia de la proporción en la literatura antigua. La relevancia de la proporción en la estructura de una obra, a su vez, fue establecida por C. Wachsmuth en 1895, quien señaló como sistemas más corrientes la pétanda, la héxada y la década. Treinta y uno es un número anómalo, más aún si tenemos en cuenta que los dieciocho libros conservados poseen una estructura hexádica (XIV-XIX; XX-XXV; XXVI-XXXI) y que las dos primeras héxadas pueden dividirse en unidades temáticas de dos en dos. Por todo ello, Wachsmuth, siguiendo a von Gutschmid, planteó la hipótesis de que, originalmente, las *Res gestae* comprenderían treinta y dos libros en lugar de treinta y uno. Barnes, en cambio, propone treinta y seis libros (1998, p. 31): «[...] The extant books XIV-XXXI were originally numbered XIX-XXXVI, so that the first eighteen books of the *Res Gestae* have been lost, and the second eighteen books have survived». Para Barnes, este proceso de pérdida y alteración se habría producido ya en el siglo VI d. E. Acude para ello al gramático Prisciano, quien cita un pasaje de Amiano para ilustrar un fenómeno lingüístico típicamente amianeño. La cita procede del libro XIV, y Prisciano siempre suele extraer sus citas del primer libro de cualquier obra. La conclusión, por lo tanto, es que Prisciano no conoceía los otros libros: la mitad de la obra de Amiano podría haberse perdido una centuria después de su publicación. Otros especialistas han sugerido la redacción de dos obras por Amiano: la primera se habría perdido enteramente, mientras que, de la segunda, se habrían salvado los dieciocho libros correspondientes a la segunda parte (Sabbah, 1978).

una variante interesante, y concibe la obra de Amiano como el proyecto de toda una vida. En efecto, nuestro historiador habría reunido, durante sus años de servicio militar, un conjunto de experiencias personales, anotaciones, testimonios, documentos y conocimientos de índole diversa. Alcanzada la madurez, se dispondría a confeccionar una suerte de memorias —*úπόμνεματα, comentarii*— género muy en boga, cultivado por contemporáneos como Magno de Carras, Flavio Eutiquiano o Seleuco de Filagro. Estas memorias, empero, desembocaron en una especie de panegírico consagrado a la gloria del emperador Juliano y, finalmente, en una historia global del imperio romano. La obra estaría perfilada entre los años 383-398. Parece que el libro XIV es posterior a la hambruna del año 383 (Camus, 1967); los libros XXVI-XXVIII, al año 390 (Thompson, 1947). Los libros XXIX-XXXI fueron redactados entre los años 392-398 (Maenchen-Helfen, 1955). Afinar más resulta imprudente.

Los libros perdidos se llevaron consigo el carácter programático del prólogo. La gravedad del asunto fue señalada por Sabbah (1978). El prólogo, un recurso característico de la historiografía antigua, por lo general constaba de tres elementos ligados con mejor o peor habilidad: presentación del autor, presentación del objeto de estudio, presentación del ideal historiográfico. Sin el prólogo, no tenemos autor, no tenemos objeto de estudio, no tenemos ideal historiográfico. Más allá de otras referencias internas y dispersas, el lugar clásico a la hora de reconstruir el prólogo perdido de Amiano es, paradójicamente, el epílogo de las *Res gestae*.

En XXXI, 16, 9, Amiano se presenta como soldado y griego, «*ut miles quondam et Graecus*». ¿Qué pretendía expresar Amiano por medio de esta frase? Para Sabbah (1978), no tanto una declaración de modestia cuanto una afirmación de independencia profesional e individualidad: el historiador garantizó la verdad de su relato como antiguo soldado que todavía conservaba tanto el sentido de la disciplina cuanto el respeto por la jerarquía y el *sacramentum*; por otro lado, se enorgulleció de haber recibido una educación a la griega.¹¹⁴

¹¹⁴ Blockley incide en la cuestión de la individualidad (1975, p. 17): «To me [...] the words taken together suggest the individuality of the writer and his work –a Greek writing a history of Rome, at Rome, in Latin; a man from the profession of arms, closed to the senatorial order, writing a history for them. Another paradox underlines the individuality –the Greek as a soldier, a man with an education which cultured Romans still admired in a barbarian, uneducated profession; a man from a race scorned by the Romans as weak and degenerate in a profession traditionally of strength and courage». Stoian (1967) y Barnes (1998), en cambio, consideran el etnónimo ‘*Graecus*’ como sinónimo de «pagano» y como una declaración en crudo de su alineación religiosa. En opinión de Heyen (1968), la frase resalta el ideal político del autor, encarnado en Juliano a lo largo de las *Res gestae*. Ensslin y Schanz vieron en ella una simple referencia étnica, mientras que, para Naudé, la frase contrapone el modelo romano de una historia “nacional”

El epílogo informa igualmente del objeto de estudio —una historia del imperio romano entre Nerva y Valente— y, lo que es más importante, nos coloca en la pista del ideal historiográfico de Marcelino. Amiano escogió un modelo de historia seria, secular y moralista, en la línea de Tucídides y Salustio, que le impidió realizar concesiones al paganismo o al cristianismo. Su bagaje personal como hombre de acción lo alejó de historiadores de salón del tipo de Timeo y lo aproximó a Polibio, si bien su referente más obvio fue Tácito (Sabbah, en Marasco, 2003).¹¹⁵

A lo largo de toda la obra, Amiano mantuvo los preceptos de la historiografía clásica del siglo IV d. E., guiándose por un ideal de verdad (*ueritas*) y por una creencia en la dignidad de la historia, fundamentando su relato a través de pruebas que procesó mediante una «conciencia historiográfica» profunda (Sabbah, 1978). Amiano recabó y seleccionó críticamente una gran variedad de materiales con los cuales elaborar su obra: desde obras historiográficas anteriores hasta documentos oficiales, pasando por informes orales de personajes potentados.¹¹⁶ Las pruebas esgrimidas se refuerzan con el empleo de la primera persona del plural y el concepto de '*fides*', que aparece casi un centenar de veces a lo largo de las *Res gestae* y entraña con el griego πιθανότης. La *fides* amiana tiende un puente con el interlocutor y reviste la narración de elocuencia y verosimilitud. Poner en duda la primera persona del autor equivaldría a destruir su honestidad profesional y romper el pacto de confianza que escritor y lector han sellado (Sabbah, 1978). En consonancia con todo lo anterior, fueron los grandes hechos, la gran historia política y militar, los que interesaron a Amiano; pero no todos los hechos políticos y militares, sino los que conllevaron unos resultados importantes y, por ello, merecían la pena ser recordados (Sabbah, 1978).¹¹⁷

a la historia universal que pretendía escribir Amiano. Otros autores, incluso, han sugerido que se trata de una excusa por las deficiencias de su latín (Stoain, 1967).

¹¹⁵ La sombra de Tácito se proyecta incluso sobre el estilo de ciertos pasajes como Amm. XVIII, 2, 15: «En cuanto pisaron tierras de reyes enemigos, pasándolo todo a saco y fuego, avanzaron valientemente a través de territorio rebelde. Después de incendiar las cercas de las frágiles casas, de pasar a cuchillo a una gran cantidad de gente, de ver a muchos caer y a otros suplicar, llegaron a la región llamada Capelaci o Palas». Compárese con Tac. Ann. I, 51, donde Germánico expía la sedición de las legiones llevando la devastación y la matanza a tierras de bárbaros.

¹¹⁶ Una detalladísima y razonada relación de las fuentes manejadas por Amiano puede consultarse en Sabbah, 1978, pp. 115-372. En cuanto a la cuestión de las fuentes para los libros perdidos, Rohrbacher (2006) recuerda que Amiano fue, ante todo, un historiador contemporáneo. Las fuentes manejadas para su relato de los siglos I-III debieron de ser poco numerosas: acaso Mario Máximo hasta Helagábal (218-222), la *Kaisergeschichte* hasta el año 357 y «material antioqueno» de carácter oral para los hechos de la primera mitad del siglo III, más próximos en el tiempo (Rohrbacher, 2006, p. 121).

¹¹⁷ Amm. XIV, 6, 26: «Y es en gran medida admirable el ver a una plebe incontable, como si un cierto ardor penetrara en sus mentes, pendiente del resultado de una carrera de caballos. Estas cosas y otras similares no permiten que en Roma se haga nada serio ni digno de memoria [*Haec similiaque memorabile nihil uel serium agi Romae permittunt*]». En XVII, 11, 5, dice Amiano que la administración de Julio

El estilo literario de Amiano es abigarrado, ambiguo, hechizante. Para Erich Auerbach (1983), Amiano forma parte de la tradición literaria que, observando desde las alturas, amordaza e inmoviliza a sus personajes hasta generar un clima de fantasmagoría y teatralidad plástica. El estilo de Amiano es, por su sintaxis, por su colocación de los sustantivos audaz y por su adjetivación ampulosa, el de un «extraño barroquismo» (Auerbach, 1983, p. 55; Blockley, 1988).¹¹⁸

La estructuración de la obra, más allá de la proporcionalidad que pueda esconder, empuja en la misma dirección. La variedad de recursos engendra desconcierto y ansiedad en el lector, que deambula, perdido, entre Oriente y Occidente, entre hechos civiles y gestas militares, entre fortaleza y debilidad, entre virtud y vicio. Al lado de estos contrastes, Amiano dispuso una línea estructural de tipo más personal, una línea que aumenta en oscuridad y pesimismo desde la victoria en Estrasburgo (357) al desastre final de Adrianópolis (378), una línea que teje el clímax negativo de la obra hasta erigir «the descending arc of the *Res gestae*» (Sabbah, en Marasco, 2003, p. 58). Y, sin embargo, Amiano todavía reservó espacios donde aplicar pinzeladas de un realismo peculiar, sobre todo a partir de la invasión del rey persa Sapor en XVIII, 6 y la caída de Amida en XIX, 8, episodios ambos en los que nuestro historiador participó como testigo directo.¹¹⁹

Baso, prefecto de la Ciudad muerto el 25 de agosto de 359, «había sido perturbada por violentos levantamientos y no tuvo nada de memorable, digno de ser narrado [*nec memorabile quicquam habuit, quod narrari sit dignum*]». En cambio, Amiano sí consideró digno de ser narrado este hecho anecdótico: «Michón, un ciudadano noble y poderoso [*nobilis oppidanus et potens*] que fue capturado [*por los austrianos] en un suburbio, escapó antes de ser encadenado y, al ver que no podía huir con facilidad debido a una dolencia en los pies, se arrojó a un pozo vacío donde se rompió una costilla. Los bárbaros lo sacaron de allí, lo condujeron ante las puertas, donde lo soltaron ante las súplicas de su esposa, y lo elevaron con una cuerda hasta las almenas, aunque murió dos días después» (Amm. XXVIII, 6, 14).

¹¹⁸ Amm. XIV, 1, 1: «Apenas terminadas las insufribles vicisitudes de la expedición, los débiles ánimos de los que habían tomado parte, quebrantados por la variedad de riesgos y trabajos soportados, cuando aún no se había acallado el sonido de las trompetas ni los soldados se habían acomodado en los cuarteles de invierno, se vieron invadidos por otras procelosas tempestades de la cruel fortuna en los asuntos públicos, provocados por los múltiples y crueles crímenes del César Galo, que [...].»

¹¹⁹ Encontramos pasajes verdaderamente cinematográficos como éste de XVIII, 6, 10: «Vimos llorando en medio de la cuneta un niño bien parecido, que supusimos de unos ocho años, con un collar e hijo de buena familia, según decía. Su madre, aturdida por el espanto, lo había abandonado enloquecida por el terror, al huir angustiada de los enemigos que se acercaban. Siguiendo órdenes del general, que se apiadó commovido, lo condujo a la ciudad llevándolo montado en el caballo delante de mí. Mientras tanto, los saqueadores vagaban a sus anchas, después de haber rodeado de una empalizada el perímetro de las murallas. Y, puesto que me aterraban los horrores de un asedio, tras introducir al niño a través de un postigo medio abierto, me dirigí de nuevo veloz y muerto de miedo hacia nuestro destacamento». Considérese igualmente Amm. XVIII, 8, 12: «Mezclados allí con los persas, que subían corriendo a la vez que nosotros, permanecimos de pie inmóviles hasta el día siguiente, tan apiñados que los cuerpos de los caídos apenas podían encontrar espacio para caer por la cantidad de muertos, hasta el punto de que, delante de mí, un soldado se mantuvo tieso como una estaca rodeado por todas partes, aunque tenía la cabeza abierta en dos mitades de un fortísimo golpe de espada».

Junto al *crescendo* situado entre Estrasburgo y Adrianópolis, la unidad de las *Res gestae* viene dada por una «visión trágica» de la historia, consecuencia de la tensión entre lo ideal y lo real, entre la realidad y el deseo (Lana, en Garelli-François, 1998). Amiano es un patriota de moral republicana que hace gala de un estricto código ético y todavía conserva la fe en una Roma Eterna.¹²⁰

En el elogio fúnebre de Juliano, Amiano atribuye al malogrado emperador cuatro virtudes fundamentales: moderación (*temperantia*), previsión (*prudentia*), justicia (*iustitia*) y valentía (*fortitudo*).¹²¹ A ellas añade otras cuatro: conocimiento militar, autoridad, fortuna y liberalidad (Amm. XXV, 4, 1-15). A lo largo de todas sus campañas militares, Juliano destaca por su previsión, pragmatismo y resolución. Encabeza marchas bien organizadas y protegidas, constantes pero intercaladas con descansos; repara las fortificaciones de las ciudades, dirige ataques demoledores y efectivos, es benevolente cuando la ocasión así lo requiere y, en resumen, toma siempre «la decisión correcta en el sentido adecuado» y el momento oportuno (Amm. XVI, 12, 12). El proceder de Juliano eleva la moral de la tropa, cosecha grandes éxitos y puede comprobarse en numerosos pasajes de las *Res gestae*.¹²² Pero Juliano no sólo es un militar excepcional, sino también un buen gobernante. El buen gobierno viene marcado por su política económica y su sentido de la justicia. Juliano es un gobernante magnánimo y liberal, en el sentido de que reduce impuestos a los provinciales y elimina indulgencias tributarias (Amm. XVI, 5, 13-15). Por ello, se le confía la directa administración de la Bélgica Segunda (Amm. XVII, 3). Juliano, además, dirime los litigios en persona con benignidad y discierne de modo inflexible lo justo de lo injusto (Amm. XVI, 5, 13; XVIII, 1, 2).

Este gobernante excepcional, igual a Trajano, Antonio Pío y Marco Aurelio, este emperador cuyo nombre merecería figurar en el panteón de los héroes, murió abruptamente en junio del año 363 en tierras persas. Por desgracia para nuestro historiador, la realidad dicta su ley, y el bárbaro es protagonista indiscutible en el brusco despertar de Amiano.

¹²⁰ Su sistema de valores puede reconstruirse analizando los *exempla* que selecciona, así como los discursos de investidura y arengas militares que pone en boca de los emperadores.

¹²¹ En el siglo I a. E., Cicerón había hablado de *virtus*, *clementia*, *iustitia* y *pietas* en *De Officis* I, 5, 15 (Camus, 1967).

¹²² Amm. XVI, 3; XVI, 4; XVI, 11, 5; XVI, 11, 11; XVI, 12, 8; XVI, 12, 9-12; XVII, 8; XVII, 9, 1-2; XVIII, 2, 1-3

EL BÁRBARO DE AMIANO MARCELINO: TRADICIÓN E INNOVACIÓN

En el siglo IV, la categoría de bárbaro hacía referencia a una realidad espacial y cultural considerada desde un punto de vista etnocéntrico (Chauvot, 1998). El bárbaro del siglo IV fue, ante todo, un bárbaro «movilizado» (Del Real, 1972, p. 42), un bárbaro que portaba la destrucción y la muerte al interior de Roma. Por ello, el Orbe Romano se contrapuso al territorio de los bárbaros (*Barbaricum*) y Romania se opuso a Gotia.¹²³ El aspecto físico de los pueblos continuó supeditándose a los marcadores culturales y, muy especialmente, a las formas de organización política como elemento definitorio de la civilización o la barbarie (Chauvot, 1998).

Amiano sólo llama bárbaros directamente a dos pueblos en todas las *Res gestae*: a los letos y a los austorianos.¹²⁴ Sin mencionar el etnónimo y a través de términos variados —*barbaria*, *Barbaricum*, *barbaricus*, *barbarus*— Amiano amplía considerablemente la nómina de pueblos bárbaros, que incluye a alamanes, alanos, britanos, cuados, francos, godos, persas, sajones y sármatas, amén de otros pueblos germanos y moros.¹²⁵

¹²³ ‘*Barbaricum*’ se atestigua epigráficamente en una inscripción de los años 224/227 y, bajo Constantino (306-337), se introdujo en el lenguaje jurídico (Sarnowski, 1991; Chauvot, 1998). ‘Romania’ (Ῥωμανία) es un término de extracción popular que fue insertado en el latín literario por Atanasio de Alejandría hacia 330 (Paris, 1872; Zeiller, 1929).

¹²⁴ Amm. XVI, 11, 4: «Los letos, pueblo bárbaro [*barbari*] experto en saqueos nada complicados». Amm. XXVIII, 6, 2: «Los austorianos son unos bárbaros [*barbari*]». En realidad, los letos eran sármatas, suevos y francos encuadrados en unidades tribales de Galias e Italia (Jones, 1964 II).

¹²⁵ A los alamanes: Amm. XIV, 10, 9; XV, 4, 1; XV, 4, 7; XVI, 2, 1; XVI, 2, 2; XVI, 2, 6; XVI, 2, 7; XVI, 2, 12; XVI, 4, 2; XVI, 5, 16; XVI, 7, 3 (por Amm. XVI, 4); XVI, 10, 11; XVI, 11, 8; XVII, 1, 2; XVII, 1, 3; XVII, 1, 5; XVII, 1, 11; XXI, 3, 3; XXI, 4, 7; XXVII, 1, 6; XXVII, 2, 1; XXVII, 2, 8; XXVII, 2, 14; XXVII, 10, 13; XXVIII, 2, 1 (por Amm. XXVIII, 2, 6, y 8); XXVIII, 2, 2; XVIII, 2, 8; XXVII, 10, 3; XXVII, 10, 7; XXVII, 10, 8; XXVIII, 2, 1 (por Amm. XXVIII, 2, 6 y 8); XXVIII, 2, 5; XXVIII, 2, 14; XXIX, 4, 1; XXX, 3, 2; XXX, 3, 5; XXXI, 10, 9; XXXI, 10, 15; y XXXI, 10, 20. A los alanos: Amm. XXXI, 2, 23. A los britanos: Amm. XXVII, 8, 1 (pictos, atacotes y escoceses); XXVIII, 3, 1; y XXVIII, 3, 8. A los cuados: Amm. XXIX, 6, 1; XXIX, 6, 12 (junto a los sármatas); XXX, 5, 2; y XXX, 5, 13. A los francos: Amm. XV, 5, 15; XVII, 2, 2; XVII, 8, 2 (francos salios, por Amm. XVII, 8, 3); XVII, 9, 1; XVII, 12, 4; y XX, 8, 16 (francos attuarios, por Amm. XX, 10, 2). A los godos: Amm. XXI, 4, 9; XXVI, 6, 11; XXVII, 5, 6; XXXI, 3, 8; XXXI, 4, 2; XXXI, 4, 6; XXXI, 4, 11; XXXI, 5, 5; XXXI, 5, 9; XXXI, 7, 1; XXXI, 7, 2; XXXI, 7, 3; XXXI, 7, 5; XXXI, 7, 10; XXXI, 7, 11; XXXI, 7, 12; XXXI, 8, 1; XXXI, 8, 4; XXXI, 8, 9; XXXI, 11, 2; XXXI, 12, 3; XXXI, 12, 6; XXXI, 12, 11; XXXI, 12, 12; XXXI, 13, 3; XXXI, 13, 4; XXXI, 13, 7; XXXI, 13, 16; XXXI, 13, 10; XXXI, 15, 4; XXXI, 15, 10; XXXI, 16, 5 (junto a hunos y alanos); y XXXI, 16, 6. Persas: Amm. XXIII, 5, 2. Pueblos germanos: Amm. XV, 5, 4; XV, 8, 1; XV, 8, 6; XV, 8, 9; XV, 11, 8; XVI, 1, 1; XVI, 5, 14; XVI, 11, 4; XVI, 11, 10; XVI, 11, 11; XVI, 12, 2; XVI, 12, 3; XVI, 12, 8; XVI, 12, 14; XVI, 12, 15; XVI, 12, 17; XVI, 12, 31; XVI, 12, 34; XVI, 12, 37; XVI, 12, 44; XVI, 12, 48; XVI, 12, 50; XVI, 12, 52; XVI, 12, 54; XVI, 12, 57; XVI, 12, 61; XVI, 12, 70; XVII, 5, 1; XVII, 10, 9; XVIII, 2, 5; XVIII, 2, 18; XX, 4, 1; XX, 4, 4 (hérulos, bátavos y celtas petulantes, por Amm. XX, 4, 2); XX, 4, 6 (hérulos, bátavos y celtas petulantes); XX, 4, 7; XX, 8, 13; XX, 9, 7; XX, 10, 3; XXI, 9, 1; XXI, 12, 25; XXII, 7, 7; XXV, 4, 25; XXVI, 5, 12; XXVI, 7, 5 (quizás sármatas, cuados o godos, por Amm. XXVI, 4, 5); XXIX, 4, 7; XXX, 10, 3; y XXXI, 5, 16. Pueblos moros: Amm. XXVII, 9, 1; XXVIII, 6, 5; XXVIII, 6, 10; XXVIII, 6, 14; XXIX, 5, 12; XXIX, 5, 18; XXIX, 5, 30; XXIX, 5, 37; XXIX, 5, 39 (quizás los etíopes junto a ellos); XXIX, 5, 47; XXIX, 5, 50; XXIX, 5, 51; y XXX, 8, 12 (por Amm. XXVII, 9, 2). A los sajones: Amm. XXVIII, 5, 3; y XXVIII, 5, 6.

Para Amiano, al menos terminológicamente, la barbarie es germana y septentrional. En cuanto a los persas, es inexacto afirmar que Amiano no los considerara un pueblo bárbaro, como han querido ver, entre otros, Chauvot (1998) y Guzmán Armario (2006). Aunque de manera indirecta, nuestro historiador sí llama bárbaros a los persas en un pasaje (Amm. XXIII, 5, 2):

«Puesto que, anteriormente, [*Cercusio] era insignificante e insegura, Diocleciano la rodeó con murallas reforzadas y torres, porque había organizado nuestras fronteras internas hasta el mismo territorio bárbaro, de modo que los persas no anduvieran libremente por Siria tal y como había acontecido varios años atrás con grandes quebrantos para las provincias» [Traducción propia].¹²⁶

El hecho de que sólo aparezca una referencia indirecta en todas las *Res gestae* catalogando a los persas como bárbaros no debe llevar al equívoco: ¿alguien pone en duda que los hunos constituían el paradigma de la barbarie a los ojos de Amiano? Y, sin embargo, sólo una vez los califica indirectamente como bárbaros junto a los godos y los alanos.¹²⁷ ¿Es que los alanos no eran un pueblo bárbaro para Amiano? Pero sólo en una ocasión, también indirectamente, son designados como tal.¹²⁸ Finalmente, la descripción de alanos, hunos y persas se realiza a partir del campo semántico de la barbarie. Los persas, rivales de Roma en Oriente desde el siglo I a. E. y responsables de la muerte del héroe Juliano, eran bárbaros para Amiano. Otra cosa es si esta referencia aislada se debe a la propia dinámica de las *Res gestae* —insisto: sólo letos y austorianos son designados *barbari* sin rodeos—, a que resultara innecesario llamar bárbaros a los persas o a que Amiano deseara relativizar la derrota de Juliano.

Por lo demás, el bárbaro de Amiano Marcelino comparte las características generales de la época, si bien es fruto de la ideología y experiencias personales del autor,

A los sármatas: Amm. XVII, 2, 3; XVII, 3, 4; XVII, 12, 6; XVII, 12, 18; XVII, 12, 21; XVII, 13, 10; XVII, 13, 11; XVII, 13, 13; XVII, 13, 30; XIX, 11, 4; XIX, 11, 8; XIX, 11, 10; XIX, 11, 13; XIX, 11, 14; y XXIX, 6, 12 (junto a los cuadros). Los términos se utilizan en genérico en Amm. XV, 4, 3; XV, 11, 1; XXI, 10, 8; XXII, 9, 1; XXIV, 3, 4; XXVI, 7, 17; y XXVII, 4, 9. En Amm. XVIII, 9, 4, se hace referencia a una unidad militar de arqueros a caballo integrada por nobles bárbaros, quizás armenios (Sabbah, 1970, p. 207, n. 220). Me ha resultado imposible establecer la filiación étnica del asesino bárbaro que aparece en Amm. XXX, 1, 20. En Amm. XXI, 1, 13, pervive todavía el sentido lingüístico primigenio: «También a veces un gramático comete incorrecciones al hablar [*quod et grammaticus loquuntur interdum est barbarus*]».

¹²⁶ «*Quod Diocletianus exiguum antehac et suspectum, muris turribusque circumdedit cellis, cum in ipsis barbarorum confiniis interiores limites ordinaret, ne uagarentur per Syriam Persae, ita ut paucis ante annis cum magnis prouinciarum contigerat damnis*». Se refiere a eventos acaecidos entre los años 260 y 298 (Wagner-Erfurdt, 1808 III, p. 14, n. 2).

¹²⁷ Amm. XXXI, 16, 5: «[*Una tropa de sarracenos] al ver de repente a la masa de bárbaros [*congressurus barbarorum*] se dispusieron a la lucha».

¹²⁸ Amm. XXXI, 2, 23: «A la manera bárbara [*barbarico ritu*], clavan una espada desenvainada en el suelo y la veneran como su dios guerrero».

para quien el desastre de Adrianópolis en 378 supuso «la destrucción del mundo romano» [*Orbis Romani pernicies*] (Amm. XXXI, 4, 6).

El tono empleado contra el bárbaro es muy duro y peyorativo: Amiano despliega en su narrativa todo el potencial del prejuicio y del campo semántico de la barbarie. En general, el bárbaro aparece como un ser irracional, desmesurado, violento y cruel.¹²⁹ «[*Los sármatas], dudosos por la falta de claridad de sus mentes, vacilaban hacia diversas actitudes y, al mezclarse su feroz índole con su inestabilidad, al mismo tiempo trataban de combatir y de suplicar».¹³⁰ Cuando los odrises estaban en paz, «ellos mismos, en banquetes en los que se saciaban de comida y de bebida, se clavaban sus espadas como si se trataran de enemigos» (Amm. XXVII, 4, 9).

A tenor de lo dicho, no debe extrañar que Amiano haga uso de la animalización con bastante frecuencia. Salvo contadas excepciones, la animalización en Amiano lleva siempre matices negativos (Blockley, 1975). El bárbaro, convertido en animal, es una alimaña que se rige por el instinto y se avalanza sobre el redil romano sin valorar ni siquiera su propia integridad (Guzmán Armario, 2006).¹³¹

¹²⁹ Amm. XIV, 3, 1: los quionitas y guilanitas son pueblos salvajes de mentalidad inestable [*ferocissimas gentes mente uersabili*]; Amm. XVI, 5, 16-17, donde se habla de *barbarica rabies*; Amm. XVI, 12, 36: los alamanes, más salvajes de lo habitual y con chispas de delirio [*furor*] en sus ojos; Amm. XVII, 1, 3: imprevisión del bárbaro; Amm. XVII, 11, 13: los persas, un pueblo audaz e insolente; Amm. XVII, 13, 7, sobre la inestabilidad mental de los sármatas; Amm. XVII, 13, 23, sobre la fiereza innata de los sármatas; Amm. XVIII, 6, 18: el rey de los persas es irritable y cruel por naturaleza [*ingenio irritabilis et asperimus*]; Amm. XX, 1, 1: los alamanes destacan por su残酷, y los pictos y escoceses son pueblos salvajes [*gentium ferarum*]; Amm. XX, 4, 6, sobre la ferocidad de los bárbaros; Amm. XX, 5, 4: los alamanes son indómitos; Amm. XX, 6, 1: el rey de los persas es *truculentus*; Amm. XX, 7, 5: los persas, *funesta gens*; Amm. XX, 10, 2: los fracos attones, un pueblo inquieto y orgulloso; Amm. XXI, 7, 6: el rey de los persas es orgulloso; Amm. XXI, 11, 2: los germanos, enemigos persistentes y crueles; Amm. XXI, 13, 4: los persas son el pueblo más falaz; Amm. XXII, 5, 19: los persas son una *natio molestissima*; Amm. XXVI, 4-5: diversos pueblos son tildados de muy sanguinarios [*gentes saeuissimae*]; Amm. XXVI, 5, 7: los alamanes son crueles; Amm. XXVII, 10, 13: los alamanes son «bárbaros fieros e imprudentes» [*feroces sed incauti barbari*]; Amm. XXVIII, 5, 7: los sajones son *latrones*; Amm. XXVIII, 6, 5: sobre la insolencia de los austorianos, pueblo moro; Amm. XXVIII, 6, 15: los austorianos son «bandidos sanguinarios [*saeuissimi grassatores*]»; Amm. XXIX, 1, 1, donde se habla de la arrogancia del rey de los persas; Amm. XXIX, 5, 26: los mazicos, pueblo moro, belicoso y cruel; Amm. XXIX, 5, 41: los isafenses, bárbaros de furia sobrehumana; Amm. XXIX, 5, 44: los iesalentes, *gens fera*; Amm. XXX, 6, 2: *animos agrestes* de los cuados; Amm. XXXI, 12, 2, acerca de la soberbia y orgullo de los godos; Amm. XXXI, 15, 3-4 y 6: ferocidad de los godos [*ferocia, rabies, ferocientes*]; Amm. XXXI, 16, 3: hunos y alanos, belicosos y valientes en demasía.

¹³⁰ Amm. XVII, 13, 7: «*Sed fluctuantes ambiguitate mentium in diuersa rapiebantur, et furori mixta uersutia, temptabant cum precibus proelium*».

¹³¹ Amm. XVI, 5, 16-17: «[...] La furia bárbara [*barbarica rabies*] se había inflamado de nuevo hasta el extremo. Así como los animales salvajes [*Utque bestiae*], acostumbrados a vivir de rapiñas por el descuido de los vigilantes [*custodium*], no se ahuyentan ni siquiera con el cambio de estos y su reemplazo por otros más fuertes, sino que, acuciados por el hambre [*tumescentes inedia*], sin mirar por su vida se lanzan sobre ganados y rebaños, así también ellos, después de consumir todo lo que habían robado, con el acicate del hambre [*fame urgente*], unas veces conseguían su presa, otras sucumbían antes de tocarla siquiera».

La animalización es un lugar común de la literatura greco-romana, igual que la distinción entre un «polo frío» y un «polo caliente» de la barbarie. Para Amiano, los pueblos tauros, entre los que se encontraban aricos, sincos y napeos, sacrificaban víctimas humanas y clavaban «las cabezas de los cadáveres en las paredes de sus templos como recuerdo eterno de sus hazañas gloriosas» (Amm. XXII, 8, 33-34). Los escordiscos también efectuaban sacrificios humanos, pero utilizaban los cráneos vaciados no como trofeo, sino como recipientes de los que beber sangre (Amm. XXVII, 4, 4). Los persas, en cambio, eran afeminados, astutos, fanfarrones y excelentes luchadores a distancia.¹³²

Junto a la animalización y la estereotipación negativa, Amiano cultiva, en menor medida, el tópico del “buen salvaje”. El bárbaro aparece entonces como un dechado de virtudes frente a una Roma devorada por la degeneración moral y la corrupción (Fontaine, 1987, p. 108, n. 235). Los persas, por ejemplo, «evitan como si fuera una peste el refinamiento y el lujo de los banquetes y, sobre todo, la ebriedad» (Amm. XXIII, 6, 76). Los belgas, a diferencia de los aquitanos, conservaron intactas sus virtudes naturales merced a la sencillez de sus costumbres (Amm. XV, 11, 4-5):

«Los antiguos tenían a los belgas por los más esforzados [*fortissimi*], y eso porque, muy alejados de la civilización [*ab humaniore cultu longe discreti*] y sin debilitarse [*effeminati*] por los atractivos llegados de fuera, se habían enfrentado largo tiempo con los germanos de la otra orilla del Rin. Los aquitanos, a cuyas costas, por ser cercanas y tranquilas, llegan las mercancías del extranjero, cayeron en la molicie de costumbres [*moribus ad mollitatem lapsis*] y fácilmente quedaron sometidos al poder de Roma».

«Un cierto Sandán, hombre opulento y noble llegado de Etiopía», fundó la ciudad de Tarso de Cilicia.¹³³ Finalmente, entre los iaxartas y galactófagos, gentes «casi aisladas por la excesiva dureza del terreno, hay algunas de carácter amable y piadoso» (Amm. XXIII, 6, 62).

La influencia del terreno en el carácter de los pueblos trae a colación la problemática del determinismo ambiental. En primer lugar, deberíamos constatar la presen-

¹³² Amm. XXIII, 6, 80: «*Ut effeminatos existimes, cum sint acerrimi bellatores, sed magis artifices quam fortes, eminusque terribiles, abundantes inanibus uerbis, insanumque loquentes et ferum, magnidici et graues ac taetri, minaces iuxta in aduersis rebus et prosperis. Callidi superbi crudeles, uitiae necisque potestatem in seruos et prebeios.*»

¹³³ Amm. XIV, 8, 3: «*Certe ex Aethiopia projectus Sandan quidam nomine uir opulentus et nobile.*» Sandán —Σάνδας, Δισανδάς, Σάνδης o Sandan— era una divinidad cilicia y capadoccia, asimilable al Marduk de los babilonios y muy venerada en Tarso. Diferentes tradiciones literarias la hacen venir de ámbito etíope, indio o iranio. En época romana, sufrió un proceso de sincretismo con Heracles (Augé, 1994).

cia de la teoría en las *Res gestae* para, a continuación, discernir si Amiano utilizó el determinismo ambiental conscientemente, esto es, como teoría justificativa de la inferioridad del bárbaro, o si, por el contrario, llevó a cabo un ejercicio de erudición para satisfacer a su audiencia. La cuestión se complica porque muchas de las digresiones etnográficas de Amiano arrastran materiales de autores pretéritos, generando estereotipos inmutables a lo largo de los siglos que, en opinión de Isaac (en Kahlos, 2011) deben vincularse a la teoría del determinismo ambiental.

Las observaciones sobre el clima jalonan diversos libros de las *Res gestae*. Así, Arabia Felix destaca por su clima agradable, exuberancia y tranquilidad (Amm. XXIII, 6, 45-47); en Sérica disfrutan de un «clima apacible y sano, el cielo es claro, el soplo de su brisa es muy agradable, tienen abundancia de bosques» (Amm. XXIII, 6, 67); y los sacas son un «pueblo fiero [*natio fera*] que habita lugares desolados, aptos tan solo para el ganado y, por tanto, sin ciudades» (Amm. XXIII, 6, 60). Las tres descripciones, empero, constituyen imágenes de carácter erudito.¹³⁴

A lo largo de XV, 4, 2-6, Amiano introduce una digresión sobre el río Rin y el Lago Constanza. El Rin es un río impetuoso, revuelto de torbellinos, discurriendo a través de una orografía escarpada y boscosa. Amiano llega a utilizar en esta descripción el sustantivo *discordia* (XV, 4, 4). La estampa dibujada es un buen ejemplo de barbarización del paisaje y, de hecho, para Wiebke Vergin, el Rin sería una metáfora de la violencia bárbara, mientras que el apacible Lago Constanza lo sería del imperio romano (Den Hengst, 2013; Sánchez-Ostiz, 2014). Por si fuera poco, en Amm. XV, 4, 7-13, se relatan los combates contra los alamanes lentienses y, en Amm. XV, 5, la usurpación del franco Silvano. Todo ello, sin embargo, son recursos retóricos, no ejemplos de determinismo ambiental.

Amm. XXVII, 4, 14 sí podría ofrecer un primer testimonio de determinismo ambiental basado en el hábitat y la dieta. El pasaje, que aparece en la digresión sobre Tracia, dice así:

«De acuerdo con numerosos rumores, casi toda la población rural que habita en las altas montañas nos aventaja por la salud de su cuerpo y por cierta prerrogativa de longevidad. Parece que esto se debe a que se abstienen de mezclar una excesiva cantidad de alimentos y no toman comidas calientes [...] Reafirman su cuerpo con rocío helado, respiran un aire purísimo y son los primeros en recibir los rayos del sol, que,

¹³⁴ En el caso de Arabia Felix, Amiano reproduce un tópico presente en los autores posteriores a la conquista de Alejandro Magno (Fontaine, 1987, pp. 94-95, n. 209); para Sérica, Amiano reproduce la información de Plinio y Solino (Feraco, 2004, pp. 254-255); para los sacas, recurre a Ptolomeo (Fontaine, 1987, p. 106, n. 232).

por sí mismos, generan vida, sobre todo cuando aún no han sido corrompidos por la acción humana».

Pero sucede que las líneas citadas adolecen de graves problemas de lectura y, al contrario que Isaac (en Kahlos, 2011), otros especialistas sólo ven en ellas un conjunto de consejos saludables dirigidos al lector (Marié, 1984, p. 248, n. 214).

La teoría del determinismo ambiental fue conocida por otros autores de la Antigüedad Tardía.¹³⁵ Que Amiano conocía la teoría parece claro por dos pasajes del libro XIX. Para explicar la peste propagada durante el asedio de Amida, observa Amiano (XIX, 4, 2):

«Los sabios y médicos más famosos nos han enseñado que el exceso de frío o de calor, de humedad o de sequedad, produce las pestes. Por eso, los que habitan en lugares pantanosos o húmedos sufren de tos, afecciones oculares y otros malestares semejantes; por el contrario, los que viven cerca de zonas calurosas, padecen con la ardienteza de las fiebres».

Guy Sabbah (1970, p. 210, n. 239) reconoce en este pasaje influencias del Corpus Hipocrático, Aristóteles, Plutarco, Oribaso y, quizás, Lucrecio. Un poco más adelante, Amiano inserta otro pequeño excuso científico en plena consonancia con la teoría de los humores que acaba de esbozar (Amm. XIX, 9, 9):

«Los cadáveres de los nuestros, nada más morir, se pudren y se descomponen, hasta el punto de que, al cuarto día, no se puede reconocer el rostro de ningún muerto; en cambio, los cuerpos de los persas se secan como si fueran estacas, hasta el punto de que no rezuman ni cuando sus miembros se descomponen ni cuando se extiende la purulencia, lo cual se debe a su estilo e vida más sobrio y a la tierra abrasada de calor en donde nacen [quod uita parcior facit, et ubi nascuntur exustae caloribus terrae]».

Ahora bien, ¿cuál es la razón de ser de estos pasajes? Sabemos que, en época de Amiano, los prontuarios médicos habían experimentado un gran auge de modo que, después de todo, quizás sólo estemos frente al producto de una moda pasajera (Castillo García, Alonso del Real Montes y Sánchez-Ostiz Gutiérrez, 2010, p. 349, n. 779). El segundo pasaje, además, posee un paralelo evidente en Heródoto.¹³⁶

¹³⁵ Así, Vegecio, *Epítoma rei militaris* 1, 2, que es un calco de Vitruvio, *Sobre la arquitectura* VI, 3-5, Cicerón, *Sobre la adivinación* II, 96-97 y Aristóteles Pol. I, 1252b4 (Isaac, en Kahlos, 2011; Kennedy, Sydnor Roy y Goldman, 2013).

¹³⁶ Hdt. III, 12, 1: «Y por cierto que, merced a algunas informaciones que me facilitaron los lugareños, pude observar un fenómeno muy curioso: los huesos de los que cayeron en aquella batalla se hallan apliados independientemente unos de otros (en efecto, en un lado yacen los huesos de los persas, y en otro los de los egipcios, tal como los separaron desde un principio); pues bien, mientras que los cráneos de los persas son tan blandos que puedes perforarlos con que se te antoje darles con un simple guijarro, los de

Por otro lado, ¿cuál es la relación del determinismo ambiental con las observaciones etnográficas de Amiano? El determinismo sí parece servir como teoría explicativa en la singladura de los aqueos (Amm. XXII, 8, 25):

«[*Los aqueos] empujados por el viento hasta el Ponto contra su voluntad, tan sólo encontraron allí a pueblos hostiles y, como no pudieron encontrar en ningún lugar un cobijo seguro, se retiraron a las cumbres de las montañas, siempre cubiertas de nieve. Así, forzados por la dureza del clima [*horrore caeli*], tuvieron que vivir mediante el robo en medio de grandes peligros, y por ello rebasaron todos los límites de la barbarie [*atque eo ultra omnem deinde ferociam saeuierunt*]».

No hay motivos para insertar una explicación así en un pasaje de corte anticuista. Que los aqueos malvivieron robando ganado y que sobresalieron por su barbarie es un relato presente en las *Historias* de Salustio y en las *Guerras mitridáticas* de Apiano, pero la expresión «forzados por la dureza del clima» es un aporte personal de Amiano. La expresión, a cambio, padece graves problemas de lectura en función del manuscrito que consultemos (Wagner-Erfurdt, 1808 II, p. 462, n. 25).

La influencia de la geografía y del clima sobre las costumbres de los pueblos se deja entrever en otros pasajes de las *Res gestae*. En Amm. XXIII, 6, 43-44, los partos viven en una tierra «donde abunda la nieve y el hielo»; curiosamente, «los habitantes de estas zonas son fieros y belicosos [*feri sunt illic habitatores pagorum omnium atque pugnaces*]». En Amm. XXII, 16, 8, la brisa de Alejandría es «muy sana, y el aire es tranquilo y agradable [...] casi ningún día los habitantes de esta ciudad se ven privados de un cielo despejado»; en consecuencia, «la mayor parte de los egipcios son morenos y de piel bastante negra, de aspecto algo triste, delgados, secos, ardientes en cada uno de sus movimientos, controvertidos y muy insistentes» (Amm. XXII, 16, 23).

El determinismo ambiental, no obstante, se difumina en otros pasajes: «[*El Rin] se hace inaccesible por el horror que producen sus oscuras selvas, excepto en el lugar en que aquella templada valentía romana [*Romana uirtus et sobria*] logró abrir camino quebrantando la resistencia de los bárbaros, de la naturaleza del lugar y de la inclemencia del cielo» (Amm. XV, 4, 3). «En los primeros tiempos», las Galias «eran desconocidas por su barbarie» (Amm. XV, 11, 1). A las tierras que rodean el paso de Succo se accedía «por zonas oscuras con estrechos picos. Pero, posteriormente, cuando Roma alcanzó la gloria y el esplendor, se hicieron accesibles incluso para los carros» (Amm. XXI, 10, 3). La mano civilizadora de Roma había moldeado la salvaje Tracia, poblada

los egipcios, por el contrario, son tan sumamente duros que te costaría trabajo hacerlos amables aunque les atizases con una piedra».

en tiempos antiguos por bárbaros sacrificadores de hombres: «según la vemos ahora, esta región tiene forma de luna en cuarto creciente o bien de bello teatro» (Amm. XXVII, 4, 5). Amm. XXIII, 6, 62, el pasaje sobre los iaxartes y galactófagos con el que introducía la cuestión del determinismo ambiental en Amiano, es de interpretación más dudosa.¹³⁷

Recopilando todos los pasajes discutidos hasta aquí, ¿qué conclusiones pueden extraerse acerca del determinismo ambiental en las *Res gestae*? Que Amiano conoció la teoría, a juzgar por Amm. XIX, 4, 2 y XIX, 9, 9. No me atrevo a sugerir un empleo sistemático de la misma para explicar los estereotipos etnográficos de Amiano como plantea Isaac (en Kahlos, 2011) ni tampoco a considerarlos simples guiños al lector según proponen Wiedemann (1986) o Sundwall (1996). Es posible que Amiano viera en el clima un factor decisivo a la hora de explicar la apariencia física, las costumbres y la inferioridad de los pueblos bárbaros pero, de todos modos, no parece llevar hasta sus últimas consecuencias los postulados del determinismo ambiental.

Para Amiano, de hecho, los principales indicadores de barbarie son la lengua y el modo de vida.¹³⁸ Por lo que respecta al modo de vida, en él caben las instituciones políticas, el hábitat, la dieta, las costumbres o el armamento. Este último marcador es aporte personal de Amiano debido a su condición de viejo soldado.¹³⁹ A partir de todos estos indicadores, Amiano construye su escala de la barbarie, situando a los hunos en el puesto más elevado.

¹³⁷ Tomado en un sentido literal, podría interpretarse como alegato contra el determinismo ambiental, hipótesis que defiende Fontaine (1987, p. 108, n. 235). Pero el propio Amiano está citando un verso homérico sobre los galactófagos, y Ptolomeo ofrece información sobre los iaxartes (Wagner-Erfurdt, 1808 III, p. 44, n. 62). Feraco (2004, p. 238) también ha apuntado que la expresión «*ob asperitatem*» podría referirse a los pueblos y no al territorio.

¹³⁸ En ningún pasaje de las *Res gestae* define Amiano la barbarie de manera abierta, pero los ixomatas, maeotas, yáciges, roxolanos, alanos y melanclenos, entre otros, son definidos como «numerosos pueblos de lenguas y costumbres diferentes [*sermonorum institutorumque uariaetate dispariles*]» (Amm. XXII, 8, 31). En XXII, 8, 38, Amiano se refiere también a pueblos desconocidos, «de los que no nos han llegado ni sus nombres ni sus costumbres [*mores*]». En el excuso sobre la antigua Tracia, Amiano explica que dichas tierras fueron habitadas por «bárbaros de costumbres y lenguas diferentes [*morum sermonorumque uarietate dissimiles*]» que «vivían errantes sin civilización ni leyes [*indomitas uagantisque sine cultu uel legibus*]» (Amm. XXVII, 4, 9-10). Teodosio, durante la rebelión de Firmo, «advirtió que muchos pueblos, con diferentes lenguas y culturas pero con un único objetivo [*dissonas cultu et sermonum uarietate, nationes plurimas unum spirantibus animis*], estaban promoviendo crueles guerras animados por una hermana de Firmo llamada Ciria» (Amm. XXIX, 5, 28).

¹³⁹ Amm. XIX, 5, 2-3, sobre la indisciplina de los galos durante el cerco de Amida; Amm. XXIII, 6, 83, sobre el ejército persa; Amm. XXIX, 5, 7; XXIX, 5, 11 y XXIX, 5, 32, sobre el armamento ligero de diversos pueblos moros; Amm. XXXI, 2, 8-9, sobre las tácticas de combate de los hunos; Amm. XXXI, 2, 20, sobre las tácticas de combate de los alanos.

LA SEMILLA DEL DESASTRE: LOS HUNOS

Amiano suele interrumpir su narración histórica por medio de digresiones geográfico-etnográficas a las que denomina *excessa* (Amm. XXIII, 6, 1 y XXVII, 4, 1; Teitler, 2013). En XXXI, 2, 1-12, Amiano inserta una de las digresiones etnográficas más célebres de todas las *Res gestae*: la dedicada a los hunos.

A mi entender, el grueso del excuso constituye una «ficción etnográfica» (Richter, 1974, p. 374). Los hunos eran una población desconocida para nuestro autor (Amm. XXXI, 3, 8: «*inusatatum hominum genus*»), una población prácticamente ignorada por los escritores clásicos (Amm. XXXI, 2, 1: «*monumentis ueteribus leuiter nota*»). Las primeras referencias escritas sobre los hunos de la literatura greco-romana, de hecho, surgen en el siglo II d. E. de manera aislada.¹⁴⁰ Amiano, que no contaba con una sólida tradición a partir de la cual respaldar sus argumentos, recurrió al tópico del «nómada pastoril» para construir su excuso (Shaw, 1982, p. 6).

Desde Homero, la agricultura y el sedentarismo eran signos definitorios de la civilización. El nomadismo, por el contrario, constituía un elemento definitorio de la barbarie: el nómada era, en el mejor de los casos, un individuo agreste y dedicado al pastoreo que se alimentaba de carne y leche. Pero las actividades ganaderas, que implicaban itinerancia, podían relacionarse también con profesiones infamantes como la artesanía y la prostitución o con actividades directamente perniciosas como la mendicidad, el bandidaje y el saqueo. El nómada, así considerado, se situaba en el escalafón más alto de la barbarie (Shaw, 1982). Este tipo de prejuicios están presentes en Amiano.¹⁴¹

El análisis filológico ha demostrado que Amiano, como otros autores del siglo IV d. E., lleva a cabo una serie de «equiparaciones étnicas» (King, 1987, p. 83) entre los hunos y los escitas o los masagetas acudiendo a pasajes de Heródoto, Pompeyo Trogó y Pomponio Mela (Maenchen-Helfen, 1973; Richter, 1974; King, 1987). No por casualidad, las descripciones amianeas de los partos (en Amm. XXIII, 6, 43-44), los alanos (en Amm. XXXI, 2, 22) y los hunos coinciden sospechosamente entre sí (Feraco, 2004, pp. 202-203). Además, la arqueología ha desmontado punto por punto casi todas las informaciones transmitidas por Amiano (King, 1987).

¹⁴⁰ En concreto, las referencias son Dionisio Periegeta V, 130, de h. 124 d. E., y Ptolomeo, *Geografía* III, 5, 25, de h. 170 d. E. (Richter, 1974).

¹⁴¹ Amm. XXII, 8, 25: «[*Los aqueos] tuvieron que vivir mediante el robo en medio de grandes peligros y, por ello, rebasaron todos los límites de la barbarie». Amm. XXVII, 4, 10: «[*Los odrises] vivían errantes sin civilización ni leyes [*uagantasque sine cultu uel legibus*]».

Así pues, me dispongo a analizar el excuso sobre los hunos de Amm. XXXI, 2, 1-12 como ejemplo de construcción de la alteridad. Estructuralmente, el excuso consta de doce partes. Tras una breve introducción (Amm. XXXI, 2, 1), se describe el aspecto físico de los hunos (Amm. XXXI, 2, 2-3), su dieta (Amm. XXXI, 2, 4), su hábitat (Amm. XXXI, 2, 5-6), su indumentaria (Amm. XXXI, 2, 6), su organización política (Amm. XXXI, 2, 7), sus tácticas de combate (Amm. XXXI, 2, 8-9) y su psicología y moral (Amm. XXXI, 2, 12). El modo de vida de los hunos se describe en dos pasajes separados (Amm. XXXI, 2, 6 y 10). El excuso se cierra con una recapitulación que sirve para transitar hacia la digresión sobre los alanos (Amm. XXXI, 2, 12).

El comienzo de Amiano no puede ser más contundente: los hunos son los causantes de la derrota de Adrianópolis, «la semilla de todo ese desastre y el origen de las distintas desgracias avivadas por Marte [*Totius autem sementem exitii et cladum originem diuersarum*]». Habitán «junto a un helado océano y sobrepasan todos los límites de la残酷 [*omnem modum feritatis excedit*]» (Amm. XXXI, 2, 1).¹⁴² El tono inclemente de Amiano prosigue al describir el aspecto físico de los hunos:

«Desde su más tierna infancia, les surcan las mejillas con metal para que las marcas de las cicatrices dificulten el crecimiento del vello, de manera que envejecen imberbes y sin belleza alguna, semejantes a eunucos. De miembros robustos y fuertes, de cuello grueso, prodigiosamente deformes y encorvados, los tendrías por bestias bípedas o por esas estacas a las que, talladas con la dolabra, se les da una apariencia tosca y adornan los puentes» [Traducción propia].¹⁴³

En este pasaje, los hunos son relacionados con diversos sujetos de alteridad. En primer lugar, se les compara con eunucos, un colectivo abominable para Amiano Marcelino.¹⁴⁴

¹⁴² Amm. XXIII, 6, 43-44: «Allí cerca, hacia el norte [*de Persia], habitan los partos, en una tierra donde abunda la nieve y el hielo [...] Los habitantes de estas zonas son fieros y belicosos [*feri sunt illic habitatores pagorum omnium atque pugnaces*], y las guerras y contiendas les agradan de tal modo que, entre ellos, se considera el más feliz de todos aquel que muere en combate, mientras que los que mueren por causas naturales son criticados como débiles y cobardes». Compárese también con Amm. XXXI, 2, 22, donde se habla de los alanos: «Les agradan los peligros y las guerras. Para ellos, es afortunado quien ha perdido su vida en la lucha y, en cambio, insultan a los que llegan a la vejez o a los que mueren de forma accidental, acusándoles de degenerados y cobardes».

¹⁴³ Amm. XXXI, 2, 2: «*Vbi quoniam ab ipsis nascendi primitiis, infantum ferro sulcantur altius genae, ut pilorum uigor tempestiuus emergens conrugatis cicatricibus hebetetur, senescunt imberbes, absque ulla uenustate, spandonibus similes, compactis omnes firmisque membris et opimis ceruicibus, prodigiose deformes et pandi, ut bipedes existimes bestias, uel quales in commarginandis pontibus effigiati stipites dolantur incompte*».

¹⁴⁴ Los romanos descubrieron a los eunucos en Oriente: así, Potino, tutor de Ptolomeo XII muerto en 48 a. E. y responsable del asesinato de Pompeyo. Introducidos en la administración romana a partir de Diocleciano, los eunucos ocuparon puestos relevantes y llegaron a alcanzar el consulado. Para Amiano Marcelino, representaban un papel análogo al de los libertos en Tácito (Balsdon, 1979; Tougher, en Drijvers y

La desproporción física de los hunos adquiere connotaciones monstruosas a través del adverbio ‘*prodigiose*’. En Roma, el prodigo era un mensaje divino que indicaba la ruptura de la *pax deorum* y que debía ser conjurado (Cuny-Le Callet, 2005). Los hunos, sumados a la lista de prodigios enumerada en Amm. XXXI, 1, sirven para presagiar la derrota de Adrianópolis. Amiano refuerza esta sensación presentando a los hunos como individuos que comercian, comen, beben y sueñan a lomos de sus monturas (Amm. XXXI, 2, 6). Representados como híbridos entre caballos y hombres, evocan la imagen terrorífica del centauro y su fuerza sobrenatural (Richter, 1974; Sabbah, 1978; Guzmán Armario, 2006).

La prodigiosa corpulencia de los hunos ya había sugerido que estábamos casi ante bestias de carga más que ante seres humanos. La animalización llega abiertamente a través del adjetivo ‘*bipedus*’. Si aceptamos que este adjetivo latino equivale al griego ‘ἀνδρόποτος’ (andrópodo), tendríamos reminiscencias con el mundo de la esclavitud. Esta impresión viene reforzada porque los mecanismos ideológicos de la esclavitud no sólo se valían de la animalización de los individuos, sino también de su cosificación (Bradley, 2000). Y el texto finaliza comparando a los hunos con estacas.

Precisamente, el término ‘*stipes*’ permite otras asociaciones. Cicerón es uno de los autores de cabecera de Amiano, aunque más como filósofo que como orador (Castillo, 2007). Pues bien, ‘*stipes*’, documentado ya en la invectiva ciceroniana, era un insulto que puede traducirse al castellano como «tarugo» (Powell, en Booth, 2007).¹⁴⁵ La imagen de las estacas, por otro lado, introduce una sutil metáfora: igual que aquellas son desbastadas con la dolabra, así el hierro corta las mejillas de los hunos trazando escarificaciones faciales, costumbre que, por lo demás, expresaba luto entre ellos (Maenchchen-Hefen, 1955).

El aspecto físico de los hunos encuentra su total correspondencia en el plano moral (Amm. XXXI, 2, 11):

Hunt, 1999). En las *Res gestae*, a excepción del elogio de Euterio (Amm. XVI, 7), los eunucos aparecen como seres aduladores, avaros, promocionados mediante una movilidad social a todas luces injusta (Amm. XIV, 11, 3; XX, 2, 4-5; XXII, 4, 4-6). Por supuesto, los eunucos poseen todas las connotaciones negativas del varón afeminado, y estas connocaciones emergen en otras partes del excurso: «en ocasiones [*los hunos], montan sobre ellos [*sobre los caballos] como lo hacen las mujeres [*muliebriter*]» (Amm. XXXI, 2, 6).

¹⁴⁵ ‘*Stipes*’ posee un significado irrisorio o patético en Amm. XVI, 12, 57; XVIII, 8, 12; y XIX, 9, 9 (Viansino, 1985 II, p. 609). El primero de esos pasajes resulta especialmente macabro, habida cuenta de que Amiano está describiendo cómo unos germanos mueren ahogados tras la batalla de Estrasburgo en 357: «Y, como si se tratara de un espectáculo teatral en el que, al levantarse el telón, aparecen infinidad de escenas admirables, podía contemplarse [...] cómo otros [*alamanes] flotaban como maderos [*ut stipes*] cuando eran abandonados por los más expeditos». Con el significado de estúpido aparece el término en Amm. XIV, 6, 13: «*Stipitem autem uocat hominem stupidum*» (Wagner-Erfurdt, 1808 II, p. 40, n. 13).

«Son desleales y volubles en los acuerdos, porque se dejan llevar por el más mínimo soplo de una nueva esperanza, achacando esto a su carácter impetuoso. Semejantes a animales irracionales, no distinguen en absoluto entre lo honesto y lo deshonesto. Sus palabras son ambiguas y enrevesadas, y jamás han respetado una creencia o religión. Por ello, como arden en deseos de conseguir oro y son tan volubles e irascibles, en ocasiones, llegan a romper en un mismo día varios acuerdos con algún aliado y, sin que nadie intervenga, se reconcilan con él».

Apenas tres párrafos han bastado para presentar a los hunos como el paradigma de la barbarie. Esta caracterización se mantiene a lo largo de la digresión, cuando Amiano, sucesivamente, priva a los hunos de tres elementos propios del ser humano civilizado: fuego (Amm. XXXI, 2, 3), agricultura (Amm. XXXI, 2, 10) y arquitectura (Amm. XXXI, 2, 4).

Los hunos toman el «relevo de la barbarie» y ocupan el puesto de los germanos, cada vez más integrados en el imperio (Guzmán Armario, 2003). Tal es la función de los hunos de Amiano. Otto Maenchen-Hefen (1955 y 1973), además, propone que los libros XXIX-XXXI de las *Res gestae* fueron compuestos durante el invierno de 392/393, cuando Eugenio y Teodosio se disputaban el control de la parte occidental del imperio. Varios contingentes hunos habrían servido en los ejércitos del cristianísimo Teodosio. De ahí la virulencia del excuso amianeo, cuyo autor era partidario del pagano Eugenio. Finalmente, desde un punto de vista literario, los hunos se convirtieron en «la gran invención de Amiano Marcelino» (Guzmán Armario, 2001). El excuso de nuestro historiador sentó precedente en autores posteriores como Claudio, Zósimo o Jordanes (Maenchen-Hefen, 1973; Richter, 1974; Guzmán Armario, 2001).

ESCRIBIR CON FUEGO, O LA CÓLERA DE LOS EMPERADORES PANONIOS

El emperador Valente celebró en la Antioquía del año 371 unos juicios sumarísimos contra individuos acusados de alta traición que terminaron ardiendo en la hoguera (Amm. XXIX, 1 y 2). A partir del siglo IV, la muerte por fuego, que suponía la completa destrucción física del criminal y estaba reservada a esclavos o gentes de estatus humilde desde sus orígenes, se aplicó de manera indiscriminada contra cualquier ciudadano (Callu, 1982; Sabbah, 2002, p. 175, n. 59).

Durante los tribunales de Antioquía, «la prodigiosa crueldad de Valente se avivó semejante a una ardiente antorcha [*prodigiosa feritas in modum ardentissimae facis fusius uagabatur*]» (Amm. XXIX, 1, 10).¹⁴⁶ Tras la batalla de Adrianópolis, acontecida la tarde de un caluroso 9 de agosto de 378, los godos se desperdigaron por Tracia y «devastaron e incendiaron toda la zona [*miscentes cuncta populationibus et incendiis*]» (Amm. XXXI, 16, 1). Entre los libros XXIX y XXXI, el lector de las *Res gestae* experimenta una insopportable y creciente sensación de calor cuyo punto álgido se sitúa en la batalla de Adrianópolis.¹⁴⁷ Para mantener esa temperatura asfixiante, Amiano practica una «pirografía» que acude a términos, situaciones y recursos variados a lo largo de los procesos de Antioquía, las campañas militares de Valentiniano y Teodosio y la guerra contra el godo.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Cic. Phil. VII, 1, 3: «¿Qué provincia hay desde la que aquella tea [*Marco Antonio] no pueda provocar un incendio? [Sed quae prouincia est ex qua illa fax excitare non possit incendium]».

¹⁴⁷ Diversos investigadores han mencionado a vuelta pluma esa sensación de tórrido calor. Pavan (1964, pp. 7-8) observa que la comparación amianeña entre la invasión goda y un incendio fue imitada por otros autores clásicos como Temistio y Libanio. Sabbah (1978, p. 559-562) defiende que Amiano está contraponiendo el agua, como símbolo de lo romano, y el calor, propio del bárbaro, en su relato de Adrianópolis. Relaciona ese calor con la muerte de Valente y las ejecuciones en la hoguera, y sitúa el recurso de Amiano en su apartado dedicado a la «persuasión estética» (p. 541). Guzmán Armario (2006, p. 146, n. 143) apunta que es un tópico presente en el relato de las batallas de Cannas y Carras pergeñado por Livio y Plutarco.

¹⁴⁸ Amiano utiliza términos diversos, como *accendo*, *ardeo*, *calefactus*, *calor*, *cinis*, *exardesco*, *exuro*, *ignum*, *fauilla*, *fax*, *flamis*, *incendum*, *uro*... Las muertes en la hoguera ocupan varios pasajes: Amm. XXIX, 1, 38: el filósofo Simónides; XXIX, 3, 5: el auriga Atanasio; XXIX, 4, 7: Hortario, caudillo germano; XXIX, 5, 31: varios desertores; XXIX, 5, 43: Evasio y Floro, ciudadanos de Cesarea; XXIX, 5, 49: varios soldados cobardes; XXIX, 5, 50: Cástor y Martiniano, funcionarios corruptos. Las bibliotecas, los campos y las ciudades arden en múltiples ocasiones: Amm. XXIX, 1, 41: bibliotecas de Antioquía; XXIX, 2, 4: bibliotecas de Antioquía; XXIX, 5, 12: campos y propiedades; XXIX, 5, 18: Cesarea; XXIX, 6, 8: villas de Panonia; XXX, 5, 14: hogares de los bárbaros; XXXI, 6, 7: los godos incencian Tracia [*incendiorumque magnitudine*]; XXXI, 8, 6: los godos, los hunos y los alanos incencian Tracia [*incendiis*]; XXXI, 15, 8: unos traidores intentan incenciar la ciudad de Adrianópolis; XXXI, 16, 1: los godos incencian la región de Constantinopla. Otras veces, Amiano es más barroco (XXXI, 12, 13): «[*Los godos] conseguirían que nuestros soldados, abrasados por el calor estival, se debilitaran y tuvieran la boca reseca, mientras que los enemigos provocaban fuegos [*miles feruore calefactus aestuo, siccis faucibus conmarceret, relucente amplitudine camporum incendiis*]». Otras sentencias similares aparecen en Amm. XXIX, 2, 20: el fuego de Belona; XXIX, 5, 7: el calor de África; XXXI, 2, 1: los hunos, chispas del incendio provocado por los godos; XXXI, 4, 9: los godos se esparcen como cenizas; XXXI, 5, 4: Marcianó-

La pirografía de Amiano sirve para presentar a Valentiniano I y Valente como emperadores coléricos y crueles.¹⁴⁹ Al igual que otros autores del momento, Amiano elaboró sus retratos teniendo muy en cuenta los postulados de la fisiognomía, disciplina científica que establecía el carácter moral y psicológico de un individuo o un colectivo a partir de sus rasgos físicos (Schmidt, 1958; Sabbah, 1978; Caro Baroja, 1988). Dice Amiano en XXIX, 3, 2: «Cuando [*Valentiniano] se enardecía por la ira, con frecuencia le cambiaba la voz, la expresión del rostro, la forma de moverse o el color»; «por su propia naturaleza, era proclive a la crueldad [*cum esset in acerbitatem naturae calore propensior*]» (Amm. XXX, 8, 2); «su cabello y su piel brillaban por igual [*capilli fulgor colorisque nitor*]» (Amm. XXX, 9, 6). En Amm. XXXI, 12, 1, Valente se muestra «inflamado [*urebatu*r]» de envidia hacia Graciano. Estas observaciones deben relacionarse con dos pasajes de la *Fisiognomía* atribuida a Aristóteles y del hipocrático *Sobre la dieta*:

«Aquellos cuya piel es roja son resueltos, porque todas las partes del cuerpo se enrojecen al inflamarse por el movimiento. Los que tienen la piel de color ígneo están enajenados [...] Quienes tienen la piel del pecho de un color rojo como las llamas son iracundos, como pone de manifiesto ese estado anímico, pues a los que se enardecen se les inflama la zona del pecho. Aquellos que en la región del cuello y de las sienes tienen las venas tensadas son irascibles, como se comprueba por ese estado anímico, ya que eso es lo que les sucede a los que se irritan. Aquellos cuyo rostro se vuelve de color púrpura son pudorosos, como se deja ver por ese estado de ánimo, puesto que a los que sienten vergüenza se les pone el rostro de color púrpura. Aquellos cuyas mejillas se ponen de color rojo púrpura son borrachos: piénsese en ese estado, dado que las mejillas de los que se emborrachan se ponen de color rojo púrpura. Quienes tienen los ojos enrojecidos están fuera de sí debido a la excitación, como indica ese estado de ánimo» (Pseudo-Aristóteles, *Fisiognomía* 812a).

«Si la potencia del agua está aún más dominada por el fuego, es forzoso que esta alma sea más vivaz en tanto en cuanto se mueve más deprisa y que atiende más deprisa a las sensaciones, pero que sea menos estable que las anteriores, puesto que se lecciona más deprisa los datos que se le presentan y se dirige hacia más objetos por su rapidez [...] Si aún más el agua está dominada por el fuego, semejante alma es demasiado vivaz y es forzoso que tenga pesadillas. A estos los llaman maniáticos, puesto que están muy próximos a la locura. Pues con una inflamación corta y a des- tiempo enloquecen, ya sea en momentos de embriaguez o de abundancia de carne o en una comilona de carne» (Hp. *Sobre la dieta* I, 35).

polis, chispa del incendio godo; XXXI, 5, 8: los godos tervingos arden en deseos de luchar; XXXI, 6, 8: las cenizas ardientes de los hogares; XXXI, 7, 7: los godos, dardos incendiarios; XXXI, 8, 8: las cenizas de los hogares; XXXI, 10, 5: los alamanes lentienses arden de rabia; XXXI, 12, 6: las llamas del orgullo bárbaro; XXXI, 13, 7: las tropas romanas, abrasadas por el calor; XXXI, 15, 5: la terrible sed padecida por las tropas romanas; XXXI, 15, 13: los godos arden en deseos de saquear el tesoro imperial.

¹⁴⁹ Sobre Valentiniano I: Amm. XXVII, 7, 4: gran crueldad [*homo propalam ferus*]; XXIX, 3, 2: violencia innata [*trux suopte ingenio*]; XXIX, 4, 1: sanguinario [*morum eius et propositi cruenti*]; XXX, 5, 19: crueldad innata y carácter sanguinario [*innata feritate concitus, ut erat inmanis*]; XXX, 6, 3: cólera [*ira uehementi percussus*]. Sobre su hermano Valente: Amm. XXIX, 1, 10: *feritas*; XXIX, 2, 10: irascible y amenazador [*fremebundus et minax*].

La cólera de los emperadores panonios es el rasgo más sobresaliente que Amiano explota para su tiranización. Los primeros pasajes de las *Res gestae* en los que se menciona a Valentiniano —Amm. XVI, 11, 6-7 y XXV, 10, 6-9— carecen de comentarios tendenciosos sobre el futuro emperador, tratado como uno más de los numerosos personajes secundarios que pueblan la obra.¹⁵⁰

El tono de Amiano con respecto a Valentiniano se endurece merced al «tríptico» conformado por los tres «paneles» de Amm. XXVI, 1, 2; XXVII, 7; y XXIX, 3 (Paschoud, en Den Boeft, Den Hengst y Teitler, 1992, p. 80). Durante su ceremonia de investidura, Valentiniano hace valer su imponente presencia y es conducido a palacio con un aspecto «ya terrible [*iamque terribilem duxerunt*]» (Amm. XXVI, 2, 11). Nadie osa oponerse a Valentiniano, «siempre dispuesto a hacer daño e inclinado a la maldad [*promptior ad nocendum, criminantibus patens*]» (Amm. XXVI, 10, 12).

El segundo panel va un paso más allá: Valentiniano, un «hombre de gran残酷 [*homo propalam ferus*]» se muestra incapaz de contener sus impulsos, que, serpeando [*serpens*], terminan por encender [*efferuescens*] y hacer estallar [*erupit*] al colérico emperador (Amm. XXVII, 7, 4). Diocles muere abrasado; Diodoro, varios funcionarios imperiales y otros decuriones son ejecutados de manera atroz (Amm. XXVII, 7, 5-7). Los filósofos, observa Amiano, definen la cólera como una «úlcera del espíritu [*ulcus animi*]», propia de «carácteres blandos [*ex mentis mollitia consuetum*]», «personas enfermizas [*languidi*]», mujeres, ancianos y gentes desafortunadas (Amm. XXVII, 7, 4). Eupraxio y Florencio tratan de apaciguar los ánimos del emperador por medio de buenos consejos. Pero de nada sirve «corregir los errores de aquellos que creen que cumplir sus deseos es la mayor de las virtudes» (Amm. XXVII, 7, 9).

Tras concluir su narración sobre los juicios de Antioquía, Amiano inserta el tercer panel para ilustrar la cólera de Valentiniano, que ejecuta sin consideración de estatus, credo religioso o profesión (Amm. XXIX, 3, 3-8). El tríptico concluye con un relato cuanto menos curioso (Amm. XXIX, 3, 9):

«[*Valentiniano] Tenía dos osas feroces devoradoras de hombres a las que llamaba Pepita de Oro e Inocencia. Y las cuidaba con tal esmero que dispuso que colocaran sus jaulas junto a su dormitorio y ordenó que las vigilaran guardas de fidelidad

¹⁵⁰ Según François Paschoud (en Den Boeft, Den Hengst y Teitler, 1992), esta indiferencia es indicio de normalidad, pero las primeras menciones a Valentiniano I contrastan enormemente con la irrupción de Juliano en el relato. Juliano es comparado con Galo César para resaltar sus diferencias (Amm. XIV, 11, 28), y se le tiene por «emperador memorable» en la segunda de sus apariciones (Amm. XV, 2, 7).

probada con vistas a que ningún accidente pudiera perjudicar la naturaleza salvaje de las fieras. Finalmente, después de ver muchos cadáveres con el cuerpo despedazado por Inocencia, como recompensa por su buen comportamiento, permitió que ésta quedara en libertad en los bosques, pues albergaba la esperanza de que tuviera cachorros parecidos a ella».

El pasaje ha hecho correr ríos de tinta y ha polarizado la opinión de los investigadores.¹⁵¹ Independientemente de la realidad histórica que esconde el relato, pienso que posee una finalidad claramente infamante.

El 28 de marzo del año 364, Valentiniano I nombró Augusto a Valente con la temerosa aprobación de los presentes (Amm. XXVI, 4, 3). Sometido desde el primer momento a su hermano, Valente parece un emperador más apocado e inseguro, hasta el punto de meditar la abdicación durante el alzamiento de Procopio (Amm. XXVI, 7, 13). Su cólera, empero, pronto alcanzó a la de aquel.

Valente fue víctima de varias conjuras e intentos de asesinato (Amm. XXIX, 1, 15-16). Inseguro, acosado, se dejó arrastras por los «cazadores de rumores [*rumorum aucupes*]» a la manera de Constancio II (Amm. XV, 3, 3). «Más que tenerla realmente, representaba tener una gran dureza» (Amm. XXXI, 14, 5). Cruel y sanguinario, instrumentalizó la justicia para destruir a sus enemigos y salvar a sus favoritos (Amm. XXIX, 2, 17):

«En esa misma época [*durante los juicios de Antioquía], Valente añadió a sus restantes “hazañas” el que, cuando había mostrado tanta crueldad contra algunos como para no permitir casi que los sufrimientos de las condenas terminaran con la muerte, en cambio, a un tribuno llamado Numerio, un hombre de gran maldad, que había sido acusado en esos mismos días y que confesó haber abierto el vientre de una mujer viva y haberle arrancado el feto para atraer así a los dioses infernales y consultarles sobre la sucesión del emperador, lo consideró como alguien cercano y, ante los murmullos de todo el senado, ordenó que lo dejaran marchar sin recibir castigo alguno».

Valente disculpa a Numerio un crimen monstruoso, peor que los que habían servido para abrir diligencias el año 371. Se comporta despóticamente [*regaliter*]» (Amm.

¹⁵¹ Hay quien lo considera verídico y quien lo interpreta como un simple recurso literario. De entre los primeros, Moreau advierte que los emperadores gustaban de adquirir animales exóticos para su recreación (Sabbah, 2002, p. 187, n. 103). Graciano, hijo de Valentiniano I, «dentro de esos lugares cercados a los que llaman “vivaria”, se olvidaba de numerosos asuntos trascendentales mientras perseguía a fieras de agudos colmillos lanzándoles insistentemente flechas» (Amm. XXXI, 10, 19). Weijenborg ve en las osas una metáfora para aludir a la bigamia de Valentiniano I. Alföldi la tildó de «infantil cuento de terror» (Sabbah, 2002, p. 187, n. 103). Lactancio también hizo poseedor de un oso al emperador panonio Galerio (305-311) en *Sobre la muerte de los persecutores* XXI, 5-6. La *Tebaida* VII, vv. 564-567 de Estacio muestra a Líber soltando dos tigres, y Suetonio cuenta que César liberó dos caballos al cruzar el Rubicón en *Vida de los Doce Césares* LXXXI, 2 (Wagner-Erfurdt, 1808 III, pp. 298-299, n. 9; Paschoud, en Den Boeft, Den Hengst y Teitler, 1992).

XXIX, 1, 18), y Amiano lo animaliza: «semejante a una fiera del circo, se enfurecía en extremo si veía que se le había escapado alguien que había estado sobre la arena [*in modum harenariae ferae, si admotus quisquam fabricae diffugisset, ad ultimam rabiem saeuiebat*]» (Amm. XXIX, 1, 27). También la animalización alcanza a Valentiniano, quien se comportaba cual «fiera hambrienta [*ut sagax bestia*]» (Amm. XXX, 5, 10).

Pero la pirografía de Amiano no es sólo un recurso al servicio de la tiranización de los emperadores panonios, sino que entraña directamente con las muertes por fuego de Valentiniano I y Valente. El 17 de noviembre de 375, el Augusto Valentiniano recibió en embajada a unos heraldos cuados. De repente, como golpeado por el cielo [*ictus e caelo*], su rostro enrojeció con luz ígnea [*igneo lumine*], y un sudor letal empapó su cuerpo. Recostado en el lecho, ardiendo de fiebre, sus entrañas se abrasaron [*internis nimietate calorum ambustis*]. Tanto lo habían enfurecido las peticiones de los bárbaros, que murió consumido por la cólera (Amm. XXX, 6, 3-5). Apenas tres años después, el Augusto Valente buscaba refugio tras la debacle sufrida por los romanos an Adrianópolis. Junto a unos guardaespaldas y eunucos, precipitadamente, se atrincheró en el segundo piso de una alquería. Los perseguidores, al ser atacados desde los balcones, «recogieron teas y leña, las amontonaron junto a la casa, prendieron fuego y, así, quemaron tanto el edificio como a sus moradores» (Amm. XXXI, 13, 15).¹⁵²

La presentación literaria de Valentiniano I y Valente al modo de tiranos coléricos y sanguinarios responde a causas diversas. Los dos hermanos habían nacido en una familia humilde [*ignobile stirpe*] (Amm. XXX, 7, 2). Asediando Valente la ciudad de Calcedonia, «se burlaban de él llamándole “Sabaiario”, pues la sabaia es una bebida que toma la gente humilde en el Ilírico [*et iniuriose compellabatur ut Sabaiarius*]» (Amm. XXVI, 8, 2).

¹⁵² Amiano reproduce dos versiones acerca de la muerte del emperador Valente. La primera dice que Valente murió de un saetazo, a imagen y semejanza del césar Decio, pero «nadie afirma haberlo visto ni haber estado allí» (Amm. XXXI, 13, 12). La segunda de las versiones incluye también un ejemplo histórico —el de Escipión—, pero, a cambio, es relatada a los restos del ejército romano por uno de los guardaespaldas de Valente, que había escapado a través de una ventana. Al comienzo del libro XXXI, Amiano inserta una profecía *ex euentu*: «En las disputas y revueltas de la plebe de Antioquía, era normal que cualquiera creyera que le estaban tratando mal y gritara sin problema: “Que quemen vivo a Valente” [...] Con frecuencia, se escuchaban voces de pregoneros que ordenaban que se acumulara madera para prender fuego a los baños de Valente » (Amm. XXXI, 1, 2). Para Amiano, «estos hechos presagiaban, aun sin decirlo claramente, que éste era el tipo de muerte que aguardaba al emperador [*Quae hunc illi impendere exitum uitiae modo non aperte loquendo monstrabant*]» (Amm. XXXI, 1, 3). Esta valoración parece indicar que Amiano se decanta por la segunda versión, si bien vuelve a considerar ambos testimonios en XXXI, 16, 2: «[*Valente] o había fallecido en mitad de una batalla o había conseguido refugiarse en una cabaña donde, según se creía, había muerto por un incendio».

«Those who thus came to the front were of a very different type from the men of letters whom Julian had favoured, and were highly distasteful to cultivated men like Libanius and Ammianus» (Jones, 1964 I, p. 141). Valentiniano I y Valente eran responsables del deterioro de la cultura política y la educación tradicionales (Drijvers, 2012). Según Amiano, Valentiniano I «odiaba a las personas bien vestidas, a los eruditos, a los ricos y a los nobles [*bene uestitos oderat et eruditos et opulentos et nobiles*]» (Amm. XXX, 8, 10). Valente era de «espíritu algo rudo [*subagrestis ingenii*]», y no poseía «formación alguna ni en el arte militar ni en los estudios liberales [*nec bellicis nec liberalibus studis eruditus*]» (Amm. XXXI, 14, 5).

Una vez en el poder, los emperadores recompensaron a compatriotas panonios, militares y gentes de origen humilde. Restringieron por ley la promoción de los decuriones al orden senatorial, y se esforzaron impidiendo que aquellos ocuparan el puesto de *defensor plebis* para evitar la extorsión de ciudadanos provinciales (Jones, 1964 I). Masacraron por igual a senadores occidentales y notables antioquenos durante los años 366 y 371 (Amm. XXVIII, 1; XXIX, 1-2). Para colmo, Valente abrió las puertas a los godos en 376, allanando el camino hacia la ruina de la Roma Eterna tan cara a Amiano.

LA ORACIÓN DEL ASNO: AMIANO Y LA PLEBE

Entre los años 353 y 354, durante la primera prefectura de Órfito, la plebe romana incendió las calles de la Ciudad con motivo de una carestía de vino.¹⁵³ «Al tornar mi discurso hacia las cosas que ocurren en Roma», lamenta Amiano, «no se habla más que de revueltas, tabernas y vilezas semejantes» [*seditiones narratur et tabernas et uilitates similis alia*] (XIV, 6, 2). Atrás quedaron los tiempos en que Roma era «el asiento de todas las virtudes» [*uirtutum omnium domicilium Roma*] (Amm. XIV, 6, 21).

Amiano Marcelino incluye en las *Res gestae* dos digresiones sobre la Ciudad: Amm. XIV, 6 y XXVIII, 4. Las dos poseen un orden similar: comienzan con una introducción sobre los prefectos y los bochornosos conflictos que debían atajar —Órfito en la primera, Olibrio y Ampelio en la segunda; prosiguen con una parte principal, dedicada a ciertos miembros de la nobleza; y finalizan con unos párrafos consagrados a la plebe —uno solo en la primera digresión, siete en la segunda. Los libros perdidos debieron de contener, al menos, una digresión más sobre la Ciudad, a juzgar por Amm. XXVIII, 4, 6: «*et primo nobilitatis ut aliquoties pro locorum copia fecimus*» (Den Hengst, en Den Boeft et al., 2007).

La primera digresión, no obstante, consta de un elemento diferenciador: el elogio a Roma (Amm. XIV, 6, 3-7). El tópico de una Roma Eterna fue plasmado literariamente por Elio Arístides en el siglo II, si bien su florecimiento se produjo durante los siglos IV y V. El elogio solía respetar convenciones de tipo estructural y temático, aunque su estilo y propósito fluctuaban en función del autor.¹⁵⁴ El “elogio” de Amiano esgrime un mayor pesimismo que el de otros autores coetáneos como Claudio y Rutilio Namaciano. Al juxtaponer de inmediato la agria crítica de Amm. XIV, 6, 3-26, el elogio de Amiano se convierte en una parodia esperpéntica, en una suerte de elogio al revés (Pack, 1953). Amiano construye una sátira de intención moralizante que, idealizando el pasado y criticando el presente mediante descripciones detallistas e hipérboles, en rápida sucesión de viñetas, recuerda a la sátira menipea de Luciano de Samosata (Sherwin-

¹⁵³ Amm. XIV, 6, 1: «[*Órfito] Era un hombre ciertamente inteligente [*prudens*] y buen conocedor de los asuntos forenses, pero menos instruido de lo que convenía a un noble en el conocimiento de las artes liberales [*liberalium doctrinarum*]. Bajo su mandato se suscitaron graves incidentes por causa de la escasez de vino, cuyo excesivo consumo incitaba al populacho a violentos y frecuentes tumultos». El vino constituía un producto de primera necesidad en la dieta del romano medio (Fatás, 2002).

¹⁵⁴ El autor exponía la situación a elogiar ($\thetaέσις$), relataba los orígenes de la Ciudad ($\gammaένος$) y sus empresas militares y culturales ($\epsilonπιτήδευσις$), y enumeraba las virtudes que hacían posible acometerlas ($\piρᾶξις$) (Pack, 1953; Zarini, 1999).

White, 1970; Den Hengst, en Den Boeft et al., 2007). La Roma de Amiano se encuentra «en voi de momification» (Zarini, 1999, p. 178). A

Recientemente, Wiebke Vergin ha lanzado una hipótesis provocativa y original sobre el sentido de las digresiones romanas en las *Res gestae*. Amiano colocó las digresiones junto a dos excursos etnográficos: el de los sarracenos —en Amm. XIV, 4— y el de Tracia —en Amm. XXVII, 4. Por su proximidad a las digresiones, los dos excursos resaltarían sutilmente la “barbarización” de las costumbres romanas y anticiparían el desastre de Adrianópolis (Sánchez-Ostiz, 2014).

Para un antiguo soldado que había estado a punto de morir a manos de los persas (Amm. XVIII, 8), la estampa de Roma en torno al año 378 debió de ser, cuanto menos, decepcionante.¹⁵⁵ Salviano de Marsella expresó este desencanto en un tono mucho más amargo: «Uno podía pensar que todo el pueblo romano se hubiera hartado de hierba sardónica. Se está muriendo, y ríe» (Alföldy, 2012, pp. 286-287). Pero las críticas de Amiano contra «algunas personas de nombre ilustre» (Amm. XXVIII, 4, 7), no entienden de matizaciones cuando se dirigen contra la plebe de Roma y otras ciudades imperiales.

La plebe se revela como una masa incomprendible para Amiano. «La simplicidad del vulgo [*uulgaris simplicitas*]» llama ‘*sisurna*’ a la yacija de sísira (Amm. XVI, 5, 5). «A veces, la plebe baja, en su insensatez, objeta y murmura con inconsciencia que, si existiera una ciencia profética, cómo iba a ignorar alguien que iba a morir en la guerra» (Amm. XXI, 1, 13). Resulta sorprendente cómo «los que pertenecen a la masa de condición baja y pobre» buscan la sombra de tabernas y teatros, juegan a los dados, discuten hasta la extenuación sobre los defectos de aurigas y caballos o, lo que es peor, «hacen sonar con un ruido desagradable sus narices estruendosas, sorbiendo el aire hacia adentro» (Amm. XIV, 6, 25).

La estupefacción de Amiano se acrecienta conforme esa plebe viciosa y parasitaria decide pasar a la acción. Entre los años 303 y 402, la plebe de Roma y otras ciudades imperiales protagonizó más de setenta casos de disturbios graves (Aja Sánchez, 1998). El propio historiador reconoce que sus protestas eran «muy frecuentes» (Amm. XXI,

¹⁵⁵ «[...] A very serious person, an officer and a gentleman, formal, if not solemn [...] On his travels he had known the winters of northern Gaul and the summers of Mesopotamia and Egypt [...] In the army he had learned the importance of friendship and mutual trust in dangerous situations [...] For an officer who had been in the company of the emperor for years and who had taken part in his campaigns in Gaul and Persia, who was, moreover, fully aware of the dangerous situation Rome was in after that grave defeat, Roman society must have been deeply disappointing. Were these the people the Roman armies were fighting to protect?» (Den Hengst, en Den Boeft, 2007, pp. 164-165).

12, 24). Las movilizaciones de la plebe tenían unas causas y se regían por una lógica interna.¹⁵⁶ A pesar de ello, Amiano presenta estos disturbios como estallidos repentinos e irracionales guiados por una violencia ciega.

Hacia el año 353, por ejemplo, Galo César se disponía a abandonar Antioquía y encabezar una campaña militar. Su partida se vio interrumpida por las súplicas de la plebe, que solicitaba las medidas oportunas para alejar una hambruna esperable «por muchas y muy complicadas razones [*per multas difficilisque causas*]» (Amm. XIV, 7, 5). El silencio de Amiano al respecto es brutal, pero, seguramente, el desabastecimiento de Antioquía era consecuencia de una mala cosecha, agravada por el avituallamiento del ejército acuartelado en los alrededores y por el oportunismo de los especuladores (Barnes, 1998).¹⁵⁷ Galo ya había hecho ejecutar a algunos miembros del orden decurional, «enfurecido porque, en un momento de carestía, cuando él les había urgido inoportunamente a bajar rápidamente los precios, le respondieron de un modo más violento de lo adecuado» (Amm. XIV, 7, 2). La reacción de Galo, entonces, fue señalar públicamente a Teófilo, gobernador de Siria. Cuando la hambruna se agravó, la plebe linchó a Teófilo y prendió fuego a la casa de Eubulo, personaje destacado de la ciudad (Amm. XIV, 7, 5-6).

El comportamiento de la plebe antioquena parece seguir unos patrones coherentes. Ante la amenaza de hambruna, acudió a la más elevada instancia y demandó soluciones; cuando la hambruna se hubo extendido sembrando muertes, atacó a los individuos que creía responsables de sus males: el gobernador, representante del poder en ausencia de Galo, y Eubulo, quizás uno de los especuladores implicados en la inflación de los precios. Con todo, la transformación de la «*Antiochensi plebi*» de Amm. XIV, 7, 5 en el «*uulgi sordidoris*» de Amm. XIV, 7, 6 es instantánea, y la masa actúa irracionalmente «bajo el impulso del hambre y de la rabia [*famis et furoris impulsu*]» (Amm. XIV, 7, 6).¹⁵⁸

¹⁵⁶ Aja Sánchez (1998) distingue tres niveles causales, en función de un nivel estructural, coyuntural o evenemencial. Las causas profundas y concretas, relacionadas con los niveles estructural y coyuntural, tenían que ver con la cristianización y los problemas de convivencia entre religiones; con el equilibrio de la economía y las deficiencias en el abastecimiento de una ciudad o con los estrechos cauces de expresión del descontento y la función parainstitucional de los espectáculos. Los catalizadores o agentes podían ser rumores, miedos, la aparición de un odiado representante del poder y una extensa gama de comportamientos individuales y colectivos.

¹⁵⁷ Tales fueron las causas de la hambruna padecida por los antioquenos en el año 362, estando Juliano instalado en la ciudad (De Jonge, 1948).

¹⁵⁸ Se trata de un procedimiento habitual en Amiano y en buena parte de la literatura greco-romana. Entre los años 355 y 356, la plebe de Roma protagonizó un nuevo levantamiento ante la carestía del precio del vino. Amiano presenta a la plebe como «multitud enardecida y amenazante, acuciada por la anterior re-

La irracionalidad de las masa es común a otros colectivos como los soldados. En el año 354, las tropas acantonadas en Cabilona protagonizaron un conato de motín frumentario y actuaron acosados «por el hambre y la furia [*inopia simul et feritas*]» (Amm. XIV, 10, 3). Este impulso feroz es compartido también por los bárbaros, que se comportan «acuciados por el hambre [*tumescentes inedia*]» (Amm. XVI, 5, 16) y «con el acicate del hambre [*fame urgente*]» (Amm. XVI, 5, 17).

Desde época republicana, el sustantivo ‘plebe’ estaba cargado de connotaciones despectivas y formaba parte del vocabulario político de un grupo social muy concreto (Hellegouarc'h, 1972). Amiano aplica el término a los bárbaros en veintinueve ocasiones; en dieciséis, a los habitantes de la Ciudad.¹⁵⁹ En septiembre de 377, «una ingente multitud de bárbaros [*uulgus inaestimabile barbarorum*] se hallaba acampada junto a Marcianópolis y estaba a punto de entablar batalla contra un ejército romano liderado por Profuturo, Trajano y Richomeres (Amm. XXXI, 7, 5). Ante las primeras escaramuzas, «toda la muchedumbre bárbara permanecía aún dentro de sus defensas [*plebs omnis intra saeptorum ambitum*]» (Amm. XXXI, 7, 8). En latín, ‘*saeptum*’ tiene el significado de «barrera», «vallado» o «seto», pero, declinado en plural, hace referencia a los *Saepta Iulia*.¹⁶⁰ A lo largo de las *Res gestae*, Amiano sólo utiliza otras dos veces el término

vuelta [*multitudo arrogantem et minacem, ex commotione pristina saeuentem*, XV, 7, 3]» y «banda de sublevados que se movían como serpientes [*tumultuantium undique cuneorum ueluti serpentium*]» (Amm. XV, 7, 5). Un nuevo motín sacudió Roma entre los años 360 y 361, esta vez exigiendo el abastecimiento de grano. Amiano considera que la «aviesa plebe [*minacissimae plebis*]» actuó de un modo insensato [*inrationabiliter*] (Amm. XIX, 10). En el 362, una turba linchó en Alejandría al obispo Georgio. Los alejandrinos actuaron «por su propio carácter y sin motivo alguno [*quae suopte motu, et ubi causae non suppetunt*]» (Amm. XXII, 11, 4), «enardecidos ya de por sí [*his efferatis hominum*]» (Amm. XXII, 11, 5).

¹⁵⁹ Aplicado a los bárbaros aparece en Amm. XV, 4, 12: alamanes lentienses [*barbaram plebem*]; XVI, 2, 9: los alamanes; XVI, 12, 17: los germanos de Vodomario; XVI, 12, 34: la infantería de los bárbaros en Estrasburgo [*miserabili plebe*]; XVII, 12, 12: cuados y sármatas; XVIII, 2, 9: germanos [*pugnacissima plebe*]; XVIII, 7, 1: ejército persa; XVIII, 8, 8: ejército persa; XX, 7, 15: los persas penetran por una brecha en Bezabde; XXV, 1, 15: ejército persa; XXV, 3, 13: ejército persa; XXV, 6, 3: ejército persa; XXV, 7, 2: ejército persa; XXVI, 7, 14: unos desertores [*desertorumque plebe promiscua*]; XXVII, 2, 1: alamanes [*barbarorum plebem*]; XXVII, 8, 9: britanos; XXVIII, 5, 2: sajones; XXIX, 1, 1: ejército persa; XXIX, 5, 29: pueblos moros; XXIX, 5, 34: ejército de Firmo; XXXI, 4, 4: los godos; XXXI, 4, 5: los godos [*plebem truculentam*]; XXXI, 4, 6: los godos [*barbaram plebem*]; XXXI, 5, 5: los godos [*barbaram plebem*]; XXXI, 7, 2: ejército de los godos; XXXI, 7, 8: los godos; XXXI, 7, 16: los godos [*barbaram plebem*]; XXXI, 12, 11: los godos; y XXXI, 12, 14: el ejército godo. Amiano se refiere a la plebe romana en los siguientes pasajes: Amm. XIV, 6, 26; XV, 7, 2; XVI, 10, 6; XVI, 10, 13; XIX, 10, 1; XIX, 10, 2; XXI, 12, 24; XXVI, 3, 2; XXVII, 3, 6; XXVII, 3, 8; XXVII, 3, 13; XXVIII, 4, 6; XXVIII, 4, 9; XXVIII, 4, 28; XXVIII, 4, 32; y XXX, 8, 9. La plebe de otras ciudades imperiales aparece en Amm. XIV, 7, 5; XV, 6, 4; XV, 8, 21; XV, 13, 2; XIX, 4, 1; XIX, 6, 1; XIX, 12, 14; XXI, 10, 2; XXI, 11, 2; XXII, 5, 3; XXII, 5, 4; XXII, 11, 8; XXIII, 5, 3; XXIV, 2, 21; XXV, 8, 17; XXVI, 6, 18; XXXI, 6, 2; y XXXI, 16, 7. El término es aplicado a los soldados romanos en Amm. XX, 6, 6; XXIV, 8, 2; XXV, 2, 1; y XXVI, 2, 3 (Viansino, 1985 II, p. 298).

¹⁶⁰ Área rectangular de trescientos metros de longitud por casi cien de anchura erigida entre el Panteón y el templo de Isis en tiempos de César (100-44) y concluida por Marco Vipsanio Agripa hacia el año 26 a. E. Los ciudadanos romanos, agrupados en centurias, depositaban allí su voto (Rosenberg, 1970; Emrys Strong y DeLaine, 1996).

‘*saeptum*’, bien es cierto que también en plural (Viansino, 1985 II, p. 517): Amm. XXX, 4, 19 y XXXI, 10, 19. Teniendo en cuenta las conexiones semánticas entre la masa y los bárbaros, así como la utilización de ‘vulgo’ y ‘plebe’ en Amm. XXXI, 7, 5-8, es posible que este pasaje oculte una maliciosa anfibología.

En el año 364, Órfito, el prefecto con quien Amiano abrió su primera digresión sobre Roma y nosotros comenzábamos este apartado, fue procesado por malversar los fondos del *arca uinaria* (Chastagnol, 1950). Amiano, que lo había presentado como un varón respetable y había culpado a la plebe romana por los desórdenes de 353/354, da cuenta de esta acusación. Sin embargo, todavía guarda fuerzas para introducir su particular versión de los hechos (Amm. XXVII, 3, 1-2):

«En la ciudad de Pistoia [...] un asno subió a una tribuna y comenzó a rebuznar con insistencia [...] Posteriormente, ocurrió lo que este portento había anunciado [...] Y es que Terencio, un panadero de familia humilde nacido en esta ciudad, como recompensa por haber acusado de malversación al antiguo prefecto Órfito, alcanzó el rango de censor en esta provincia».

«ÁVIDOS DE SANGRE BÁRBARA»: AMIANO EL EXTERMINADOR

«Los germanos estaban todavía tendidos por los lechos y junto a las mesas [...] No temían una guerra [...] El César [*Germánico] dispuso sus ávidas legiones en cuatro cuñas para que la devastación fuera más amplia. Saquea un territorio de cincuenta millas a sangre y fuego. Ni el sexo ni la edad fueron motivo de compasión» (Tac. Ann. I, 50-51). «Así pues, con el estímulo del ardor del combate y los frutos de la victoria, se aprestaron [*Constancio II y sus ejércitos] a la aniquilación de los desertores o de los que se ocultaban escondidos en chozas. A estos, cuando los soldados llegaron a este lugar, ávidos de sangre bárbara [*auidus barbarici sanguinis*], después de destrozar las ligeras techumbres, los mataban; y a nadie libró del peligro de la muerte una cabaña, ni aun las construidas con maderos muy gruesos. Finalmente, cuando ya todo ardía y nadie podía ocultarse, sesgado todo asomo de vida, o moría con obstinación consumidos por el fuego, o, al salir para evitar las llamas y dejar atrás la muerte, eran abatidos por la espada del enemigo» (Amm. XVII, 13, 13).

Los relatos de Tácito y Amiano Marcelino para los años 14 y 358 d. E. constituyen dos buenos ejemplos de lo que Andreas Alföldi denominó la «barrera moral del Danubio»: a Roma jamás le tembló el pulso cuando hubo de llevar expediciones de castigo y exterminio al territorio de los bárbaros (Lacey, 1953; Saddington, 1975).

En el siglo IV d. E., esa «barrera moral» se había difuminado y trasladado a las entrañas del imperio. La presión de los bárbaros había colapsado las fronteras: en 378, como ya hemos visto, los godos acabaron con el emperador Valente, con treinta y cinco oficiales y con las dos terceras partes del ejército romano en Adrianópolis; en 382, se asentaron como federados en Tracia con el consentimiento de Teodosio I; en 410, saquearon Roma comandados por Alarico (Heather, 2006). Paralelamente, los ejércitos romanos se nutrieron de reclutas germanos cada vez con mayor frecuencia, e individuos de onomástica bárbara ocuparon los cuadros de mando y las escuelas palatinas (Jones, 1964 II).

El debate pronto estuvo servido: hubo quien defendió la necesidad de acoger a los bárbaros en el imperio invocando principios universalistas como la φιλανθρωπία y la *humanitas* y quien abominó dicha posibilidad. Amiano se situó decididamente junto a los detractores de la integración (Paschoud, 1967; Ratti, en Den Boeft et al., 2007).

Nuestro historiador puede tolerar la inclusión de gentes bárbaras en los ejércitos romanos: Víctor, general de Juliano, era «de origen sármata, pero noble y cauto [Sarma-

ta sed cuuntator et cautus]» (Amm. XXXI, 12, 6); el tribuno alamán Hariobaudes destacaba por su «fidelidad y valentía [*fidei fortitudinisque*]» (Amm. XVIII, 2, 2); y, aunque fruto de la animadversión amianea hacia Constancio II, el comportamiento de los franceses Silvano y Malarico durante la usurpación del primero llama a la commiseración (Amm. XV, 5).

Nuestro historiador, decíamos, puede tolerar la inclusión de gentes bárbaras en los ejércitos romanos. Cosa bien distinta es que la elogie o promueva. Amiano llama «aduladores expertos [*eruditis adulatoribus*]» a quienes aconsejaron que Valente concediera asilo a los godos en 376 (Amm. XXXI, 4, 4). Los reproches contra planteamientos similares alcanzan incluso al emperador Juliano, el héroe de las *Res gestae*: «[*Juliano] nombró cónsul a Mamertino, prefecto del pretorio en el Ilírico, así como a Nevita, aunque no hacía mucho había criticado de forma desmesurada a Constantino como si hubiera sido él el instigador en esta promoción de los bárbaros a puestos elevados» (Amm. XXI, 12, 25). «Hubiera debido evitar aquello que criticaba con tanta dureza» (Amm. XXI, 10, 8).

Amiano justifica el exterminio de los bárbaros para salvaguardar la seguridad del imperio en dos pasajes de las *Res gestae*.¹⁶¹ En el verano de 370, los sajones llevaron a cabo una correría en Galia, pero fueron derrotados por las tropas de Nanneno y Severo. Tras una difícil negociación, obtuvieron la ansiada tregua y el permiso para regresar a su patria sin ser hostigados; a cambio, entregaron a los jóvenes en edad militar. Pero los romanos, traicionando el pacto, tendieron una emboscada y los aniquilaron (Amm. XVIII, 5, 1-6). Amiano aprueba esta degollina como sigue (Amm. XVIII, 5, 7): «Aunque, si una persona justa examina atentamente esta situación la considerará pérflida e indigna, lo cierto es que, si se analiza el resultado, no consideraría tan indigno el que se haya podido finalmente encontrar una ocasión para acabar con esa banda de ladrones».

Tras aplastar al ejército romano en Adrianópolis, los godos, junto a diversos contingentes de hunos y alanos, comenzaron a asolar Tracia (Amm. XXXI, 16, 1-7). Ante esta situación desesperada, Julio, oficial de alta graduación, tomó una decisión drástica: ordenó reunir a todos los godos que habían sido admitidos por Valente en 376

¹⁶¹ En un tercer pasaje, parece lamentar que el general Frigerido perdonara la vida a los godos y taifalos vencidos antes de Adrianópolis (Amm. XXXI, 9, 4): «Este ataque logró terminar con un buen número de ellos y los hubieran matado absolutamente a todos sin que quedara siquiera un mensajero que comunicara esta noticia si [...] Frigerido no se hubiera apiadado de los supervivientes, después de que estos le suplicaran una y otra vez». A continuación, Amiano censura las costumbres pederásticas de los taifalos que acaban de ser perdonados, y los considera un «pueblo repulsivo con costumbres indecentes [*gentem turpem ac obscenae uitae*]» (Amm. XXXI, 9, 5) [Traducción propia].

y cuyo paradero todavía se conocía para, por medio de una estratagema, exterminarlos de una sola vez. Amiano informa aliviado que la «prudente orden se cumplió sin confusión ni demora alguna [*consilio prudenti sine strepito uel mora completo*]». Y recuerda, sutil, que la cadena de mano era íntegramente romana, «cosa rara en aquella época [*rectores, Romanos omnes –quod his temporibus raro contingit*]» (Amm. XXXI, 16, 8).

Amm. XXXI, 16, 8 es el penúltimo pasaje de las *Res gestae* y, posiblemente, denuncia la política de asimilación que Teodosio I, forzado por las circunstancias, había implantado desde el año 382. Para François Paschoud (1967), la actitud de Amiano puede explicarse aludiendo a factores diversos como su experiencia militar, sus prejuicios de intelectual o, simplemente, la envidia.¹⁶² La actitud virulenta de Amiano no es un caso aislado.¹⁶³ Pero sí contrasta con otros pasajes de las *Res gestae* en los que el autor se muestra especialmente mesurado: «Cuando hay que tomar una decisión sobre la vida y el espíritu de un hombre, que es parte del mundo y que forma parte del grupo de los seres vivos, conviene que se medite mucho» (Amm. XXIX, 2, 18).

¹⁶² Desde los tiempos de Varo, los romanos conocían los riesgos funestos de la traición. Amiano, enrolado en el ejército desde el año 350, sabía que la integración de los bárbaros en las cadenas de mando podía resultar peligrosa: «[*Juliano] puso a Nevita al frente de la caballería, ya que recelaba de Gomorario, quien ya había dado muestras en otra época de ser un traidor» (Amm. XXI, 8, 1). La figura de Nevita es interesante porque la crítica de Amiano informa sobre sus prejuicios de intelectual: «Como compañero en el consulado de Mamertino, [*Juliano] eligió a Nevita, un hombre nada comparable ni en esplendor [*splendore*] ni en utilidad [*usu*] ni en gloria [*gloria*] a aquellos a los que Constantino había encomendado la más alta de las magistraturas. Todo lo contrario, era rudo, agrestre y, lo que era menos tolerable, cruel en el desempeño de su alta magistratura [*contra inconsuetum et subagrestem, et quod minus erat ferendum, celsa in potestatem crudelem*]» (Amm. XXI, 10, 8). Finalmente, Amiano, hombre culto y prometedor oficial a la altura del año 359, fue relegado al remoto puesto fronterizo de Cercusio por Constantino II tras la pérdida de Amida y la caída en desgracia de Ursicino (Thompson, 1947). No debía de resultarle sencillo conciliar su truncada carrera con la promoción de hombres como Nevita.

¹⁶³ Herodiano reconoce que «la vida de un bárbaro [*germano] tenía escasa importancia» a mediados del siglo III (Hdn. VIII, 1, 3)

EL PREJUICIO INHIBIDO: DEFECCIÓN Y COLABORACIÓN

Antes de que la resolución de Julio hubiera llegado a buen puerto, los godos, los hunos y los alanos habían sacudido toda Tracia. Pero no estaban solos. «Cada día, se les iba uniendo una multitud de su propio pueblo [*ex eadem gente multitudo*], entre los que se encontraban gentes vendidas tiempo atrás por mercaderes, o aquellos que, cuando cruzaron por primera vez [*en 376] y estaban muertos de hambre, habían sido intercambiados por un mal vino o por un insignificante pedazo de pan. A estos se les iban sumando expertos en buscar minas de oro, y aquellos que no podían soportar la pesada losa de los impuestos, siendo recibidos de muy buen grado por todos, ya que fueron de gran utilidad mientras recorrían lugares desconocidos. No en vano, les mostraban los almacenes secretos de grano y los escondites de las personas».¹⁶⁴

A los godos, que acababan de infligir una terrible derrota a Roma, no sólo se les unían esclavos bárbaros, sino ciudadanos romanos de estatus variado, desde militares a funcionarios, pasando por trabajadores especializados. En el año 449, Prisco de Panio, diplomático e historiador, halló a un comerciante griego que vivía y combatía junto al más bárbaro de todos los pueblos: los hunos de Atila (Paschoud, 1967; Thompson, 1980).

La colaboración con el bárbaro fue un fenómeno eventual que, generalmente, se producía en circunstancias de extremada gravedad y vacío de poder.¹⁶⁵ Los primeros ejemplos documentados de colaboración masiva con el bárbaro se retrotraen al siglo II d. E. El fenómeno se recrudeció a partir del año 354 en la frontera danubiana, y eclodionó a mediados del siglo V, cuando la mitad occidental del imperio se había desmoronado (Thompson, 1980; Chauvot, 1998).

Los esclavos, de extracción étnica bárbara, junto a elementos empobrecidos de la sociedad, eran los primeros en engrosar las filas de los invasores. Los comerciantes conformaban un colectivo peculiar que explotaba la inestabilidad de las zonas fronterizas.

¹⁶⁴ Amm. XXXI, 6, 5-6. La perifrasis ‘*aurei uenarum periti non pauci*’ designa el oficio de *metallarius*, hereditario y desempeñado por individuos de estatus libre (Sabbah, 2002, pp. 263-264, n. 440). ‘*Receptacula secretiora*’ designa los almacenes de grano destinados al aprovisionamiento de las guarniciones (Sabbah, 2002, p. 265, n. 441).

¹⁶⁵ El bárbaro era un personaje familiar para la mayor parte de la población, que combatía contra él en los ejércitos romanos y saciaba sus pasiones contemplándolo morir en los anfiteatros. Además, en esas mismas circunstancias, existen casos de resistencia encubierta al bárbaro. Durante el siglo III, las ciudades de Atenas, Tesalónica, Nicópolis y Filopópolis plantaron cara al invasor godo; en el año 363, los habitantes de Nísibis se aterraron al enterarse de que Joviano había entregado la ciudad al persa como condición para firmar la paz (Chauvot, 1998).

zas.¹⁶⁶ Su actividad estremece por sencilla y desaprensiva: una vez los bárbaros habían saqueado las provincias limítrofes, adquirían el botín de guerra—romanos apresados, joyas, tejidos— y lo revendían a compradores en el imperio. Era habitual, además, que los mercaderes acompañaran a los bárbaros para asesorarlos en sus pillerías sobre el territorio romano: cuanto mayor fuera el botín saqueado, más jugosas serían las ganancias. La legislación imperial intentó atajar estas prácticas sin demasiado éxito (Thompson, 1980; Lenski, en Mathisen y Shanzer, 2011).

Otros colectivos colaboraban porque no tenían más remedio si deseaban conservar la vida: tal era el caso de los prisioneros, para quienes llegaron a emitirse amnistías. Pero la legislación imperial era consciente de que algunos ciudadanos colaboraban con el bárbaro por libre voluntad y que, al ser descubiertos, declaraban haber sido capturados. Estos «presuntos prisioneros» (Thompson, 1980, p. 78) debían someterse a una investigación para poder recuperar sus propiedades en suelo romano, según establecía una ley promulgada el año 366 (Thompson, 1980).

Algunas ciudades, finalmente, abrieron sus puertas a los bárbaros sin ofrecer resistencia. Los habitantes de Neocesarea del Ponto sentaron precedente en el siglo II. Hacia el año 378, Nicópolis se rindió a los godos sin derramar una gota de sangre (Chauvot, 1998). En el año 414, la ciudad de Bazas, al sur de Galia, estuvo a punto de ser entregada a los alanos por una parte de sus moradores y, en torno al mismo año, Burdeos se rindió a Ataúlfo (Thompson, 1980).

Hasta aquí lo que podríamos considerar ejemplos de defeción civil al bárbaro. No obstante, existió también una defeción tipificada como delito en la jurisdicción militar: la deserción. Los compendios jurídicos distinguieron entre el delito militar del retardo y el de la deserción.¹⁶⁷ Al igual que la defeción civil, la deserción se producía en circunstancias muy precisas que solían colocar al desertor entre la vida o la muerte. Inherente a la propia existencia de un ejército, la deserción aumentó exponencialmente desde el siglo II d. E. conforme la situación de Roma se agravó. Prueba de ello son las diecinueve leyes promulgadas entre abril de 363 y el año 412 con objeto de paliar la sangría de desertores (Vallejo Girvés, 1996).

¹⁶⁶ El municipio de Batnas, en Osroena, rebosaba «de ricos mercaderes al aproximarse el mes de septiembre, en el que celebra anualmente sus fiestas, congrega para las ferias una gran multitud de gentes de todo pelaje dispuesta a comprar las mercancías procedentes de la India y de los seres y otros muchos suelen llegar por tierra y por mar» (Amm. XIV, 3, 3).

¹⁶⁷ Modestino, en *De poenis* IV, precisa: «*Emansor est qui diu uagatus ad castra regreditur. Desertor est qui per prolixum tempus uagatus reducitur*» (Perea Yébenes, 2003, p. 116, n. 4). La deserción tampoco era equiparable a la incoparecencia ante el oficial reclutador ni al abandono del puesto o de las insignias militares (Vallejo Girvés, 1996).

Estos transmitían a los bárbaros conocimientos en materia de poliorcética e ingeniería naval.¹⁶⁸ Los desertores también podían reconvertirse en bandidos y, en ocasiones, contaban con la ayuda de los llamados *occultatores*, quienes, a su vez, podían cobi-jarlos junto a esclavos fugados y colonos, pero también reducirlos a condición servil. Si el *occultator* era de condición humilde, se le condenaba a trabajos forzados en las minas; si de estatus elevado, a la confiscación de la mitad de su patrimonio (Gagé, 1971; Vallejo Girvés, 1996).

Las fuentes literarias emplean una extensa gamas de términos para designar la deserción: *configere*, *perfugare*, *perfugere*, *transfugare*, *transire*... (Vallejo Girvés, 1996). Amiano suele utilizar *desertor*, *perfuga*, *transfuga* y derivados.¹⁶⁹ Desde mi punto de vista, ‘*transfuga*’ debe entenderse en un sentido amplio como sinónimo del colaborador que ha cometido defeción civil o militar, mientras que ‘*perfuga*’ posee un valor más restrictivo, próximo al de la deserción.¹⁷⁰ Sea como fuere, lo verdaderamente importante es que la colaboración con el bárbaro, si atendemos al testimonio de Amiano, fue un fenómeno que recorría todos los estratos de la sociedad romana con independencia del estatus, la procedencia geográfica o el credo religioso.

Desde finales del siglo III, los controles aduaneros que regulaban el flujo comercial entre los imperios romano y persa se habían instalado en la ciudad Nísibe (Sabbah, 1970, p. 196, n. 165). Seguramente gracias a ello, Antonino, un «terrateniente» [*posses-*

¹⁶⁸ En torno al año 194 d. E., las legiones derrotadas de Níger desertaron a Partia: «Pero a los soldados fugitivos, cuando se enteró [*Septimio Severo] de que estaban cruzando el Tigris pasándose a los bárbaros por el temor que les inspiraba, les concedió la amnistía. Sin embargo, no pudo recuperarlos a todos, pues buena parte de ellos ya estaba en territorio extranjero. Ésta fue la principal causa de que las tropas de estos bárbaros de allende el Tigris fueran a partir de entonces más diestras en combates cuerpo a cuerpo contra los romanos. Pues antes sólo sabían combatir a caballo con el arco, no se protegían con armamento completo ni se valían de jabalinas ni de espadas en los combates, sino que iban pertrechados de una forma ligera y con ropas cómodas. De esta forma, casi siempre combatían huyendo y disparando hacia atrás. Pero los soldados fugitivos, muchos de los cuales eran artesanos, al elegir la vida con los bárbaros, les enseñaron no sólo a usar las armas sino también a fabricarlas» (Hdn. III, 4, 7-8). En el año 419, el obispo de Quersoneso Asclepíades solicitó al emperador la liberación de varios individuos acusados de transmitir al bárbaro conocimientos en materia de ingeniería naval. El emperador claudicó, pero dispuso pena de muerte para todos los casos que se produjeran a partir de entonces (Thompson, 1980).

¹⁶⁹ Amm. XVI, 4, 1: *perfugis*; XVI, 12, 2: *perfuga*; XVI, 12, 21: *perfuga*; XVII, 1, 8: *perfugae*; XVIII, 5, 1-3: *fugam ad Persas*; XVIII, 6, 16: *profugus*; XVIII, 10, 1: *perfugarum*; XIX, 5, 5: *transfuga*; XIX, 9, 7: *perfugae*; XX, 4, 1: *perfugae*; XXI, 6, 8: *desseuisent ad Persam*; XXI, 7, 7: *perfugae*; XXI, 13, 14: *transfugae*; XXV, 5, 8: *discessit ad Persas*; XXV, 6, 6: *transfugis*; XXV, 7, 1: *perfugarum*; XXVI, 7, 14: *desertorumque plebe promiscua*; XXVII, 8, 9: *transfugarum*; XXVII, 8, 10: *desertores*; XXVII, 10, 4: *ad Romanum transtulit*; XXVII, 12, 5: *perfugas*; XXIX, 5, 31: *desertoribus*; XXX, 7, 4: *deseruerat*; XXXI, 7, 7: *transfugarum*; XXXI, 15, 2: *per proditores et transfugas*; XXXI, 15, 8: *defecerant*; XXXI, 16, 1: *perfugis*.

¹⁷⁰ ‘*Perfuga*’ y ‘*transfuga*’ no son siempre desertores «from the enemy» que colaboran con Roma como propone Austin (1979, p. 132).

sorem], se había convertido también en «comerciante acaudalado [*mercatore opulento*]» (Amm. XVIII, 5, 1-3). Cuando los mercaderes fueron gravados con idénticas obligaciones que los decuriones, Antonino alcanzó el puesto de *rationarius* del gobernador militar de Mesopotamia y entró en el cuerpo de los *protectores domestici* (Sabbah, 1970, p. 196, n. 165). A la altura de 359, Antonino, atenazado por deudas y litigios, cruzó el río Eúfrates y se unió a los persas en compañía de su esposa, hijos y allegados, no sin antes haber recabado abundante información estratégica y confidencial que puso a disposición del enemigo en plena guerra (Amm. XVIII, 5, 2-3 y 6).

El ataque de los persas sorprendió a Amiano, que debió escapar velozmente a lomos de su montura. «Libres de este peligro, cuando llegamos a un lugar boscoso con plantaciones de viñas y árboles frutales [...] sólo encontramos a un soldado escondido en un refugio apartado, puesto que todos sus habitantes habían huido» (Amm. XVIII, 6, 16). El soldado, perteneciente a un escuadrón de caballería, había nacido en París. Temió el castigo por una fechoría cometida, se pasó a los persas, tomó esposa y engendró hijos. «Fue ejecutado [*occiditur*]» por desempeñar labores de espionaje (Amm. XVIII, 6, 16).

Los persas cobraron sus primeros trofeos al capturar Amida y Singara; pero no se detuvieron allí, sino que asediaron Bezabde. Durante el cerco, tras horribles pérdidas por ambos bandos, el obispo cristiano abandonó la ciudad para parlamentar con Sapor y convencerlo de que levantara el sitio. De vuelta a la ciudad, un rumor aseguraba que, en realidad, el obispo había informado al rey persa sobre los puntos débiles del recinto. «La sospecha pareció fundada [*uerisimile uisum est*]» (Amm. XX, 7, 9); la ciudad cayó en 360.

Trece años más tarde, en 373, un caminante anónimo que transitaba por la ribera del Eúfrates divisó una colina tomada por soldados. Temeroso, para evitarlos, se internó por un sendero casi oculto, frondoso de árboles y arbustos. De repente, topó con una comitiva de armenios, entre los que se contaba Papa, rey a quien Valente había intentado asesinar traicioneramente (Amm. XXX, 1, 13-14). «El propio rey, acompañado por los suyos, fue conducido de vuelta por el caminante, que les llevó por el mismo sendero que él había hecho antes» (Amm. XXX, 1, 15).

Entre los años 359 y 373, un individuo de alto estatus, un soldado galo de caballería, un obispo y un caminante anónimo prestaron ayuda al bárbaro en la frontera

oriental del imperio. Ejemplos análogos surcan las *Res gestae* de principio a fin.¹⁷¹ El relato de Amiano es valioso no porque narre sucesos que acontecieran realmente, sino porque el caminante, el obispo, el galo y el comerciante pueden tenerse por colaboradores potenciales que, en circunstancias extremas, inhiben sus prejuicios.

¹⁷¹ Amm. XIV, 3, 4: varios soldados persas pendientes de castigo son admitidos por los romanos [*admissi... ad praesidia Romana*]; XVI, 4, 1: desertores romanos [*perfugis*] informan a los alamanes de la debilidad de Juliano; XVI, 12, 2: un escutario desertor [*perfuga*] transmite información a los alamanes antes de la batalla de Estrasburgo; XVI, 12, 21: los romanos interrogan a un desertor [*perfuga*] alamán; XVII, 1, 8: Juliano obtiene información de un desertor [*perfugae*] alamán; XVIII, 6, 20: Joviniano, rehén persa de los romanos, colabora con ellos en secreto; XVIII, 10, 1: varios desertores [*perfugarum*] informan a Sapor sobre las riquezas de Reman y Busan; XIX, 5, 5: un colaborador [*transfuga*] guía a setenta arqueros persas; XIX, 9: Craugasio, un nisibeno, se pasa al bando persa tal y como había hecho Antonino; XX, 4, 1: desertores [*perfugae*] persas informan a Constancio II; XXI, 7, 7: Constancio II obtiene información de exploradores y desertores persas [*perfugae*]; XXI, 13, 4: exploradores y colaboradores [*transfugae*] transmiten informaciones contradictorias a Constancio II —¿acciones de contrainformación?; XXV, 5, 8: el portaestandarte de los Jovianos, cuerpo de elite, deserta al persa [*discessit ad Persas*] tras la derrota del año 363; XXV, 6, 6: los persas escuchan el rumor sobre la muerte de Juliano merced a unos colaboradores [*transfugis*]; exploradores y desertores [*perfugarum*] informan a Sapor de los movimientos romanos tras 363; XXVI, 7, 14: el usurpador Procopio se gana el apoyo de un grupo de desertores [*desertorumque*]; XXVII, 8, 9: Teodosio extrae información de cautivos y colaboradores [*transfugarum*]; XXVII, 8, 10: Teodosio convoca a los desertores [*desertores*]; XXVII, 12, 5: Cibaces y Arrabannes, desertores [*perfugas*], traicionan a Sapor; XXIX, 5, 31: Teodosio quema y mutila a unos desertores [*desertoribus*]; XXX, 6, 6: trabajadores e individuos con información confidencial colaboran con los godos; XXXI, 7, 4: las cohortes de Richomeres, diezmadas por las deserciones [*deseruerat*]; XXXI, 7, 7: los godos reciben información de colaboradores [*transfugarum*]; XXXI, 10, 20: Graciano castiga a un escudero traidor [*proditore*] —se reclutaban entre los miembros de las escuelas palatinas (Sabbah, 2002, p. 274, n. 490); XXXI, 15, 2: los godos conocen el paradero del tesoro imperial y del alto mando gracias a la información de traidores y colaboradores [*per proditores et transfugas*]; XXXI, 15, 8: los godos convencen a varios guardias candidatos que habían desertado [*defecerant*] para que incendien Adrianópolis; XXXI, 16, 1: godos, hunos y alanos obtienen información a través de desertores [*perfugis*].

¿QUÉ TIPO DE PREJUICIO? CONCLUSIONES FINALES

La plebe romana clamaba para «echar a todos los extranjeros» y solventar así la carestía de alimentos en el Circo Máximo (Amm. XXVIII, 4, 32). Esa misma plebe saciaba su sed de sangre contemplando la muerte violenta de bárbaros en el Coliseo, donde se calcula que unas doscientas mil personas perdieron la vida (Heather, 2006). Lejos de la Ciudad, junto al río Mosa, los soldados hambrientos y ateridos de frío insultaban a Juliano llamándolo «asiático y grieguecillo» (Amm. XVII, 9, 3). El prejuicio, innato al ser humano, salpicó por igual a todas las capas de la sociedad romana pese a que pudiera ser inhibido en ocasiones de excepción. Ahora bien, la racionalización del prejuicio debió de seguir unos cauces propios para la inmensa mayoría de la población, cuyos referentes culturales se edificaban sobre la tradición oral y la propia experiencia.

Para Amiano Marcelino, en cambio, ese mismo prejuicio también era racionalizado a través de la lectura y la erudición. Amiano construyó una noción cultural de la barbarie que prestaba especial importancia al aspecto físico de los pueblos y situaba en el puesto más elevado de la escala a los hunos. El bárbaro era un ser irracional, violento e inferior cuyo exterminio podía ser plenamente recomendable para preservar el orden y la paz romana. La animalización, la caracterización por medio de un campo semántico bien definido y la estereotipación ayudaban a justificar la inferioridad del bárbaro y, llegado el caso, su aniquilación. Por el momento, no parece aconsejable asegurar que Amiano reservara un papel protagonista a la teoría del determinismo ambiental en su noción de barbarie.

A la vista de estas conclusiones, la siguiente tarea es poner el nombre más preciso a los prejuicios de Amiano, sabiendo que la simple denominación es ya una deformación de la realidad histórica. ‘Racismo’ no es sólo un término totalmente anacrónico para el Mundo Antiguo sino también incorrecto porque, entre otras cosas, ignora que el campo semántico de la barbarie se aplicó a otros sujetos de alteridad como los tiranos o la plebe a la manera de un «manto reversible».

‘Heterofobia’ es un término acuñado por el filósofo Zygmunt Bauman, quien lo define como «angustia que provoca la sensación de no controlar una situación» (2008, p. 89). Ese «miedo al Otro» es un fenómeno corriente en todas las épocas históricas, y bien podría designar el prejuicio amiano hacia Valentiniano I, Valente y las masas; podría, incluso, designar el prejuicio de Amiano hacia los bárbaros. Pero aún es posible precisar más.

‘Xenofobia’ sería un término acertadísimo de no ser por la existencia del sustantivo griego ‘ξένος’, cuyo significado de «huésped» puede inducir al error. Por todo ello, propongo la utilización del término «barbarofobia» para designar el prejuicio de Amiano Marcelino hacia el bárbaro.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

i) Fuentes antiguas

- AMIANO MARCELINO. *Ammiani Marcellini quae supersunt*. Edición de A. Wagner y C. G. A. Erfurdt, 1808. Lipsiae, Weidmannia. Tres volúmenes.
- . *Historias I. Libros XIV-XIX*. Edición de C. Castillo García, C. Alonso del Real Montes y Á. Sánchez-Ostiz Gutiérrez, 2010. Madrid, Gredos.
- . *Historia*. Edición de M^a. L. Harto Trujillo, 2002. Madrid, Akal.
- . *Histoire. Livres XIV-XVI*. Edición de É. Galletier y J. Fontaine, 1978. Paris, Les Belles Lettres.
- . *Histoire. Livres XVII-XIX*. Edición de G. Sabbah, 1970. Paris, Les Belles Lettres.
- . *Histoire. Livres XXIII-XXV*. Edición de J. Fontaine, 1987. Paris, Les Belles Lettres. Dos tomos.
- . *Histoire. Livres XXVI-XXVIII*. Edición de M. A. Marié, 1984. Paris, Les Belles Lettres.
- . *Histoire. Livres XXIX-XXXI*. Edición de G. Sabbah, 2002. Paris, Les Belles Lettres.
- ARISTÓFANES. *L'Assamblée des femmes – Ploutos*. Edición de V. Coulon y H. van Daele, 1963. Paris, Les Belles Lettres.
- . *Les Acharniens – Les cavaliers – Les nuées*. Edición de V. Coulon y H. van Daele, 1967. Paris, Les Belles Lettres.
- ARISTÓTELES. *Aristotelis Politica*. Edición de O. Immisch, 1909. Lipsiae, Teubneri.
- . *Ética a Nicómaco*. Edición bilingüe de M. Araujo y J. Marías, 1970. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- . *Política*. Edición de M. García Valdés, 1994. Madrid, Gredos.
- AA. VV. *Antología palatina*. Edición de M. Fernández Galiano. Madrid, Gredos, 1978. Dos tomos.
- AA. VV. *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*. Edición de A. Bernabé, 1995. Barcelona, Círculo de Lectores.
- CICERÓN. Cicerón. *Discursos contra Marco Antonio o Filípicas*. Edición de J. C. Martín, 2001. Madrid, Cátedra.
- . *Discours. Philippiques I-IV*. Edición de A. Boulanger y P. Wuilleumier, 2002. Paris, Les Belles Lettres.
- . *Discours. Philippiques V-XIV*. Edición de P. Wuilleumier, 2002. Paris, Les Belles Lettres.
- . *Discursos VI. Filípicas*. Edición de M. J. Muñoz Jiménez, 2006. Madrid, Gredos.
- HERODIANO. *Herodian in two volumes*. Edición de C. R. Whittaker, 1969. Oxford, Loeb.
- . *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*. Edición de J. J. Torres Esbarranch, 1985. Madrid, Gredos.
- HERÓDOTO. *Historia*. Edición de C. Schrader, 2006. Madrid, Gredos. Cinco tomos.
- HIPÓCRATES. *Tratados hipocráticos*. Edición de M^a. D. Lara Nava (*et al.*), 2000. Madrid, Gredos.
- . *Œuvres complètes. Airs – Eaux – Lieux*. Edición de J. Jouanna, 2003. Paris, Les Belles Lettres.
- HOMERO. *Ilíada*. Edición de L. Segalá Estalella, 1972. Barcelona, Juventud.
- . *Odisea*. Edición de L. Segalá Estalella, 1981. Barcelona, Bruguera
- JENOFONTE – PSEUDO-JENOFONTE. *Obras socráticas – La república de los atenienses*. Edición de O. Guntiñas Tuñón, 1984. Madrid, Gredos.
- PLATÓN. *La República*. Edición bilingüe de J. M. Pabón y M. Fernández-Galiano, 1997. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- . *Las Leyes*. Edición bilingüe de J. M. Pabón y M. Fernández-Galiano, 1999. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- PSEUDO-ARISTÓTELES – ANÓNIMO. *Fisiognomía — Fisiólogo*. Edición de T. Martínez Manzano y C. Calvo Delcán, 1999. Madrid, Gredos.
- TÁCITO. *Anales*. Edición de J. L. Moralejo, 1984. Madrid, Gredos. Dos volúmenes.

TUCÍDIDES. *Historia de las guerras del Peloponeso*. Edición de J. J. Torres Esbarranch, 1990. Madrid, Gredos. Cuatro volúmenes.

ii) Bibliografía secundaria

- AGUIRRE ROJAS, C. A., 2002. *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*. México, Ediciones La Vasija.
- AJA SÁNCHEZ, J. R., 1998. *Tumultus et urbanae seditiones: sus causas. Un estudio sobre los conflictos económicos, religiosos y sociales en las ciudades tardorromanas (S. IV)*. Santander, Universidad de Cantabria.
- ALFÖLDY, G., 2012. *Nueva historia social de Roma*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- ALVAR, J., 1994. Escenografía para una recepción divina: la introducción de Cibeles en Roma. *DHA*, 20, 1, pp. 149-169.
- AMPOLO, C., 1996. Tra Greci e tra ‘barbari’ e Greci: Cronache di massacri e tipologia dell’eccidio nel mondo ellenico. *QS*, 44, pp. 5-28.
- ANDRÉS RUPÉREZ, M. T., 2010. Identificando la identidad en la prehistoria, por la Prehistoria. *Salduie*, 10, pp. 13-43.
- ANTONETTI, C., 1987. *AGRAIOI et AGRIOI*. Montagnards et bergers: un prototype diachronique de sauvagerie. *DHA*, 13, pp. 199-236.
- AUBERT, J. J., 1999. Du noir en noir et blanc: éloge de la dispersion. *MH*, 56, 3, pp. 159-182.
- AUERBACH, E., 1983. La prisión de Petrus Volvomeres. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 55-78.
- AUGÉ, CH., 1994. Sandas. *LIMC VII¹*. Zürich-München, Artemis, pp. 662-665.
- AUJAC, G., 1966. *Strabon et la science de son temps: les sciences du monde*. Paris, Les Belles Lettres.
- AUSTIN, N. J. E., 1979. *Ammianus on Warfare. An Investigation into Ammianus' Military Knowledge*. Bruxelles, Latomus.
- AA. VV., 1972. *Actes du Colloque 1971 sur l'esclavage*. Paris, Les Belles Lettres.
- BABELON, E. y BLANCHET, J. A., 1895. *Catalogue des bronzes antiques de la Bibliothèque Nationale [en línea]*. Disponible en: <<https://archive.org/stream/cataloguedesbron00bibluoft#page/n1/mode/2up>>. Última consulta: 07/01/2015.
- BACKHAUS, W., 1976. Der Hellenen-Barbaren-Gegensatz und die Hippokratische Schrift Περὶ ἀέρων ὑδάτων τόπων. *Historia*, 25, 2, pp. 170-185.
- BACK, L. y SOLOMOS, J. (eds.), 2001. *Theories of Race and Racism: A Reader*. London-New York, Routledge.
- BADIAN, E., 1968. *Roman imperialism in the late Republic*. Oxford, Basil Blackwell.
- BALSDON, J. P. V. D., 1940. T. J. HAARFOFF, *The Stranger at the Gate*. London, New York and Toronto: Longmans, Green and Co., 1938. Pp. xii + 354. 12 \$. 6 d. *JRS*, 30, pp. 219-220.
- , 1979. *Romans & Aliens*. London, Duckworth.
- BARLOW, J., 2004. The emergence of identity/alterity in Late Roman ideology. *História*, 53, 4, pp. 501-502.
- BARNES, T. D., 1998. *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality*. Ithaca-London, Cornell University Press.
- BATTEGAZZORE, A. M., 1995. La dicotomia greci-barbari nella Grecia classica: riflessioni su cause ed effetti di una visione etnocentrica. *Sandalion [en línea]*, 18, pp. 5-34. Disponible en: <http://eprints.uniss.it/4606/1/Battegazzore_A_Dicotomia_Greci_Barbari_nella.pdf>. Última consulta: 10/01/2015.
- BAUMAN, Z., 2008. *Modernidad y holocausto*. Madrid, Sequitur.

- BERMEJO BARRERA, J. C., 2003. La arqueología de la identidad: una vieja filosofía de la historia. A propósito del libro de Almudena Hernando *Arqueología de la identidad*, Madrid, Akal, 2002. *Gallaecia*, 22, pp. 555-560.
- BODÉUS, R., 1982. *Le philosophie et la cité. Recherches sur les rapports entre morale et politique dans la pensée d'Aristote*. París, Les Belles Lettres.
- BEAZLEY, J. D., 1968. *ARV II*. Oxford, Clarendon Press.
- BENEDICT, R., 1941. *Raza: Ciencia y Política*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BERNAL, M., 1993. *Atenea negra : las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. Vol. I, La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*. Barcelona, Crítica.
- BICKNELL, P. J., 1982. Herodotus 5.68 and the Racial Policy of Klesithenes of Sikyon. *Greek, Roman & Byzantine Studies* [en línea] 23, pp. 193-201. Disponible en <file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/6151-15025-1-PB.pdf>. Última consulta: 23/12/2014.
- BIZUMIC, B., 2014. Who Coined the Concept of Ethnocentrism? A Brief Report. *Journal of Social and Political Psychology*, 2, 1, pp. 3-10.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1971. La Iberia de Estrabón. *Hispania Antiqua*, 1, pp. 11-94.
- BLOCKLEY, R. C., 1975. *Ammianus Marcellinus. A Study of His Historiography and Political Thought*. Bruxelles, Latomus.
- , 1977. Ammianus Marcellinus and the Battle of Strasburg: Art and Analysis in the *History*. *Phoenix*, 31, 3, pp. 218-231.
- , 1988. Ammianus Marcellinus and the Persian Invasion of AD 359. *Phoenix*, 42, 3, pp. 244-260.
- BOARDMAN, J., 1991. Arte helenístico. *El arte griego*. Madrid, Destino, pp. 171-222.
- BOVON, A., 1964. 8-. *Grecs et Barbares* (Fondation Hardt. Entretiens sur l'Antiquité classique, tome VIII). In-8º, IX-259 p. Vandoeuvres-Genève, 1961. Prix, F. s. 28; F. 32. *Revue des Études Grecques*, 77, pp. 303-304.
- BRADLEY, K. R., 2000. Animalizing the Slave: the Truth of the Fiction. *JRS*, 90, pp. 110-125.
- BRAUND, D. C., 1984. *Rome and the Friendly King. The Character of the Client Kingship*. London, Croom Helm.
- BRUNT, P. A., 1966. The Roman Mob. *P&Pt*, 35, 4, pp. 3-27.
- , 1982. *Nobilitas and Novitas*. *JRS*, 72, pp. 1-17.
- BUGNER, L. (coord.), 1976. *The image of the black in western art I y II*. Cambridge-London, Harvard University Press.
- BURKE, B. CH., 1991. *Cicero the champion of uirtus*. Ann Arbor, UMI. Tesis doctoral.
- BURKE, P., 2001. *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, Crítica.
- BURNS, T. S., 1973. The Battle of Adrianople: A Reconsideration. *Historia*, 22, 1, pp. 336-345.
- BURSTEIN, S. M., 1996. The Debate over Black Athena. *Scholia*, 5, pp. 3-16.
- BUSCHOR, E., 1971. *Greek Vase-Painting*. Chicago, Aegean Press.
- BYL, S., 1991. La physisomie du Περὶ ἀέρων, νδάτων, τόπων dans le Parisinus Lat. 7027. G. Sabbah (ed.), *Le latin médical. La constitution d'un langage scientifique*. Saint-Étienne, Université de Saint-Étienne, pp. 53-62.
- CABRERA, M. Á. (ed.), 2006. Dossier. Más allá de la historia social. *Ayer*, 62, 2, pp. 9-192.
- CALLU, 1982. Le jardin des supplices au Bas Empire. *Du châtiment dans la cité. Supplices corporels et peine de mort dans le monde antique*. Rome, École Française de Rome, pp. 313-359.
- CAMERON, A., 1998. Black and White: a Note on Ancient Nicknames. *American Journal of Philology*, 119, 1, pp. 113-117.
- CAMUS, P. M., 1967. *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du IVe siècle*. Paris, Les Belles Lettres.
- CAMUS, P., 1979. L'esclave en tant qu'OPGANON chez Aristote. *Schiavitù, manomissione e classi dipendenti nel mondo antico*. Roma, L'Erma di Bretschneider, pp. 99-104.
- CARO BAROJA, J., 1988. *Historia de la fisiognómica. El Rostro y el Carácter*. Madrid, Istmo.

- CASANOVA, J., 1987. Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo. *Zona Abierta*, 41-42, pp. 81-101.
- CASTILLO, C., 2006. Emperadores del pasado en las *Res gestae* de Ammianus Marcellinus. A. VIGOURT ET AL. (eds.), *Pouvoir et religion dans le monde romain*. Paris, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, pp. 173-181.
- , 2007. Amiano Marcelino, un hombre entre dos mundos: la impronta de Cicerón en las *Res gestae*. A. SÁNCHEZ-OSTIZ, J. B. TORRES GUERRA y R. MARTÍNEZ (eds.), *De Grecia a Roma y de Roma a Grecia. Un camino de ida y vuelta*. Pamplona, EUNSA, pp. 239-249.
- CASTRIOTA, D., 2005. Feminizing the barbarian and barbarizing the feminine. Amazons, Trojans and Persians in the Stoa Poikile. J. M. BARRINGER y J. M. HURWIT (eds.), *Periklean Athens and its Legacy: Problems and Perspectives* [en línea]. Austin, University of Texas Press, pp. 89-102. Disponible en <http://arthistory.wisc.edu/ah301/Castiota,_Feminizing_the_Barbaryan.pdf>. Última consulta: 10/01/2015.
- CAVARZERE, A., 2002. *Oratoria a Roma. Storia di un genere pragmatico*. Roma, Carocci.
- CHAMPION, C. B. (ed.), 2004. *Roman Imperialism. Readings and sources*. Oxford, Blackwell.
- CHASTAGNOL, A., 1950. Un scandale du vin à Rome sous le Bas-Empire: l'affaire du préfet Orfitus. *Annales*, 5, 2, pp. 161-183.
- , 1970. L'évolution de l'ordre sénatorial aux III^e et IV^e siècles de notre ère. *RH*, 244, pp. 305-314.
- CHAUVOT, A., 1998. *Opinions romaines face aux barbares au IV^e siècle AP*. J.-C. Paris, De Boccard.
- , 2010. Figure du cercle et représentation des Goths. *Ktèma*, 35, pp. 231-241.
- CLARKE, K., 1997. In Search of the Author of Strabo's *Geography*. *Journal of Roman Studies*, 87, pp. 92-110.
- , 1999. *Between Geography and History. Hellenistic Constructions of the Roman World*. Oxford, Clarendon Press.
- CICEK, E., 1989. L'image de l'autre et les mentalités romaines du I^{er} au IV^e siècle de notre ère. *Latomus*, 48, 2, pp. 360-371.
- CONDUCHÉ, D., 1965. Ammien Marcellin et la mort de Julien. *Latomus*, 24, 2, pp. 359-380.
- COPLESTON, F., 2007. La filosofía postaristotélica. *Historia de la filosofía I: Grecia y Roma*. Barcelona, Ariel, pp. 379-492.
- CORBEILL, A., 1996. *Controlling Laughter: Political Humor in the Late Roman Republic*. Princeton, Princeton University Press.
- CORNELL, T. J., 1999. *Los orígenes de Roma c. 1000-264 a. C. Italia y Roma de la Edad del Bronce a las guerras púnicas*. Barcelona, Crítica.
- CRUMP, G. A., 1975. *Ammianus Marcellinus as a military historian*. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (coord.), 1999. *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*. Málaga, Universidad de Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G., LE ROUX, P. y MORET, P. (eds.), 2006. *La invención de una geografía de la Península Ibérica II. La época imperial*. Málaga-Madrid, Diputación de Málaga-Casa de Velázquez.
- CUNY-LE CALLET, B., 2005. *Rome et ses monstres*. Grenoble, Jérôme Millon.
- DAUGE, Y. A., 1981. *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*. Bruxelles, Latomus.
- DEE, J. H., 2003. Black Odysseus, White Caesar: When Did "White People" Become "White". *JC*, 99, 2, pp. 157-167.
- , 2004. Benjamin Isaac, *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Princeton: Princeton University Press, 2004. Pp. xiv, 563. ISBN 0-691-11691-1. \$45.00. *Bryn Mawr Classical Review* [en línea]. Disponible en: <<http://bmcr.brynmawr.edu/2004/2004-06-49.html>> Última consulta: 24/12/2014.
- DE JONGE, P., 1948. Scarcity of Corn and Cornprices in Ammianus Marcellinus. *Mnemosyne*, 1, 3, pp. 238-245.
- DELACAMPAGNE, CH., 1983. *L'invention du racisme. Antiquité et Moyen-Age*. Paris, Fayard.

- DE LEY, H., 1980. Pangenesis versus Panspermia. Democritean Notes on Aristotle's *Generation of Animals*. *Hermes*, 108, 2, pp. 129-153.
- DEL REAL, C. A., 1972. *Esperando a los bárbaros*. Madrid, Austral.
- DE ROMILLY, J., 1993. Les barbares dans la pensée de la Grèce classique. *Phoenix*, 47, 4, pp. 283-292.
- DEMANDT, A., 1986. GENERALISSIMOS OF THE WESTERN ROMAN EMPIRE. By JOHN MICHAEL O'FLYNN. Edmonton: University of Alberta Press. 1983. Pp. xv, 238. *Phoenix*, 40, 1, pp. 115-118.
- DEN BOEFT, J., DEN HENGST, D. y TEITLER, H. C., 1992. Cognitio Gestorum. *The Historiographic Art of Ammianus Marcellinus*. Amsterdam, Royal Netherlands Academy of Arts and Sciences.
- DEN BOEFT, J. ET AL. (eds.), 2007. *Ammianus after Julian. The reign of Valentinian and Valens in books 26-31 of the Res gestae*. Leiden-Boston, Brill.
- DEN HENGST, D., 2013. Wiebke Vergin: *Das Imperium Romanum und Seine Gegenwelten. Sehepunkte* [en línea]. Disponible en: <<http://www.sehepunkte.de/2013/09/23006.html>>. Última consulta: 22/05/2015.
- DIKÖTTER, F., 1998. Race Culture: Recent Perspectives on the History of Eugenics. *The American Historical Review*, 103, 2, pp. 467-478.
- DRIJVERS, J. W. y HUNT, D. (eds.), 1999. *The Late Roman World and Its Historian. Interpreting Ammianus Marcellinus*. London-New York, Routledge.
- DRIJVERS, J. W., 2012. Decline of political culture: Ammianus Marcellinus' Characterization of the reigns of Valentinian and Valens. D. BRAKKE, D. DELIYANNIS y E. WATTS, *Shifting Cultural Frontiers in Late Antiquity*. Farnham, pp. 85-97.
- DROYSEN, J. G., 1983. *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona, Alfa.
- DUBUISSON, M., 2001. Barbares et barbarie dans le monde gréco-romain: du concept au slogan. *L'Antiquité classique*, 70, pp. 1-16.
- DUCH, LL. y CHILLÓN, A. La agonía de la posmodernidad. *El País* [en línea], 25 de febrero de 2012. Disponible en: <http://elpais.com/elpais/2012/02/07/opinion/1328616099_621222.html>. Última consulta: 25/02/2012.
- DUCREY, P., 1968. *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique des origines à la conquête romaine*. Paris, De Boccard.
- DUECK, D., 1999. The Date and Method of Composition of Strabo's 'Geography'. *Hermes*, 127, 4, pp. 467-478.
- , 2000. *Strabo of Asia. A Greek Man of Letters in Augustan Rome*. London-New York, Routledge.
- DUMINIL, M. P., 1983. Physiologie des vaisseaux. *Le sang, les vaisseaux, le cœur dans la collection hippocratique. Anatomie et physiologie*. Paris, Les Belles Lettres, pp. 135-291.
- DUNKLE, J. R., 1967. The Greek Tyrant and Roman Political Invective of the Late Republic. *TAPA*, 98, pp. 151-171.
- DURKHEIM, É., 1992. *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Madrid, Akal.
- DYSON, S. L., 1971. Native Revolts in the Roman Empire. *Historia*, 20, 1, pp. 239-274.
- EARL, D., 1984. *The Moral and Political Tradition of Rome*. London, Thames & Hudson.
- EDELSTEIN, 1963. Hippokrates. *RE VIII²*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, pp. 1802-1851.
- EMRYS STRONG, D. y DELAINE, J., 1996. *Saepta Iulia. OCD*. Oxford, Clarendon Press, p. 1346.
- EPSTEIN, D., 1987. *Personal Enmity in Roman Politics: 218-43 BC*. London.
- ESCRIBANO, V., 1993a. El vituperio del tirano: historia de un modelo ideológico. E. FALQUE y F. GASCO (eds.), *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*. Sevilla, Universidad Menéndez Pelayo, pp. 9-35.
- , 1993b. Maximinus tyrannus: escritura historiográfica y tópos en la v. Max. G. BONAMENTE y M. MAYER (eds.), *Historiae Augustae Colloquium Barcinonense*. Bari, Edipuglia, pp. 197-234.
- FABIETTI, U., 2005. *L'identità etnica. Storia e critica di un concetto equivoco*. Roma, Carocci.

- FANTHAM, E., 2004. *The Roman World of Cicero's De Oratore*. Oxford, Oxford University Press.
- FATÁS, G., 2012. Agua, pan, vino y aceite en Roma. *Cuadernos de Aragón*, 28, pp. 179-213. Disponible en <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/22/98/_ebook.pdf>. Última consulta: 16/11/2014.
- FERACO, F., 2004. *Ammiano greografo. La digressione sulla Persia*. Napoli, Loffredo Editore.
- FIEBIGER, 1958. *Desertor. RE V¹*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, pp. 249-250
- FINLEY, M. I., 1970. Aristotle and Economic Analysis. *P&P*, 47, pp. 3-25.
- FINLEY, M. I. (ed.), 1974. *Studies in Ancient Society*. London-Boston, Routledge & Kegan Paul.
- FINLEY, M. I., 1982a. *Esclavitud antigua e ideología moderna*. Barcelona, Crítica.
- , 1982b. *La economía de la Antigüedad*. México, Fondo de Cultura Económica.
- , 1986. *Historia antigua: problemas metodológicos*. Barcelona, Crítica.
- FORNARA, CH. W., 1992. Studies in Ammianus Marcellinus –I: The Letter of Libanius and Ammianus' Connection with Antioch. *Historia*, 41, 3, pp. 328-344.
- FOUCAULT, M., 1992. *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*. Madrid, La Piqueta.
- FRANKO, G. F., 1996. The Characterization of Hanno in Plauto's *Poenulus*. *AJPhil*, 117, 3, pp. 425-452.
- FUHRMANN, M., 1995. *Cicero and the Roman republic*. Oxford-Cambridge, Blackwell.
- GAGÉ, J. M., 1952. Le nom des «Philippiques» de Cicéron: Marcus Philippus et la première guerre de Modène. *REL*, 30, pp. 66-68.
- , 1971. *Les classes sociales dans l'Empire Romain*. Paris, Payot
- GARLAN, Y., 1984. *L'esclavage dans le monde grec: recueil de textes grecs et latins*. Paris, Les Belles Lettres.
- GARNSEY, P., 1996. *Ideas of slavery from Aristotle to Augustine*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GONFROY, F., 1978. Homosexualité et idéologie esclavagiste chez Cicéron. *DHA*, 4, pp. 219-262.
- GRAMSCI, A., 1975. *Quaderni del carcere III*. Cuatro tomos. Torino, Einaudi.
- GRAY, V., 1995. Herodotus and the Rhetoric of Otherness. *AJPhil*, 116, 2, pp. 185-211.
- GRIMAL, P., 2008. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona, Paidós.
- GUHA, R., 2002. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, Crítica.
- GUTHRIE, W. K. C., 1988. *Historia de la filosofía griega III. Siglo V. Ilustración*. Madrid, Gredos.
- GUZMÁN ARMARIO, F. J., 2001. Los hunos: la gran invención de Amiano Marcelino. *RSA*, 31, pp. 115-145.
- , 2003. El «relevo de la barbarie»: la evolución histórica de un fecundo arquetipo clásico. *Veleia*, 20, pp. 331-340.
- , 2006. *Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio romano según el testimonio de Amiano Marcelino*. Madrid, Signifer.
- HABINEK, TH. N., 1998. *The Politics of Latin Literature: Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome*. Princeton, Princeton University Press.
- , 2005. *Ancient Rhetoric and Oratory*. Malden, Blackwell.
- HALL, E., 1991. *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy*. Oxford, Clarendon Press.
- HALLIDAY, W. R., 1929. Rez. Grace Hadley Beardsley: *The Negro in Greek and Roman Civilization: a Study of the Ethiopian Type*. Pp. xii + 145; twenty four half-tone blocks; Baltimore: The John Hopkins Press; London: Humphry Milford, Oxford University Press (1929). *The Classical Review*, 43, p. 205.
- HALEY, SH. P., 2005. Benjamin Isaac. *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Princeton: Princeton University Press, 2004. xiv + 563 pp, 9 black-and-white ills. Cloth, \$45. *AJPhil*, 126, 3, pp. 451-454.
- HAMMOND, M., 1957. Composition of the Senate, A. D. 68-235. *JRS*, 47, pp. 74-81.

- HANSEN, M. H. y NIELSEN, TH. H. (eds.), 2004. *An Inventory of Archaic and Classical Poleis*. Oxford, Oxford University Press.
- HARRIS, C. R. S., 1973. *The heart and the vascular system in ancient Greek medicine. From Alcmaeon to Galen*. Oxford, Clarendon Press.
- HARRIS, W. V., 1979. *War and imperialism in republican Rome, 327-70 b.C.* Oxford, Clarendon Press.
- HARRIS, W. V. (ed.), 1984. *The imperialism of mid-republican Rome*. Rome, American Academy in Rome.
- HARRIS, W. V., 1991. *Ancient Literacy*. Cambridge-London, Harvard University Press.
- HARTOG, F., 2003. *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. México, Fondo de Cultura Económica.
- HEATHER, P., 2006. *La caída del imperio romano*. Barcelona, Crítica.
- HEDLEY SIMON, J. (et al.), 1996. Tullius Cicero, Marcus. *OCD*. Oxford, Clarendon Press, pp. 1558-1564.
- HELLEGOUARC'H, J., 1972. *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*. Paris, Les Belles Lettres.
- HERING TORRES, M. S., 2004. «Limpieza de sangre». ¿Racismo en la Edad Moderna? *Tiempos modernos*, 9, pp. 1-16.
- HERMON, E., 1984. Qu'est-ce que «l'impérialisme romain» pendant la République? *DHA*, 10, pp. 259-267.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., 2004. *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Madrid, Akal.
- HERNANDO, A., 2002. *Arqueología de la identidad*. Madrid, Akal.
- HERSHBELL, J. P., 1995. Epictetus: a freedman on slavery. *AS*, 26, pp. 185-204.
- HEYEN, J., 1968. À propos de la conception historique d'Ammien Marcelline. (*Ut miles quondam et graecus*, 31, 16, 9). *Latomus*, 27, 1, pp. 191-196.
- HIDALGO DE LA VEGA, M. J., 2005. Algunas reflexiones sobre los límites del *oikoumene* en el Imperio Romano. *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 23, 1, pp. 271-286.
- HOBSON, J. A. – LENIN, V. I., 2009. *Imperialismo*. Madrid, Capitán Swing.
- HÖLKESKAMP, K. J., 2000. The Roman Republic: Government of the People, by the People, for the People? *Scripta Classica Israelica*, 19, pp. 202-233.
- HOLLEAUX, M., 1969. *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au III^e siècle avant J.-C. (273-205)*. Paris, Boccard.
- HONIGMANN, E. y ALY, W., 1970. Strabo. *RE IV A¹*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, pp. 77-155.
- HOWLAND, R. H., 1958. *Greek lamps and their survivals. AA⁴*. Baltimore, J. H. Furst Co.
- HOW, W. W. y WELLS, J., 2002. *A Commentary on Herodotus*. Oxford-New York. Oxford University Press. Dos volúmenes.
- HUSBAND, R. W., 1909. Race Mixture in Early Rome. *Transactions & Proceedings of the American Philological Association*, 40, pp. 63-81. Disponible en <<https://archive.org/stream/jstor-282624/282624#page/n1/mode/2up>>. Última consulta: 05/10/2014.
- ICOCHEA RODRÍGUEZ, G. M., 2008. Origen de la Comunidad y teoría de la Esclavitud en la *Política* de Aristóteles. *A Parte Rei. Revista de filosofía*, 60, pp. 1-15.
- IGGERS, G. G., 2012. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. México, Fondo de Cultura Económica.
- IJALBA PÉREZ, P., 2011. ¿Una «historia desde abajo» de la Antigüedad es posible? El análisis de la historiografía sobre la Roma antigua. *Studia Historica. Historia Antigua*, 29, pp. 237-249.
- ISAAC, B., 2003. Slavery and Proto-racism in Graeco-Roman Antiquity. *Proceedings of the Fifth Annual Gilder Lehrman Center International Conference at Yale University*. Connecticut, Yale University, pp. 1-11.
- , 2004. *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Princeton-Oxford, Princeton University Press.

- , 2011. Ammianus on foreigners. M. KAHLOS (ed.), *The Faces of the Other: Religious Rivalry and Ethnic Encounters in the Later Roman World*. Turnhout, Brepols Publishers, pp. 237-258.
- JACOB, CH., 2008. La Geografía de Estrabón. *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*. Barcelona, Bellaterra, pp. 189-213.
- JAEGER, W., 1982. *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México, Fondo de Cultura Económica.
- JONES, A., 1999. Africa in World History. *Storia della Storiografia*, 35, pp. 75-82.
- JONES, A. H. M., 1964. *The Later Roman Empire, 284-602. A Social Economic and Administrative Survey*. Oxford, Blackwell. Cuatro tomos.
- JOUANNA, J., 1974. *Hippocrate. Pour une archéologie de l'école de Cnide*. Paris, Les Belles Lettres.
- JUCKER, I., 1970. *Vases grecs*. Lausanne, Payet.
- JUDT, T. y SNYDER, T., 2012. *Pensar el siglo XX*. Madrid, Taurus.
- KAJANTO, I. (ed.), 1984. *Equality and Inequality of Man in Ancient Thought*. Helsinki, Societas Scientiarum Fennica.
- KELLY, G., 2004. Ammianus and the Great Tsunami. *JRS*, 94, pp. 141-167.
- , 2005. Constantius II, Julian, and the example of Marcus Aurelius. *Latomus*, 64, 2, pp. 409-416.
- KENNEDY, R. F., SYDNOR ROY, C. y GOLDMAN, M. L. (eds.), 2013. *Race and Ethnicity in the Classical World. An Anthology of Primary Sources in Translation*. Indianapolis-Cambridge, Hackett.
- KENNEDY, R. F., [en prensa]. Airs, Waters, Metals, Earth: People and Environment in Archaic and Classical Greek Thought. R. F. KENNEDY y M. JONES-LEWIS, *The Routledge Handbook of Identity and the Environment in the Classical and Medieval Worlds*. London, Routledge, pp. 1-45.
- KERESZTES, P., 1969. The emperor Maximinus' Decree of 235 A. D. Between Septimius Severus and Decius. *Latomus*, 28, pp. 601-618.
- KING, C., 1987. The veracity of Ammianus Marcellinus' description of the Huns. *AJAH*, 12, 1, pp. 77-95.
- KOEBNER, R. y SCHMIDT, H. D., 1964. *Imperialism: the Story and Significance of a Political Word, 1840-1969*. Cambridge, Cambridge University Press.
- KOHNS, H. P., 1975. Die Zeitkritik in den Romexkursen des Ammianus Marcellinus. *Chiron*, 5, pp. 485-491.
- KOSELLECK, R., 2004. Historia de los conceptos y conceptos de historia. *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 53, 1, pp. 27-45.
- LACEY, W. K., 1953. *University of Durham. The Congress of Roman Frontiers Studies, 1949*, ed. by E. Birley. Durham: The University, 1952. Pp. vii + 137, with 8 maps. 8 \$. *JRS*, 43, pp. 212-214.
- LAGARCHERIE, O., 2002. Libanios et Ammien Marcellin: les moyens de l'héroïsation de l'empereur Julien. Étude comparée du discours I, 132-133 (*Bios*) de Libanios et de l'*Histoire XXV*, 3, 1-9 d'Ammien Marcellin. *REG*, 115, 2, pp. 792-802.
- LAMBERT, M., 2005. B. ISAAC. *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. Pp. xiv + 563, ills. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2004. Cased £ 29.95. ISBN: 0-691-116911. *The Classical Review*, 55, 2, pp. 658-662.
- LANA, I., 1998. La vision tragique de l'histoire chez Ammien Marcellin. M. H. GARELLI-FRANÇOIS (ed.), *Rome et le tragique*. Perpignan, Université de Toulouse-Le Mirail, pp. 237-246.
- LAPE, S., 2010. *Race and Citizen Identity in the Classical Athenian Democracy*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LEE-STECUM, P., 2006. Dangerous Reputations: Charioteers and Magic in Fourth-Century Rome. *G&R*, 53, 2, pp. 224-234.
- LENSKI, N., 1999. Assimilation and Revolt in the territory of Isauria, from the 1st Century BC to the 6th Century AD. *JESHO*, 42, 4, pp. 413-465.
- , 2011. Captivity and Romano-Barbarian Interchange. R. W. MATHISEN y D. SHANZER, *Romans, Barbarians, and the Transformation of the Roman World*. Ashgate, pp. 185-198.
- LÉVÈQUE, P., 1963. *Grecs et Barbares*. Vandœuvres-Genève, Fondation Hardt pour l'étude de l'Antiquité Classique, 1961. 1 vol., 15 x 22 cm, 259 pp. (ENTRETIENS SUR L'ANTIQUITÉ CLASSIQUE. Tome VIII). Prix: 32 NF ou 28 francs suisses. *L'Antiquité Classique*, 32, pp. 323-324.

- LEVINE, M. M., 1992. The Use and Abuse of *Black Athena*. *American Historical Review*, 97, 2, pp. 440-464.
- LÉVY, E., 1987. La théorie aristotélicienne de l'esclavage et ses contradictions. M. M. MACTOUX y E. GENY (eds.). *Mélanges Pierre Lévêque III. Anthropologie et Société*. Paris, Les Belles Lettres, pp. 197-213.
- LISSARRAGUE, F., 1997. L'immagine dello straniero ad Atene. S. SETTIS (ed.), *I Greci. Storia Cultura Arte Società II²*. Torino, Einaudi, pp. 937-953.
- , 1999. Publicity and performance: *kalos* inscriptions in Attic vase-painting. S. GOLDHILL Y R. OSBORNE (eds.), *Performance culture and Athenian democracy*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 359-373.
- LIZZI TESTA, R. (ed.), 2006. *Le trasformazioni delle élites in età tardoantica*. Roma, L'Erma di Bretschneider.
- LLOYD, G. E. R., 1975. The Hippocratic Question. *CQ*, 25, 2, pp. 171-192.
- LONIS, R., 1981. Les trois approches de l'Ethiopien par l'opinion gréco-romaine. *Ktèma*, 6, pp. 69-87.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A., 1975. La idea de φόσις en Demócrata y su utilización en el «corpus Hippocraticum». *Cuadernos de Filología Clásica*, 8, pp. 209-218.
- LORAUX, N., 1980. Thucydide n'est pas un collègue. *QS*, 12, pp. 55-81.
- LORIOT, X., 1975. Le règne de Maximin le Thrace (235-238). *ANRW II²*. Berlin-New York, Walter de Gruyter, pp. 666-688.
- MAALOUF, A., 2001. *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza.
- MAENCHEN-HELPEN, O. J., 1955. The Date of Ammianus Marcellinus' Last Books. *AJPhil*, 76, 4, pp. 384-399.
- , 1973. *The World of the Huns. Studies in Their History and Culture*. Berkeley, University of California Press.
- MACMULLEN, R., 1964. Social Mobility and the Theodosian Code. *JRS*, 54, pp. 49-53.
- , 1992. *Enemies of the Roman Order. Treason, unrest, and alienation in the empire*. London-New York, Routledge.
- MARCO SIMÓN, F., 2001. Sobre la emergencia de la magia como sistema de alteridad en la Roma augústea y julio-claudia. *MHNH. Revista internacional de investigación sobre magia y astrología antigua*, 1, pp. 105-132.
- , 2010. On the confrontation and cultural integration of the Celts in the western Roman Empire. L. BOHRY (ed.), *Studia celtica classica et romana Nicolae Szabó septuagesimo dedicata*. Budapest, Pytheas, pp. 151-157.
- MARCO SIMÓN, F. y PINA POLO, F., 2000. Mario Gratidiano, los *compita* y la religiosidad popular a fines de la república. *Klio*, 82, pp. 154-170.
- MARCO SIMÓN, F., PINA POLO, F. y REMESAL RODRÍGUEZ, J. (eds.), 2004. *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- , 2010. *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*. Barcelona, Universitat de Barcelona.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, M., 2004. Los gitanos en el reinado de Felipe II (1556-1598). El fracaso de una integración. *Chronica Nova*, 30, pp. 401-430.
- MARTÍNEZ-PINNA, J., 1999. *Los orígenes de Roma*. Madrid, Síntesis.
- MASI, A., 1964. Diserzione (Diritto romano). F. Calasso (coord.), *Enciclopedia del Diritto XIII*. Milano, Giuffrè Editore, pp. 104-106.
- MATTHEWS, J., 1975. *Western Aristocracies and Imperial Court A. D. 364-425*. Oxford, Clarendon Press.
- , 2007. *The Roman Empire of Ammianus*. Ann Arbor, Michigan Classical Press.
- MATTINGLY, D. J., 2011. *Imperialism, power, and identity. Experiencing the Roman Empire*. Princeton, Princeton University Press.
- MAY, J. M., 1988. *Trials of character. The eloquence of Ciceronian ethos*. Chapel Hill, University of California Pres.
- MCCOSKEY, D. E., 2012. *Race: Antiquity and Its Legacy*. London-New York, I. B. Tauris.

- MERRILLS, A. H., 2013. Feraco (F.) Ammiano geografo. *Nuovi Studi* (Studi Latini 76.) Pp. 449. Naples: Loffredo Editore, 2011. Paper, €35.90. ISBN: 978-887564-503-8. *The Classical Review*, 63, 2, pp. 623-624.
- MILLET, P. C., 2007. Aristotle and Slavery in Athens. *G&R*, 54, 2, pp. 178-209.
- MITCHELL, L., 2007. *Panhellenism and Barbarian in Archaic and Classical Greece*. Swansea, The Classical Press of Wales.
- MOMIGLIANO, A., 1988. *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MOMMSEN, TH., 1988. *Historia de Roma*. Cuatro tomos. Madrid, Turner.
- MONTSERRAT TORRENTS, J., 2005. *La sinagoga cristiana*. Madrid, Trotta.
- MORALEE, J., 2008. Maximinus Thrax and the Politics of Race in Late Antiquity. *G&R*, 55, 1, pp. 55-82.
- MORGAN, C. A., 1999. Ethnicity. *OCD*. Oxford, Oxford University Press, p. 559.
- MORLEY, N., 2010. ‘Carthage Must Be Destroyed’: The Dynamics of Roman Imperialism. *The Roman Empire. Roots of imperialism*. New York, Pluto Press, pp. 14-37.
- NARDUCCI, E., 2004. *Cicerone e i suoi interpreti: studi sull’opera e la fortuna*. Pisa, ETS.
- NERI, V., 1998. *I marginali nell’Occidente tardoantico. Poveri, ‘infames’ e criminali nella nascente società cristiana*. Bari, Edipuglia.
- NEWBOLD, R. F., 1974. Social Tension at Rome in the Early Years of Tiberius’Reign. *Athenaeum*, 1-2, pp. 110-143.
- , 1990. Nonverbal Communication in Tacitus and Ammianus. *AS*, 21, pp. 189-199.
- NORTH, J. A., 1981. The development of Roman imperialism. *The Journal of Roman Studies*, 71, pp. 1-9.
- O’BRIEN, P., 2006. Ammianus Epicus: Virgilian Allusion in the *Res Gestae*. *Phoenix*, 60, 3-4, pp. 274-303.
- O’FLYNN, J. M., 1976. *Generalissimos of the Western Roman Empire*. Tesis doctoral.
- ORLIN, E. M., 2010. *Foreign Cults in Rome. Creating a Roman Empire*. Oxford-New York, Oxford University Press.
- OSTWALD, M., 2000a. Oligarchy and Oligarchs in Ancient Greece. P. Flensted-Jensen, Th. Heine Nielsen y L. Rubinstein (eds.), *Polis & Politics. Studies in Ancient Greek History*. Aarhus, Museum Tusculanum Press-Universitu of Copenhagen, pp. 385-396.
- 2000b. Oligarchia. *The Development of a Constitutional Form in Ancient Greece*. Stuttgart, Franz Steiner.
- PACK, R., 1953. The Roman Digressions of Ammianus Marcellinus. *TAPA*, 84, pp. 181-189.
- PAVAN, M., 1964. *La politica gotica di Teodosio nella pubblicistica del suo tempo*. Roma, L’Erma di Bretschneider.
- PANOFSKY, E., 1976. *Estudios sobre iconología*. Madrid, Alianza.
- PARIS, G., 1872. Romani, Romania, lingua Romana, Romanicum. *Romania*, 1, pp. 1-22.
- PASCHOUDE, F., 1967. Roma aeterna. *Études sur le patriotisme Romain dans l’Occident latin à l’époque des grandes invasions*. Neuchâtel, Paul Attinger.
- PEACHIN, M., 1984. An Inscription of Maximinus Thrax and Maximus Restored. *Historia*, 33, pp. 123-ss.
- , 1985. P. Oxy. VI 912 and the Accession of Maximinus Thrax. *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 59, pp. 75-78.
- PEREA YÉBENES, S., 2003. El soldado romano, la ley militar y las cárceles *in castris*. S. TORALLAS TOVAR e I. PÉREZ MARTÍN (eds.), *Castigo y reclusión en el mundo antiguo*. Madrid, CSIC, pp. 115-152.
- PERELLI, L., 1990. *Il pensiero politico di Cicerone*. Firenze, La Nuova Italia.
- PETRACCIA, M. F. y TRAVERSO, M., 2000. A proposito di Massimino il Trace. Y. LE BOHEC y C. WOLFF (eds.), *Les légions de Rome sous le Haut-Empire II*. Paris, Boccard, pp. 675-684.
- PINA POLO, F., 1991. Cicerón contra Clodio: el lenguaje de la invectiva. *Gerión*, 9, pp. 131-150.
- , 1999. *La crisis de la República: 133-44 a. C.* Madrid, Síntesis.
- , 2005. *Marco Tulio Cicerón*. Barcelona, Ariel.

- , 2006. El tirano debe morir: el tiranicidio preventivo en el pensamiento político romano. *Actas y comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval*, 2, pp. 1-24.
- , 2011. *Mos maiorum* como instrumento de control social de la *nobilitas* romana. *Páginas. Revista digital de la escuela de historia*, 4, pp. 53-77.
- PLÁCIDO, D. Y FORNIS, C., 2012. La democracia tutelada. El papel de la oligarquía y del poder personal en la Atenas del siglo IV a. C. *Incidenza dell'Antico*, 10, pp. 79-110.
- POWELL, J. y PATERSON, J. (eds.), 2004. *Cicero the advocate*. Oxford, Oxford University Press.
- RADT, S. (ed.), 2006. *Strabons Geographika V. Abgekürzt zitierte Literatur. Buch I-IV: Kommentar*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- RAPHAEL, L., 2012. *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- REINHOLD, M., 1971. Usurpation of Status and Status Symbols. *Historia*, 20, 1, pp. 275-302.
- REITZENSTEIN, D., 2014. Mary Ann Eaverly, *Tan Male/Pale Women: Colour and Gender in Archaic Greece and Egypt. A Comparative Approach*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2013. Pp. xi, 181, ISBN 9780472119110 \$65.00. *Bryn Mawr Classical Review* [en línea]. Disponible en: <<http://bmcr.brynmawr.edu/2014/2014-11-08.html>> Última consulta: 21/12/2014.
- RICHTER, W., 1974. Die Darstellung der Hunnen bei Ammianus Marcellinus (31,2,1-11). *Historia*, 23, pp. 344-377.
- RIGGSBY, A., 1997. Did the Romans Believe in Their Verdicts? *Rhetorica*, 15, 3, pp. 235-251.
- ROHRBACHER, D., 2006. The sources for the lost books of Ammianus Marcellinus. *Historia*, 55, 1, pp. 106-124.
- ROLDÁN, J. M., 2010. *Historia de Roma I. La república romana*. Madrid, Cátedra.
- ROLDÁN, J. M., BLÁZQUEZ, J. M. y CASTILLO, A. DEL, 2007. *Historia de Roma II. El imperio romano (siglos I-III)*. Madrid, Cátedra.
- ROSENBERG, 1970. Saepta. *RE IA²*, pp. 1723-1727;
- ROSIVACH, V. J., 1987. Autochtony and the Athenians. *CQ*, 37, 2, pp. 294-306.
- , 1999. Enslaving Barbaroi and the Athenian Ideology of Slavery. *Historia*, 48, 2, pp. 129-157.
- RUBY, P., 2006. Peuples, fictions? Ethnicité, identité ethnique et sociétés anciennes. *REA*, 108, 1, pp. 25-60.
- RUGE, 1970. Barbaroi. *RE II²*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, p. 2858.
- RUSTEN, J. (ed.), 2011. *The Birth of Comedy. Texts, Documents and Art from Athenian Comic Competitions: 486-240*. Baltimore, John Hopkins University Press.
- SABBAH, G., 1978. *La méthode d'Ammien Marcellin. Recherches sur la construction du discours historique dans les Res Gestae*. Paris, Les Belles Lettres.
- , 2003. Ammianus Marcellinus. G. MARASCO (ed.), *Greek & Roman Historiography in Late Antiquity. Fourth to Sixth Century* A. D. Leiden-Boston, Brill, pp. 43-84.
- SABNIS, S., 2011. Lucian's Lychonopolis and the Problems of Slave Surveillance. *AJPhil*, 132, 2, pp. 205-242.
- SAID, E. W., 1990. *Orientalismo*. Madrid, Libertarias.
- SADDINGTON, D. B., 1975. Race Relations in the Early Roman Empire. *ANRW II³*. Berlin-New York, Walter de Gruyter, pp. 112-137.
- SAGLIO, E. y HUMBERT, G., 1877. Barbari. *DS I¹*. Paris, Hachette, pp. 670-676.
- SALA ROSE, R., 2007. *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras*. Barcelona, Alba.
- SAMUELS, T., 2013. *The Riddle in the Dark: Re-thinking 'Blackness' in Greco-Roman Racial Discourse* [en línea]. Acceso restringido. Última consulta: 06/01/2014.
- SALMON, P., 1984. Racisme ou refus de la différence dans le monde gréco-romaine. *DHA*, 10, pp. 76-98.
- , 1994. L'image du noir dans l'Antiquité gréco-romaine. M. SORDI (ed.), *Emigrazione e immigrazione nel mondo antico*. Milano, Vita e Pensiero, pp. 283-302.

- , 1997. A propos du refus a la différence: l'image des peuples d'Asie Mineure à Rome. *Latomus*, 56, 1, pp. 67-82.
- SÁNCHEZ-OSTIZ, A., 2014. Wiebke Vergin, *Das Imperium Romanum und seine Gegenwelten: die geographisch-ethnographischen Exkurse in den "Res Gestae" des Ammianus Marcellinus*. *Millennium-Studien = Millennium studies* Bd 41. Berlin; Boston: De Gruyter, 2013. Pp. x, 316. ISBN 9783110296938. \$154.00. *Bryn Mawr Classical Review* [en línea]. Disponible en: <<http://bmcr.brynmawr.edu/2014/2014-04-15.html>>. Última consulta: 22/05/2015.
- SANCHO ROCHER, L., 2002. Democracia, multitud y mayoría en Aristóteles. *Athenaeum* [en línea], 90, pp. 411-429. Disponible en: <<http://www.grupohiberus.es/biblioteca/sancho3.pdf>>. Última consulta: 12/11/2013.
- SANTOS YANGUAS, N., 1983. Maximino el Tracio y los cristianos. *Estudios clásicos*, 25, 86, pp. 257-276.
- SARNOWSKI, I., 1991. Barbaricum und ein bellum Bosporanum in einer Inschrift aus Preslav. *ZPE*, 87, pp. 138-144.
- SCHOFIELD, M., 2005. Ideology and Philosophy in Aristotle's Theory of Slavery. R. KRAUT y S. SKULTETY (eds.). *Aristotle's Politics. Critical Essays*. New York, Rowman & Littlefield Publishers, pp. 91-119.
- SCHMIDT, J., 1958. Physiognomik. *RE XX¹*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, pp. 1064-1074.
- SCHNORR VON CAROLSFELD, L., 1958. Transfuga. *RE VI A²*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, pp. 2152-2154
- SCOTT, R. (et al.), 1995. Dossier: raza y racismo. *Historia social*, 22, pp. 56-149.
- SHATZMAN, I., 1975. *Senatorial Wealth and Roman Politics*. Bruxelles, Latomus.
- SHAW, B. D., 1982-1983. Eaters of flesh, drinkers of milk. *AS*, 13-14, pp. 5-31.
- SHERWIN-WHITE, A. N., 1970. *Racial Prejudice in Imperial Rome*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SICROFF, A. A., 1985. *Los estatutos de limpieza de sangre. Controversias entre los siglos XV y XVII*. Madrid, Taurus.
- SIDEBOTTON, H., 2005. Roman imperialism: the changed outward trajectory of the Roman Empire. *Historia*, 54, 3, pp. 315-330.
- SIVAN, H. S., 1996. Why Not Marry a Barbarian? Marital Frontiers in Late Antiquity (The Example of CTh 3.14.1). R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*. Aldershot, Variorum, pp. 136-145.
- SMITH, N. D., 1991. Aristotle's Theory of Natural Slavery. D. KEYT y F. D. MILLER Jr. (eds.). *A Companion to Aristotle's Politics*. Cambridge-Oxford, Blackwell, pp. 142- 155.
- SNOWDEN, F. M., 1979. *Blacks in Antiquity: Ethiopians in the Greco-Roman Experience*. Cambridge-London, Harvard University Press.
- , 1983. *Before Color Prejudice. The Ancient View of Blacks*. London-Harvard, Harvard University Press.
- SONG, N. H., 1988. A Study on Aristotle's Theory of Slavery. T. Yuge y M. Doi (eds.). *Forms of Control and Subordination in Antiquity*. Leiden, Brill, pp. 360-363.
- SORDI, M. (ed.), 1979. *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell'antichità*. Milano, Università Cattolica del Sacro Cuore.
- SPIVAK, G. CH., 2009. ¿Pueden hablar los subalternos? Traducción y edición crítica de Manuel Asensi Pérez. Barcelona, Museu d'Art Contemporani.
- STE. CROIX, G. E. M. DE, 1981. *The Class Struggle in the Ancient World from the Archaic Age to the Arab Conquests*. London, Duckworth.
- STEEL, C. E. W., 2001. *Cicero, rhetoric, and empire*. Oxford, Oxford University Press.
- STEEL, C. E. W. (ed.), 2013. *The Cambridge companion to Cicero*. Cambridge, Cambridge University Press.
- STOCKTON, D., 1971. *Cicero: a political biography*. London, Oxford University Press.
- STOIAN, J., 1967. À propos de la conception historique d'Ammien Marcelline (ut miles quondam et Graecus). *Latomus*, 26, 1, pp. 73-81.

- SUNDWALL, G. A., 1996. Ammianus geographicus. *AJPhil*, 117, 4, pp. 619-643.
- SYME, R., 1971. The emperor Maximinus. *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*. Oxford: Clarendon Press, pp. 179-193.
- , 1991. Oligarchy at Rome. A Paradigm for Political Science. *Roman Papers VI*. Oxford, Clarendon Press, pp. 323-337.
- , 2011. *La revolución romana*. Barcelona, Crítica.
- TEITLER, H. C., 2013. Feraco, F. 2011. *Ammiano geografico. Nuovi studi* (Studi Latini, 76). Napoli, Lofredo. 452 pp. Pr. €35.90. ISBN 9788875645038. *Mnemosyne*, 66, 2, pp. 344-347.
- TELLKAMP, J. A., 2004. Esclavitud y ética comercial en el siglo XVI. *Anales del seminario de Historia de la Filosofía*, 21, pp. 135-148.
- TEMPRANO, E., 1990. *La caverna racial europea*. Madrid, Cátedra.
- THOLLARD, P., 1987. *Barbarie et civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*. Paris, Les Belles Lettres.
- THOMPSON, E. A., 1947. *The Historiographical Work of Ammianus Marcellinus*. Cambridge, Cambridge University Press.
- , 1980. Barbarian Invaders and Roman Collaborators. *Florilegium*, 2, pp. 71-88.
- THOMPSON, L., 1994. Roman Perceptions of Blacks. *Scholia* [en línea]. Disponible en: <<http://scholar.lib.vt.edu/ejournals/ElAnt/V1N4/thompson.html#3>>. Última consulta: 29/04/2013.
- TODOROV, T., 1987. *La Conquista de América. La cuestión del otro*. Madrid, Siglo XXI.
- TOMASCHEK, 1970 [1896]. *Barbaricum. RE II²*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, p. 2857.
- TUPLIN, CH. J., 1999. Greek Racism? Observations on the character and limits of Greek ethnic prejudice. G. R. TSETSKHLADZE (ed.), *Ancient Greeks West and East*. Leiden-Boston-Köln, Brill, pp. 47-75.
- VALLEJO GIRVÉS, M., 1996. La legislación sobre los desertores en el contexto político-militar de finales del siglo IV y principios del V d. C. *Latomus*, 55, 1, pp. 31-47.
- VAN DER BLOM, H.. 2010. *Cicero's role models. The political strategy of a newcomer*. New York-Oxford, Oxford University Press.
- VASALY, A., 1993. *Representations. Images of the world in ciceronian oratory*. Berkeley, University of California Press.
- VASILESCU, M., 1989. Hellènes et Barbares dans les époques homériques. *Klio*, 71, 1, pp. 70-77.
- VIANSINO, G., 1985. *Ammiani Marcellini rerum gestarum Lexicon*. Hildesheim-Zürich-New York, Olms-Weidmann. Dos tomos.
- VIDAL NAQUET, P., 1981. Les femmes, les esclaves, les artisans. *Le chasseur noir: formes de pensée et formes de société dans le monde grec*. Paris, Maspero, pp. 209-316.
- VERNANT, J. P., 1973. El trabajo y el pensamiento técnico. *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*. Barcelona, Crítica, pp. 242-301.
- VEYNE, P., 1975. Y a-t-il eu un impérialisme romain? *Mélanges de l'École Française de Rome. Antiquité*, 87, 2, pp. 793-855.
- VOGT, J., 1974. *Ancient Slavery and the Ideal of Man*. Oxford, Blackwell.
- WALSH, G. B., 1978. The Rhetoric of Birtright and Race in Euripides' Ion. *Hermes*, 106, 2, pp. 301-315.
- WALTERS, H. B., 1914. *Catalogue of the Greek and Roman Lamps in the British Museum*[en línea]. Disponible en:<<https://archive.org/stream/catalogueofgreek00brit#page/60/mode/2up>>. Última consulta: 07/01/2015.
- WATSON, L. C., 1996. Invective. *OCD*. Oxford, Clarendon Press, p. 762.
- WEBSTER, J. y COOPER, N. (eds.), 1996. *Roman Imperialism: Post-Colonial Perspectives*. Leicester, University of Leicester.
- WEST, J. L. A., 1994. Distorted Souls: the Role of Banausic in Aristotle's Politics. *Polis*, 1-2, pp. 77-95.
- WIEDEMANN, TH., 1981. *Greek and Roman Slavery*. London, Croom Helm.

- , 1986. Between men and beast: Barbarians in Ammianus Marcellinus. I. S. MOXON, J. D. SMART y A. J. WOODMAN (eds.), *Past perspectives. Studies in Greek and Roman historical writing*. Cambridge, pp. 189-201.
- WIESEN, D. S., 1980. Herodotus and the Modern Debate Over Race and Slavery. *The Ancient World*, 3, 1, pp. 3-16.
- WIEVIORKA, M., 1992. *El espacio del racismo*. Barcelona, Paidós.
- WOOD, E. M. y N., 1978. *Class Ideology and Ancient Political Theory: Socrates, Plato and Aristotle in social context*. Oxford, Blackwell.
- YAVETZ, Z., 1958. The Living Conditions of the Urban Plebs in Republican Rome. *Latomus*, 17, pp. 500-517.
- ZARINI, V., 1999. Histoire, panégyrique et poésie: trois éloges de Rome l'éternelle autour de l'an 400 (Ammien Marcellin, Claudio, Rutilius Namatianus). *Ktèma*, 24, pp. 167-179.
- ZEILLER, J., 1929. L'apparition du mot *Romania* chez les écrivains latins. *REL*, 7, pp. 194-198.
- ZIOMECKI, J., 1975. *Les représentations d'artisans sur les vases attiques*. Wrocław, Zakład Narodowy im. Ossolińskich.